

# La narrativa en Chiapas. Un ensayo\*

Jesús Morales Bermúdez  
CESMECA-UNICACH

*La nacionalidad de las novelas no tiene mucho que ver  
con la nacionalidad de los novelistas.*

Luis Alberto Sánchez

## PROEMIO

El trabajo narrativo, en Chiapas, cuenta con escaso legado. Existe una extensa tradición oral, medio propicio para el nacimiento del cuento, en el decir de Edelweis Serra (1986), pero como no sea hasta el presente siglo su influencia no se dejó sentir. No es extraño, sin embargo, si se toma en cuenta la sistemática destrucción de formas y expresiones culturales de las antiguas civilizaciones. El recuento, la reformulación de los viejos mitos y relatos que dieron origen a libros fundamentales de la historia humana (la **Biblia**, **Las mil y una noches**, etcétera), no ha visto igual en esta latitud del mundo, hasta el día de hoy. El cuento nos llegó a través de España, de igual manera que los demás productos narrativos. No existe mayor evidencia (las bibliotecas que conservan fondos monásticos dan cuenta de literatura religiosa, filosófica, histórica y jurídica, pero solo las más recientes guardan títulos de los román-

---

\* El presente ensayo complementa al que, bajo el título de **Panorama de la poesía en Chiapas**, fue publicado por el Fondo de Cultura Económica en el libro **Chiapas una radiografía** (1995), razón esta por la que se incluye la bibliografía general.

ticos y algo del realismo mexicano), pero por citas en la prensa de entonces se infiere alguna valoración de **El Quijote** y de Pedro Antonio de Alarcón. Único cuento de Rodolfo Figueroa, dentro de la abundante prensa, lleva por título **Secretos de la tierra**, y rememora, no solo por el título sino aún por el contenido, la novela de Pereda **El sabor de la tierra**.

A diferencia de la pasión por la poesía, pasión coronada con algunas antologías y con ciertas famas y mitografías, la narrativa carece de ejercicios críticos y acaso de lectores avezados, amén de constructores de ella cuya trascendencia sea mayor a la de la geografía local. Y no porque deba cultivarse nombre, ya en la localidad, ya en el exterior; la trascendencia se mide en términos de la construcción de la lengua y de las propuestas formales en el universo narrado. Y ni lengua ni forma devienen patrimonio generalizado entre escritores, mucho menos las cáligas de la imaginación y del saber suave y eficiente para contar.

Imaginar y, más aún, pensar la imaginación, oficio arduo y escaso es, mas necesario para la madurez de los pueblos. Un cierto dejo de improvisación tiene la poesía: el chispazo capaz de trastocarlo y de refundarlo todo. Situado el poeta ante el hecho de la inspiración se renueva a sí mismo, a la realidad y al lenguaje. El acto de narrar implica similar situación ante el hecho de la inspiración, más el trazo ordenado, lúcido, voluntarioso e inteligente en pos de un orden cohesionador del conjunto, así se trate de la aniquilación o el desenfreno. A realidad e imaginación poner bridas pero cabalgarlas al tiempo hincándoles espuelas, y no desmayar, y no desbarrancar ante su tropel y su brío; torneo para el corazón ansioso del narrador, y a veces su trofeo, y su derrota no pocas veces.

Cuando el soberbio potro recorre la pradera, cuando su acerado casco capaz es de domeñar roca y montaña y plano, holgado ya en su poderío, la crin puede al aire y su piafar y su garbo, desdeñoso sobre lo aún indócil. Así el ejercicio de la crítica en el arte. Un arte hacer de la crítica literaria, del ensayo, es allegarse **El manjar de los dioses**, diría Jan Kott en su libro memorabilísimo.

Creer inteligencia, sensibilidad y pensamiento, crecer al hombre mismo y holgarlo, es gusto de la literatura y el arte. Hacia

la madurez de las letras en Chiapas camine, ojalá, la novísima escritura. En la ruta de ese afán, de su allanarle el camino, se sitúa el presente ensayo. Y puesto que de mi padre heredé el amor, el placer por el lenguaje, desde el eco de mi modesta voz váyale el mismo dedicado a su memoria.

## LAS ANTOLOGIAS

Entre quienes se han acercado a la valoración del quehacer narrativo en Chiapas, debemos de destacar de manera primordial a José Casahonda Castillo. A su curiosidad debemos el libro **Cuentos Chiapanecos** (1965), primer acercamiento a esta forma narrativa en la entidad. A semejanza de sus **Doce poetas de Chiapas** (1976) el libro que dedica a la cuentística chiapaneca deviene, hasta el momento, la muestra de mayor significación y equilibrio de cuantas han sido publicadas. No es antología sino muestrario y en cuanto tal cumple suficientemente. Más aún, se acerca críticamente a la cuentística, favoreciendo un panorama de cohesión para la misma y para su comprensión. Conserva validez hasta el momento y su significación como pionera para las letras de Chiapas.

En el año de 1985 César Pineda del Valle dio a la luz una **Antología de cuentos chiapanecos** que de antología solo tiene el nombre toda vez que congrega cinco cuentos de otros tantos chiapanecos, cuentos, por otra parte, no necesariamente de lo más representativo de los autores, más bien muestras de "rareza" en el sentir del antologador, bien porque su primera publicación fuera en alguna revista de difícil acceso en la localidad, bien porque aún no alcanzaran los laudos de la publicación. La pretensión de antología, en este caso, desborda a los tamaños del antologador, como volverá a desbordarle años después con ocasión de una nueva y monumental **Antología del cuento chiapaneco** (1993), mamotreto a todas luces digno de este apelativo. Como si de bodegón se tratara el autor embute en él algún cuento notable de algún notable autor, y a la par suya, relatos irrisorios, poemas (en prosa), alegatos seudofilosóficos, retazos narrativos con la urdimbre de un mal sastre a partir del cajón de sus desechos. Cincuenta y nueve textos

componen este libro, cincuenta y nueve textos a los que acompaña, a cada cual, una breve noticia biobibliográfica de su autor y un comentario general del antologador. La nota biobibliográfica podría constituir todo un acierto, si tan solo guardase cuidado, pulcritud; el comentario a cada texto... el comentario... bueno será dejar a ese conjunto de comentarios ausente de todo comentario no sea se peque de injusticia o de incomprensión.

Dos antologías recientes las hay en cuyos cuerpos se muestra parte del hacer narrativo en la entidad. Se trata de obras de intencionalidad totalizadora en términos bien de una región, bien de una temporalidad. La primera de ellas lleva por nombre **Tiempo vegetal, poetas y narradores de la frontera sur** (1993), y se debe al esfuerzo de María José Rodilla. *Es resultado de una extensa investigación sobre la producción poética y novelística de varias decenas de escritores del siglo XX*, a decir de su autora. Sin embargo, y a pesar de ofrecer una muestra narrativa más o menos cuantiosa, no se detiene la autora a comentar la significación o valor de los textos antologados, su relación temática, su opinión en torno a la validez literaria de los mismos. Su brevísimo prólogo es muestra lírica antes que ejercicio de crítica, pero, como no sea la preparada por Jorge Cuesta, en general las antologías festinan el gusto personal, y **Tiempo vegetal** no se engríe como excepción. Tampoco lo hará **Chiapas. Voces particulares, poesía, narrativa y teatro** (1994), antología preparada por Malva Flores para la colección *Letras de la República*, colección ejemplar por sus propósitos, irregular en cuanto a sus resultados. Aseada como resulta la antología de Malva Flores no puede no lamentarse en ella la ausencia de un ejercicio crítico de fondo. Lo cual tampoco es atributo de la autora. Señala una carencia perenne en las letras mexicanas, avasallante para el caso de las chiapanecas. En épocas recientes son insustituibles (y no superados todavía) los trabajos de Christopher Domínguez Michael en su **Antología de la Narrativa Mexicana del siglo XX** (1992) y de José Luis Martínez-Cristopher Domínguez Michael en **Literatura mexicana del siglo XX** (1995).

## LOS CRONISTAS

Una de las formas literarias cuya concreción se logra en América es la crónica. Y no, en verdad, la crónica ha sido considerada parte de la literatura por los estudiosos de la misma sino hasta épocas recientes, cuando la pasión por la página periodística parece revestir valoración similar a la de la página literaria e intercambiable con ella. Buena parte de los escritores mexicanos construye fama y obra a partir de sus entregas semanales, mensuales u ocasionales a los medios periodísticos. La escritura de lo inmediato, escrita también en forma inmediata, se vuelve tentación, aspiración vocativa con frecuencia. No deja de sorprender cómo esa en sí misma ficción de lo inmediato sea igualmente en lo inmediato consumida, desechada, y sin embargo favorezca la permanencia del autor, de su prestigio y ocasionalmente su coronación. Escribir inmediatamente no es sinónimo, empero, de mala factura o de su opuesto, por inspiración. El buen hacer seguirá siendo legado de quien ejercita la letra en cada momento de su vida. Así se entenderá el buen oficio de un José Alvarado, por ejemplo.

América, punto cenital de los procesos de colonización llevados a cabo por Europa, lleva a muy alto el rango de la crónica. Fiel a las formulaciones de los tratados chinos, por ejemplo, o de los libros de la tradición hebraica (I y II de Crónicas, más I y II de Reyes), el ejercicio de los cronistas americanos mantiene ejemplaridad hasta nuestros días. Cualquiera de las obras monumentales de estos cronistas serviría para enaltecer al conjunto. Pané o Sahagún, Landa o el inca Felipe Huamán Poma de Ayala muestra son de arte e inteligencia, de saber y de conocimiento.

Para el caso de Chiapas puede decirse que hubo situación de privilegio en cuanto a la crónica. Por un escaso tiempo albergó al cronista epónimo de la Nueva España. Importante, para la actualidad, pueblo de indios, no necesariamente para entonces aun cuando sí combativo, le fue entregado en encomienda. Mas el inapropiado para la agricultura terruño, escaso en riquezas materiales e inhábil en cuanto a su mano de obra le indujo a proseguir tras la aventura para, al fin, cansado y desencantado, escribir su magnífica historia en la ciudad de Guatemala (La Antigua). Pero si

sólo de paso el soldado historiador hincó su huella aquí mordedura secular, imperecedera en la historia y en la literatura de Chiapas hincó el dominico Bartolomé de Las Casas, tercer obispo de Chiapas, primero en ostentar el título de "defensor de los indios". Quedaba anotado atrás (vid Morales Bermúdez 1995) que, por un extraño azar, Bartolomé de Las Casas bien pudo ser el padre de la poesía en la entidad. De lo que ninguna duda cabe es de su primacía en cuanto a la narrativa se refiere. Aun cuando escasa fuera la estadía en su diócesis (seis meses si acaso sumando los diferentes períodos) la trascendencia de la misma sigue siendo impar, para las letras. En nuestro territorio es Bartolomé de Las Casas quien primero empuña la pluma y da a publicación sus escritos: metucioso y prolijo relato de modos de vida, costumbres, atropellos e injurias; extenso fresco de la grandeza y miseria humanas.

Abundante como fuera la producción de Las Casas, se ve recubierta de una preocupación apologética cuya finalidad es la protección de los indios y cuyo signo metodológico se ciñe a un esquema: 1).- apego a lo real (según su percepción. Más adelante Remesal tratará de situar en parangón lo real en Las Casas en contraposición a la percepción de lo real en los peninsulares asentados en Ciudad Real, a propósito de cierta maldición sobre la ciudad). 2).- Definición de la contradicción fundamental: colonizador criminal-indio vejado. 3).- Causas y efectos a que conduce una relación despótica. 4).- Proposición de soluciones: concluir con el mal y ver el resplandor de la bondad.

El esquema apologético de Fray Bartolomé de Las Casas rindió el fruto jurídico deseado, sirvió de base para calificarlo como constructor de fabulaciones no precisamente agraciadas para su lugar de origen y ha perdurado lo mismo como monumento lingüístico de su época que como testimonio de una realidad, lejana pero persistente. Con ser la piedra fundacional de nuestras letras —desconocido como nos permanece—, su herencia en ellas ha sido señera, prolongada. La generalidad de trabajos narrativos escritos en Chiapas o, desde fuera, con referencia a Chiapas guardan relación con este esquema. La antropología también, la cultura en general afincan raíces en este esquema, cual si aferrara los grilletos de una maldición. Casi segunda naturaleza, lo medular

en la literatura (y en la antropología) ha sido su apego al relato de una dicotomía perniciosa (esencialmente perversa, dirían los teólogos liberacionistas, por mucho de la imposibilidad de esencialidades negativas), la constituida por mestizos e indios, factor dinámico de la historia, normalmente trágica, normalmente pesadosa, mortal para los hijos de la resistencia.

El de de Las Casas es un verdadero legado. Por mucho de su expresión aspirativa *Uno es el género humano*, el proceso diferenciativo de la Colonia y de los escritos de aquel propiciaron una diferenciación social permanente hasta nuestros días. La diferenciación, y su par, la exclusión, permanecen con mayor notoriedad en Chiapas y los estados vecinos. Y no porque allí abundaran en escala mayor la exclusión y la explotación, antes bien, porque su escasa cuando no nula significación económica, política y cultural para la corona y sus capitanías o virreynatos propició una rezagada e informe participación en los procesos de construcción del llamado proyecto nacional. A tan alto grado lo anterior que cuando el país en su conjunto avizora un futuro intercontinental, en el territorio de Chiapas se discute el espanto de asomarse a ese futuro y se recrea el sueño circular de volver a la edad del paraíso, en esa utopía orweliana, retardataria para los procesos mismos de la construcción humana, que es la paradisiaca noción de "comunidad": "la comunidad indígena" aparece como el destino alternativo, contestatario de todo cuanto fuere el occidente y sus "frutos perversos"; ella es *la semilla de la salvación: La salvación... macarrónico y reaccionario retorno de la religión, cuya principal falta es renegar de la propia historia del espíritu que se dice llamado a rescatar* (Lynch, 1995).

Para decirlo con Lynch, *el pensamiento débil* derivado de esa culpa original que Bartolomé de Las Casas endilgara al pensamiento indigenista, y su relevo indianista, ha dado pie en Chiapas a una narrativa tremendista en muchos de sus ejemplos, ética en otros casos, militante también. Con no escasa frecuencia poco tiene que ver con la literatura esa narrativa, y aún (algo muy valorado por los realistas y sus pares los novelistas católicos franceses) con el drama humano, no digamos ya con los afanes libertarios del espíritu, propios de toda literatura, o con el juego inútil de su propia libertad.

La crónica colonial americana no ha podido despojarse cabalmente de una cierta mixtificación. Pensando en ello Martín Lienhard escribe la primera parte de su notabilísimo libro *La voz y su huella* (1990 y 1992), haciéndonos notar cómo existía por parte de los europeos medievales y renacentistas (luego por parte de los indios americanos) *la atribución de poderes poco menos que mágicos a la escritura* (lo que) *permite hablar, en sentido estricto, de su fetichización. Los primeros actos de los conquistadores en tierras apenas "descubiertas", en efecto, subrayan el prestigio y el poder que aureola, a los ojos de los europeos, la escritura... En términos más abstractos, la escritura corresponde a la vez a una práctica político-religiosa (la toma de posesión con vistas a su evangelización) y a otra jurídica o notarial (dar fe de las responsabilidades individuales implicadas).*

El trabajo crónico de Bartolomé de Las Casas guarda concordancia con los dos puntos destacados. Hombre de su tiempo, comprendió a cabalidad el "fetichismo" de la escritura (Lienhard, 1990) y su capacidad *performativa* de las cosas. *La capacidad performativa de un enunciado depende menos de sus características propias que de la "existencia de una suerte de ceremonial social que atribuya a tal fórmula, empleada por tal persona en tales circunstancias, un valor particular". Sancionado efectivamente por una puesta en escena determinada, el acto escritural deriva aquí su eficacia del prestigio que aureola su origen. A los ojos de los conquistadores, la escritura simboliza, actualiza o evoca en el sentido mágico primitivo la autoridad de los reyes españoles, legitimada por los privilegios que les concedió, a raíz de la reconquista cristiana de la península ibérica, el poder papal* (Lienhard, 1990). Esa aura de sentido mágico de la escritura vivió su esplendor cenital durante el romanticismo, el modernismo lo engalanó y si bien la lingüística moderna y la semiología la desmitifican y le ofrecen alternativas lúcidas, dentro de una progresión nihilista, en Chiapas permanece incólume pretendiendo, no pocas veces, lecturas de realidad mayor en el relato textual que en el sucedido real. Quién sabe si no el trabajo del obispo Bartolomé también esperance conquista mayor merced a la magia de lo escrito (la magia de la palabra, dirían los escritores de hoy) que a la balanza de la propia realidad. La realidad en el cronista



Las Casas arde en el infierno, o en el purgatorio, del cual es preciso moverla a salvación. La salvación propia —lo sabe desde el día en que escuchara el sermón de Montesinos— pende, en buena medida, de la conversión de los actores malvados en suelo americano. Lo mismo mediante sermones, leyes o anatemas, su compromiso es el de volver a ese mismo suelo su condición original, su condición de paraíso. Es el compromiso que permea a toda su obra, un compromiso que luego querrán heredar lo mismo escritores que obispos, de la localidad o provenientes de fuera: monstruo de las mil cadenas, de las estrechas márgenes de la igualdad o de la libertad, como podrá observarse páginas adelante.

Pero si el obispo Barolomé sostuvo una *voz comprometida*, como diría el poeta Juan Gil Albert (1936), otros cronistas se procuraron en sus propias proporciones y guardaron lealtad y paridad a su dimensión humana y profesional. Sería el caso de Fray Francisco Ximénez, cuya obra monumental, **Historia de la provincia de San Vicente de Chiapa y de Guatemala**, constituye el más valioso legado informativo en torno a la historia colonial de Chiapas, y de Guatemala en el siglo XVII. Flujos migratorios de pueblos indios, definición de nuevos asentamientos, prácticas religiosas y administrativas, avatares misionales, descripciones de pueblos y caminos, la acendrada curiosidad de los religiosos europeos llegados hasta esta provincia hallan en el texto de Ximénez acomodo. La también impar curiosidad del dominico le induce a la transcripción de legajos completos, considerados de importancia por él, y en realidad asombrosos en muchos sentidos, quién sabe si no en el olvido para las generaciones actuales y futuras de no mediar la sensibilidad e inteligencia de Ximénez. Es el caso del Popol Vuh por ejemplo.

La historia escrita por Ximénez fuente es, e inagotable, de la cual abrevan historiadores y eruditos. Para el caso del presente ensayo importa destacar, aparte del **Popol Vuh**, texto merecedor de múltiples estudios, el relato de los frailes dominicos traídos por Bartolomé de Las Casas para llevar a cabo "la conquista espiritual" de Chiapas. Habiendo salido de Salamanca España, tras múltiples peripecias advienen a Ciudad Real de Chiapas. De dichas peripecias da cuenta el texto. Fue escrito por Fray Tomás de la Torre, recogido por Fray Francisco Ximénez en su historia y, finalmente,

publicado como libro por el arqueólogo-viajero Frans Blom bajo el título de **Desde Salamanca, España, hasta Ciudad Real, Chiapas**, en el año de 1982. El relato de Fray Tomás de la Torre es la memoria de un viaje accidentado, de avatares llenos, en la península mexicana. Los azores, las sorpresas del fraile y compañeros sobrevientes no dejan de estar presentes capítulo tras capítulo. No deja su testimonio de ser ilustrativo para una desgracia persistente en el Chiapas de hoy: los naufragios de los dominicos vieron el naufragio de las bibliotecas incipientes con que acompañaron su viaje. Tal ha sido, e implacable, el naufragio cultural de la entidad. Pero si la desgracia se cierne en la vida y en la crónica de Fray Tomás de la Torre, el espíritu del fraile acrece comprensión y sabiduría hacia sí y hacia la vida al grado de lograr, para su relato, sobriedad ante el infortunio, gracia y humor al medio de la pena. Bueno es ponderar esta virtud, pues si sombrío tornó el quehacer ético del "protector de los indios", sabroso y galano devino el oficio de quien vivió y contempló la vida. Así, la historia por él narrada es grata, como lo es la vida misma, desprejuiciada, como las relaciones humanas en su naturalidad, lejos de las cargas ideologizadas y de las aspiraciones puritanas, maniqueas también, tendientes hacia el absoluto para los hombres. En la virtud de la literatura —que si bien esta crónica joya literaria no es— el lector congracia disfrute y del espíritu amplitud. Vuelve, por lo mismo, a su lectura una y otra vez. Una y otra vez puede ser releído el relato de Fray Tomás de la Torre, y siempre resurgirá la vida, la gracia, el paso de los hombres en su paso humano (que no angélico ni ideal) por la tierra.

El restante período colonial ve los ejercicios del cronista Fray Antonio de Remesal, célebre entre los historiadores por su carencia de rigor documental, de los obispos Francisco Rubio Marroquín y Francisco Nuñez de la Vega, y de algunos viajeros.

La preocupación de los obispos reviste carácter doctrinal, pastoral y de ordenamiento eclesiástico, y la de los viajeros, descripción de costumbres y modos ya de la vida en los conventos del campo y las ciudades, ya de la vida en los pueblos de indios. Ausente como les fuera la preocupación literaria entregaron, en cambio, trabajos excepcionales para conocer de las prácticas y la crítica de su tiempo. La creación de conventos, escuelas y

universidades posibilitaron el flujo de alguna información, así fuera en lo general de carácter religioso. Y, costumbre largamente extendida, el clero y los criollos de cepa dieron por viajar para concluir sus estudios en el extranjero.

Fundamental para la cultura, en Chiapas, fue, sin duda, la proclama de su independencia y posterior anexión a México, hecho de consecuencias políticas para la Unión Centroamericana y para el futuro de Chiapas, lo mismo que para su desarrollo económico. En términos de la cultura transmuta de una posición similarmente rural o urbana —en relación con sus pares centroamericanos—, para devenir provincia remota de una federación y, aún hoy, satélite lejano del interés central, como no sea para la explotación de sus recursos. El estudio a fondo de esta cuestión permanece pendiente todavía. Llama la atención, eso sí, que aparte de comentaristas del suceso político, no los exista desde la perspectiva cultural. Fray Matías de Córdoba, acaso la personalidad más proclive para llevarla a cabo no manifestó preocupación. Sus deberes ante lo inmediato le absorbieron el posible análisis de lo complejo, a pesar de la herencia crónica de sus predecesores. Incluso la obra literaria que le sobrevive (**La tentativa del león y el éxito de su empresa**) difícilmente podría soportar una lectura bajo esta óptica. Y no porque no se percatara de la necesidad de hacerlo, pero su comprensión de entonces no le posibilitó la perspectiva debida. Veinte años atrás quiso la formación de estudiantes chiapanecos, razón por la cual dio a la luz su opúsculo **Prelecciones a los libros de eloquencia** (1801), cuya influencia se deja notar en los manifiestos, discursos y correspondencia de entonces, pero no en la crónica o en el relato.

Otro intelectual, sin duda eminente, Manuel Larráinzar, enfrentó la polémica que suscitó el hecho pero desde las perspectivas jurídica, histórica y política. Pretendió la integridad geográfica y legal del nuevo estado, y le creció a preocupación tanta que concibió a Chiapas como origen de las civilizaciones y culturas de América, rasgo ilustrativo de una pasión etnográfica en casi todos los chiapanecos postindependentistas.

Es menester, sin embargo, dejar claro que las gestas de independencia y anexión de Chiapas a México no contaron con cronistas, novelistas o narradores. Y no porque a todo hecho

histórico deba seguir tratamiento literario. Pero en la época moderna se considera que todo gran movimiento social provoca un florecimiento de la conciencia y de la cultura. En el cual caso, o contamos con una laguna (una no literatura de la independencia) o el movimiento independentista en Chiapas ocurrió de manera tan natural, tan casual, que no provocó conmoción mayor, ni en la sociedad ni en la conciencia. (Aparte de que buena porción de la narrativa, en Chiapas, se significa por su apego a lo real). Pero en México tampoco existe una narrativa de la independencia, como no sea el breve texto de Manuel Payno, **El hombre de la situación**, más bien narración de los avatares de un español en estas tierras y su incursión involuntaria en la vorágine independentista. Suceso de verdadero impacto en nuestro medio lo significó la intervención francesa y las guerras desatadas por los conservadores. Aparte del valor cívico mostrado por Angel Albino Corzo y de la **Reseña de varios sucesos acaecidos en el estado de Chiapas durante la intervención francesa en la República**, con que coronó el triunfo liberal en el sureste mexicano, para el caso de las letras se vuelve necesario ponderar el renacimiento del ejercicio crónico. Como muestra de la persistencia de las únicas dos instituciones letradas de la Colonia, la iglesia y el ejército, un joven soldado emulará la pasión relatural de Bernal Díaz del Castillo, y desde su propia visión de actor de los sucesos dará cuenta de los mismos, de una manera llana y desprejuiciada. Las **Memorias del sargento José Ma. Montesinos** (1935 y 1984) son el testimonio apasionante y fiel de una época particularmente convulsa de la historia de Chiapas. La visión del hombre del pueblo, ansioso de movilidad social si bien distante de las intrigas palaciegas y de los rejugos de poder, al cual observa con el prurito de la pecaminosidad, recorre la capitulación del libro, una capitulación plena del aire fresco de la sorpresa, de la sencillez narrativa que no por sencilla se halla exenta de apreciaciones claras y de hechos descarnados. La soltura narrativa de José María Montesinos, su sencillez escritural ajena a los pruritos literalizantes, su pasión por el relato de lo inmediato y real se emparentan con los también ejercicios narrativos de Joaquín María Machado de Assis (1839-1908) y de Manuel Antonio de Almeida (1831-1861) en las **Memorias póstumas de Blas Cubas (1879)** y **Memorias de un sargento de milicias**

(1854), respectivamente. Llama la atención la coincidencia temporal de los tres trabajos de referencia, sus similitudes, y la distancia y desconocimiento entre sí, guardados por los autores. El espíritu de la época en la América ibérica permeó por igual al chiapaneco, y a los brasileiros. Legan los tres gracia y frescura; legan, también, una visión de la política, de la milicia y de la sociedad desde la experiencia personal de su cotidianeidad, una experiencia azarosa, ardua, sujeta a las veleidades de un destino magro, misérrimo pero señoreado por el decoro humano de sus actores, la dignidad espiritual emergida de la conciencia de ser eslabones de un sistema cultural y de valores, merced al cual se construye dinastía y linaje. La escala moral decimonónica encuentra merecido monumento en las **Memorias** de José Ma. Montesinos, la frescura narrativa, tan escasa en nuestras letras, también; frescura que hará ausencia de un siglo, para aparecer de nuevo en un libro de cuentos primero y en uno de memorias después: **Al natural** (1991), de Ethel Beutelespacher y **Mi vida en los cafetales** (1993) de Winifred Mahnleen.

Memoria de la milicia existe otra crónica debida, como en el caso anterior, a un autor originario de los valles centrales. José Ma. Montesinos fue originario de Tuxtla; de Chiapa lo es Angel M. Corzo, como su predecesor, Angel Albino Corzo. Angel M. Corzo tuvo la pretensión, ya entrado el presente siglo, de dar cuerpo a mitos fundacionales de una unidad e identidad chiapanecas. Con tal propósito escribió tres libros, de alcances limitados pero de ambición avasallante: **Nandiumí. Canto épico sobre la leyenda de los chiapas** (1928), **Nandalumí** (1960) y **Los cuentos del abuelo** (1964). Ninguno de los tres ocupará nuestra atención toda vez de lo híbrido de su naturaleza, lo petulante de su retórica en ocasiones, el escaso valor literario de su construcción. Se los hace notar para recordar esa preocupación de nuestras letras, en algún momento del presente siglo, por dar cuerpo a una "identidad chiapaneca" en la mexicanidad, como ya ha sido señalado en el apartado relativo a la poesía.

Recordamos de Angel M. Corzo su libro **Mis 2501 días en el Colegio Militar** (1934). Se cierra con él, hasta el día de hoy, un ciclo narrativo cuya caracterización la hemos pretendido en el tenor de la crónica. Puede parecer un tanto arbitrario pero deviene

como opción para la unidad de lo disperso. Desde Bartolomé de Las Casas y Fray Tomás de la Torre hasta Angel M. Corzo se mantiene una tradición narrativa que encara "la realidad", como descripción y como memoria. Común a todos estos escritos es la subjetividad y el afán testimonial. Entregan al lector no la realidad sino una realidad contada, es decir, nos cuentan una percepción y apelan en el lector el conocimiento de esa realidad porque nos la cuentan, con lo cual queda claro que realidad y relato viven paridad más allá de su matriz lingüística, aunque en verdad el relato de la realidad, su cuento, trae a cuenta la forma elemental y primaria del conocimiento. El adentramiento en este último implica complejidad mayor e instrumentos epistemológicos ponderados y cribados. Sin embargo de los anterior, el relato de los cronistas pervive, merced a su textualidad. En algunos casos con elegancia y con donaire; en otros, con sabrosura y sencillez; en alguno, finalmente, como es el caso de **Mis 2501 días en el colegio militar**, con altibajos: a veces relato de buena urdimbre, a veces tropicado, como cuando cambio de redoble en la escolta.

## LOS PIONEROS

Todo intento de clasificación contiene, en su propuesta, niveles de arbitrariedad. Contiene, también, y es su mérito, la posibilidad de favorecer casa común a cuanto de otra manera vagaría en la inasibilidad, en lo híbrido. Pero aun al medio de su posible arbitrariedad el hecho de clasificar obliga a la reunión de los elementos de similitud, por encima de los de diversidad. En términos de la narrativa chiapaneca este hecho permite la agrupación de obras que, de otra manera, difícilmente no solo no encontrarían acomodo pero acaso ni siquiera consideración.

Bajo el rubro de **Los pioneros** hemos pretendido la agrupación de trabajos cuyo contenido se ocupa de gestas de conquista; primordialmente, conquistas de territorio. Es, de alguna manera, una literatura de la frontera; es decir, de la trasposición de los límites de geografía o de pensamiento, en pos de la expansión o construcción de los procesos productivos, económicos o de civilización anhelados por quienes al proceso dan cuerpo. Ellos son los pioneros, a semejanza de *los líquenes, pioneros en el poblamiento de rocas que aún no tienen suelo vegetal*.

## LA SELVA

Pionero entre los pioneros de Chiapas, al sancristobalense Juan Ballinas (1824-1905) le cabe el mérito de haber sido fiel a una indomable vocación expedicionaria. Hijo de pioneros él mismo y heredero del rancho *El Paraíso*, en el Jataté, a la vera de la selva, indomable cuando ese tiempo, nace muy pronto a la vocación de descubrir una ruta favorable para la explotación maderera de la misma selva. Cuando ya decide iniciar su aventura no desconoce los esfuerzos favorecidos o financiados por el gobierno para alcanzar tal propósito. No desconoce los fracasos en que culminaron ni la maledicencia que habrá de acompañar a su empresa toda vez de los fracasos de aquellas otras, bajo la tutela del gobierno. Se sabe solo y sin recursos, carente de *la palanca que mueve y conmueve al mundo entero, pues es bien sabido que el oro es numen del siglo y que con él todo se puede*. Pero a falta de bienes y de peculio se descubre poseedor de un espíritu indoblegable. Dira: *Con el alma poseía los principios siguientes: Querer es poder, y más hace el que quiere que el que puede*. Emprende, entonces, el camino de su vida que es el camino del conocimiento; en términos inmediatos, del conocimiento de la selva. Logra tal propósito al cabo de cinco expediciones y de un año seis meses de empecinamiento. La ruta de su pensamiento, mucho tiempo después. Para cuando tal ha sido escribe sus memorias, ese pequeño, sencillo, muy bello libro, **El desierto de los Lacandones**, dado a conocer por Frans Blom en 1951, cincuenta años después de que fuera escrito. En su brevedad, el libro, refiere la brevedad de la expedición. Tres siglos, por lo menos, fueron testigos de los propósitos militares, religiosos y políticos de control sobre aquel vasto territorio y su población, sin éxito perdurable. Vendrían luego los esfuerzos del naciente Estado, en su gestión liberal. Juan Ballinas respresenta no tanto la empresa individual como la empresa humana. Ansía, ciertamente, riquezas, pero, sobre todo, la impronta del hombre al medio de la naturaleza. Como si de una gran metáfora se tratara, **El desierto de los Lacandones** dará cuenta de los empeños de un hombre que abandona *El Paraíso* y luego vuelve a él. Mientras se afana lejos de aquella su heredad, vive las contingencias humanas de ambición, sufrimiento, naufragio, ham-

bre, envidia y traición. Cumple también con la encomienda de someter y de nombrar a las cosas: *Perlas, Río azul, Carriles...* Ninguna actividad le parece vana: agricultor, boga, capitán de navío, trovador, defensor de oficio. Por vías diferentes a las de los evolucionistas y materialistas europeos decimonónicos llega a saber que en el trabajo se cifra buena parte de la transformación, material y humana. *Estoy convencido, dirá, que el trabajo material produce más que el tiempo que se pierde en cuestionar.* Al final, el afán suyo, como el del género humano, topará con el muro de la derrota, de la imposibilidad. Expulsados del paraíso, con la derrota como heredad, los premios del hombre, a la vera del camino, están singularizados en la ingratitud, la calumnia, la envidia y la mala fe. En el caso de Juan Ballinas, sobreviviente de la desdicha, hijo pródigo de vuelta a *El Paraíso*, puede, como todos los hombres, recomponer la perspectiva, integrar las partes todas de sí, decir: *He cruzado con serenidad sobre los mares borrascosos de mi suerte. Cuando fui joven hice prodigios, dominé cuantos obstáculos se opusieron a mi paso, probé la amargura y tuve valor para todo. Y hoy, que instante por instante espero escuchar la hora de mi eterna partida... nada puedo ya.* Pionero, por excelencia, de la selva, Juan Ballinas esperanza del mundo la bondad, la belleza. Tal esperan los pioneros; por eso van de la vida en pos. En pos van de la creación suya, como si en su frente de Caín la marca, la marca quisieran en los albores del mundo. Su canto, como en el libro **Cántico** (1938), de Jorge Guillén, bien está preanunciado en la página primera de Juan Ballinas (Julio 14 de 1901): *Planta débil, muy débil, viene el hombre al mundo, y en el propio estado permanece mucho tiempo con el apoyo de sus padres y tutores; pero llega a ser varón, se fija en la naturaleza y la reconoce de tal modo, que con resolución firme dice: "yo pertenezco a la naturaleza, pero soy el Rey de ella" ¡Oh cuánto puedo ser!*

Una vez alcanzada la ruta para su explotación llegaron a la selva los chicleros y los madereros. Pronto, muy pronto, dieron cuerpo a las denominadas monterías, y con el correr del tiempo, a la fabulación del llanto centenario. La historia de la selva Lacandona, en términos de sus pobladores históricos y de la explotación maderera la ha dado a conocer el estudioso belga Jan de Vos en dos libros esclarecedores: **La paz de Dios y del Rey, La**



**conquista de la Selva Lacandona** (1987 y 1992) y **Oro verde** (1989). También ha publicado una espléndida antología de textos de viajeros a la misma, con el título de: **Viajes al desierto de la Soledad** (1989). No nos ocupamos de estos libros aun cuando nos parecen de lectura obligada. No existe, sin embargo, ningún estudio sobre la vida y las relaciones sociales en las monterías de Chiapas, como no sea el muy genérico de Thomas Benjamin (1986), notas de Blom en su libro de **La selva Lacandona** (1955) y un apunte de Roberta Montagú.

Por cierto, Roberta Montagú vivió en San Cristóbal de Las Casas y viajó con frecuencia a la selva Lacandona, en una época en la que San Cristóbal y la selva se significaron como los lugares míticos de buen número de aventureros europeos, norteamericanos y nacionales. Enorme fabulosidad se generó en su entorno, un entorno también aureolado de misterio, de extravagancia, de licenciosidad. Artistas, arqueólogos, miembros de la realeza albiona, defraudadores, eruditos, supuestos espías habitaban la ciudad, habían la selva como sitio de realización y ¿de intriga? Las historias de San Cristóbal y en San Cristóbal de Las Casas no han sido escritas todavía. Mejor suerte ha corrido, en este tenor, el espacio de la selva.

Pedro Vega (1918), tabasqueño-chiapaneco, emparentado en Ocosingo, trabajó durante muchos años en su hacienda de la selva, y como encargado de monterías. La selva, las monterías de la primera mitad del presente siglo ocuparían su atención y servirían como fuentes de su relato. Bajo el seudónimo de Pablo Montáñez daría a conocer una serie de libros llenos de frescura y sabor, aunque también de torpezas sintácticas y formales. **Jataté Usumacinta** (1974), **La agonía de la selva** (1973) **Río Grande** (1970), **Lacandonia** (1971) sus títulos representativos se sumergen en un mundo de asombros y nos sumergen en sus asombros. Oscilando entre las memorias y los libros de viajes, los de Pablo Montáñez son libros para la rememoración de un paraíso. Si Juan Ballinas salió de *El Paraíso*, vivió el éxodo de la promesa exploratoria y, al final, volvió a aquel, Pablo Montáñez no tiene sino el paraíso de la memoria, al que quisiera en su pureza prístina, lejos de la caída original significada por los madereros, los viajeros, los nuevos pobladores. La preocupación reiterada de

Montáñez es la de la naturaleza ante su fin. *¡La selva agoniza; se los dice un Pablo cualquiera, un Pablo pueblo, originario de la montaña!*, pareciera decir. El montañez Pablo, el Pedro piedra de la vegas del río grande, el Montáñez se pregunta, ¿alguna vez existió la selva en el esplendor de su virginidad? ¡Por supuesto! Aún miramos testimonios de ello. Y en pos de los testimonios va. Entonces Montáñez cuenta la historia, desde las cuatro vertientes que alcanza a columbrar: el espacio, sus habitantes originarios, los esforzados pioneros de las monterías, y los visitantes y colonizadores nuevos.

El espacio es el de la maravilla, Es. La imaginación avezada sería corta ante el desborde de la realidad, mayor aún a la imagen desbordada. Caobas de proporción monumental, del ancho de una pirámide teotihuacana; ríos de transparencia y de caudal, como solo en el Amazonas; fauna, preciosa y diversa, como en ningún lugar del mundo tanta; humus de generosidad y sabor tamaños, misterioso humus, capaz de enervar entendimiento y ánimo como para no desprenderse de él, cual si se tratase de amante sensual, enfebrecida. Mas he aquí que de pronto la selva-amante sensual ha sido herida y yace sobre su lecho de espasmos. Los madereros es verdad, pero un día y luego otro, cada vez es mayor el humo y la quemazón, señal de los asentamientos nuevos. Desaparece el monte, la vegetación, los animales, los ríos. La que fuera, en Juan Ballinas, noción de explotación racional de riqueza, aletea la mente de Montáñez. Pero ante poblamiento tamaño y acelerado la desesperanza se le impone. Los nuevos colonizadores asestan golpes implacables al medio del corazón de la selva. En vez de riqueza, el fin ¿Cómo no pudo ser de otra manera? De otra manera fue, cuando habitaron la selva sus pobladores originarios. Piensa Montáñez en los lacandones actuales y los identifica con los lacandones originarios. Desconoce su historia. Desconoce, incluso, la historia reciente de los caribales y las relaciones y estructura sociales de los lacandones cuando su tiempo. Ha tenido contacto con ellos, ciertamente, pero apenas el necesario para hilvanar algunos datos. Esos datos, empero, le servirán para dar cuerpo a una forma, ideal y heroica, de comportamiento tribal y de su relación armoniosa con el medio. Los lacandones, en Montáñez, pasan a ser el Adán y la Eva primigenios, habitantes del paraíso

terrenal. Y, lamentable como siempre en la historia ocurre, también entre estos Adán y Eva ocurrió el crimen eterno de Caín. Ese crimen, provocado por la envidia, fue causa de división y la división de debilitamiento, razón esta por la cual habrían de penetrar los otros vicios: mentira, lujuria, codicia, animadversión. El paraíso dejó de serlo y fue posible el ingreso, en él, de aventureros y de hombres de industria e ingenio.

De algunos aventureros se ocupa Montáñez: de Frey, del príncipe inglés, de Pozo, de Montagú. Si breve fue por la selva su paso, breve el espacio alcanzado en la narración. Los nombres de ellos son apenas noticia, como en el caso de saduceos, filisteos y otros, cuyos nombres y hazañas figuraban como rumor en la vida cotidiana de los descendientes de Abraham. No así ocurre con los hombres de industria e ingenio. Industrioso el mismo Montáñez encuentra en ellos la muestra viva de lo que significa el proceso civilizatorio de la humanidad. Tal proceso tiene que ver con la impronta de la voluntad y del pensamiento humanos en el curso del proceso natural, de los elementos. Si acaso existe una ley natural en el mundo, tiene esta que ver con el ordenamiento de la racionalidad logrado por el hombre. Las hazañas y las fatigas de los moneros, páginas de las mejores en los libros de Montáñez, dan cuenta del proceso de humanización de la naturaleza. Por primera vez, en la selva de Chiapas, es diferenciable, con propósitos definidos, la actividad humana sobre la actividad de los elementos. Una vez más, el trabajo es la base de la transformación; una vez más, el trabajo y el pensamiento humanos sobrepasan cualquier contingencia de la naturaleza, cualquiera de sus furores.

Hay mucho desperdicio en los libros de Montáñez. De entre la abundancia de títulos habría sido encomiable una dedicación de su autor por alcanzar un solo volumen unitario, decantado de principio a fin. No fue el propósito de su autor, ni preciable es pedirle tal. Hombre de acción como lo fue, mérito suyo es, y grande, el legar una mirada humana, amorosa, de la selva y de los pioneros en ella, durante la primera mitad del siglo. Las insuficiencias formales y literarias compensan grandemente en la afluencia de pasión, de elementos vivos y vitales que, como en los libros de juventud, inflaman el ánimo y la imaginación en pos de los nobles ideales.

La selva Lacandona, paraíso para Juan Ballinas, espacio del exilio para Montáñez, se significó como el territorio prometido para pioneros nuevos y el de expansión de la frontera agrícola para el Estado mexicano. Como si a nuevo Abraham le hubiera sido dicho: *ve a la tierra que te daré... (y) mira al cielo, y a las estrellas, si puedes contarlas; así será tu descendencia*; de entre los confines de Chiapas, de la República mexicana y de la de Guatemala se dieron cita las tribus para lanzarse a la conquista de la tierra prometida. Indios de diferente matriz cultural, mestizos, campesinos, rancheros, mecánicos de la gran ciudad, quienquiera que se sintió tentado por una extensión de tierra, hacia la selva encaminó sus pasos, con bienes o sin ellos, con familia o no; por miles y durante lustros marcharon, hacia la tierra de la gran promesa. Tampoco sabían ellos que de la gran promesa se trataba. La iglesia católica primero, con enorme sagacidad; la iglesias milenaristas después con su pregón de las postrimerías, darían cuerpo al más importante bagaje cultural que habría de cohesionar e identificar a todos estos pioneros que a su espalda dejaron los pueblos donde nacieron. Pero si a la espalda dejaban sus formas anteriores, tradicionales o no, pero si a nueva identidad nacían, muchos de entre ellos quisieron como guardar memoria de su tránsito y merced al sistemático auxilio de ilustrados escribanos ajenos comenzaron a escribir el pregón de su memoria. Al momento presente existen dos libros que, desde la historia oral, relatan pasado y tránsito de pioneros tzotziles y tojolabales: **Voces de la historia** (1989) y **Memoria baldía** (1992), respectivamente.

**Voces de la historia** es un punto de partida en los relatos colectivos. Los autores han sido claros al precisarlo: *es parte de un proyecto de reflexión sobre el pasado reciente de tres ejidos de la selva. Pero como proceso de reconstrucción histórica el texto no se propone como fuente oral para otros estudios sino como una interpretación de la historia, llevada a cabo por los miembros de tres ejidos a quienes los investigadores se sumaron en actitud dialogal y discursiva*. El resultado es muestra cabal de ello. Teníamos conocimiento de trabajos en torno a la historia de localidades o más específicamente a momentos de la historia nacional y su impacto en la localidad, pero en general o se nos ofrecen versiones de textos de historia o testimonios de cronistas y

memoriosos. Es la primera vez que se nos entrega una interpretación de la historia, desde sus protagonistas, protagonistas no intelectuales, políticos o académicos, desde luego. El aporte del libro es sustancial. Lo más arduo en un pueblo, cualquiera que este sea, es la reflexión de su construcción, de su ser y hacer, de su historia. Los ojos ajenos pueden valorar el pasado de esos pueblos, lo magnífico de sus manifestaciones y cultura, pero eso define escasamente. Al interior de un pueblo, es la conciencia del hacer, la conciencia de lo que se genera y cómo se genera, lo que da perspectiva. Y nuestros pueblos en general, los pueblos indios en particular, carecen de esa conciencia de su hacer en el tiempo. Resulta romántico afirmar que sí la tienen pero de otra manera. Los significantes de sus rituales, por ejemplo, se les han perdido; permanecen las formas, arquetípicamente. De allí que abocarse a enunciar los sucesos, sistematizarlos, interpretarlos, escribirlos, es darle cuerpo originario a esa tradición histórica, ahora ausente.

El eje sobre el que gira el libro es la migración de grupos humanos hacia la selva, y su asentamiento y relaciones en ella. Es ese, por muchas razones, un periodo significativo toda vez que en el movimiento de gente tanta bien puede verse el también movimiento del Estado hacia otro momento de su configuración. Conocer el movimiento acaso permita un mejor conocimiento de nuestro estado y de lo que somos. Desde la perspectiva del libro la migración hace pensar en algo esperanzador: Presumiblemente quienes hemos transitado de un lugar a otro hemos conocido tránsitos en nuestra persona, en nuestra concepción del mundo, en la extensión de nuestro espíritu. El tránsito de estos pueblos hacia otros lugares y medios sin duda los descubrirá con una conciencia diferente de sí y los mostrará diferentes ante nosotros. El libro nos ofrece la visión de su tránsito y, a más de ello, el gusto, o la herencia de un desarraigo. Dicho con sus palabras sería: *queremos tener una historia... para que no olviden nuestros hijos que no son nativos de este lugar, para que no lo olviden tampoco los hijos de nuestros hijos*. Sentencia como parece la frase es al tiempo una síntesis. El desarraigo consiste en dejar atrás unas tierras para ir en pos de una "bendita tierra". No por gusto: por el agujijón de la miseria, y avizorar un día las lindes del bienestar aunque el bienestar un momento parece mostrar su faz, otro momento se

agota, inasible, como la selva, donde ya se está terminando la leña, la verdura de los cafetales, los peces y los caracoles de los arroyos...

**Voces de la historia** no es cabalmente un libro literario. Algo decayó en el tono; un poco de mayor atención en las voces mismas nos lo ofrecería como un gran libro. Queda como testimonio de la ubicación marginal de los indios en torno a la sociedad global. El no ser del todo literario no le resta el ser un buen libro, fruto también del **Popol Vuh**.

Una de las consideraciones de la lingüística moderna es aquella de ponderar al lenguaje como el lugar donde se crea el universo, y las formas de construcción del lenguaje como espacios donde se manifiesta, de manera nítida, la construcción del mundo. La colocación de palabras, de frases, los signos sintácticos de la construcción lingüística se corresponden con un orden aprehendido del ordenamiento del mundo visible y manifiesto. En esa dimensión el lenguaje es una epifanía, y el conocimiento del lenguaje deviene en conocimiento de una visión, esencial y particular, del universo.

Desde una lengua particular, desde el mundo tojolabal, desde la **Memoria baldía**, como la llaman Antonio Hernández y Mario Humberto Ruz, autores del libro, emerge la continuidad del **Popol Vuh** en Chiapas. En efecto, la primera piedra en esta ruta es la de Rosario Castellanos en su novela **Balun Canán**. Aunque de origen mestizo y de raigambre hacendada, si bien cuando ya ocurre el desmembramiento del baldiaje para dar paso a la memoria, Rosario Castellanos reconstruye el tiempo mítico y lo reconstruye deseando la voz centenaria y sabia de los baldíos. Por principio, si recordamos, al inicio de la novela coloca un epígrafe del **Libro del Conejo (Popol Vuh)** como si fuera una invocación para proseguir el recuento de los sucesos a manera de los contenidos en él. En seguida en uno de los capítulos de la primera parte, sitúa a la niña que es Rosario entrándose furtiva en el estudio-biblioteca de su padre. Hurga entre los cajones y sustrae un cuadernillo que leerá apresurada y clandestina para luego volverlo a su lugar. El cuadernillo, nos dice, fue escrito por uno de los ancianos tojolabales que creciera en la lejana finca de su abuelo. Se impresiona con esa lectura y es desde ella que da curso

a su novela. Hasta allí la referencia. Como lector no puede uno menos que preguntarse si aquel cuadernillo con la memoria del anciano se encontraba escrito en castellano, en tojolabal o con caracteres glíficos: da lo mismo; ¿cómo pudo leerlo la niña Rosario? Indudablemente el recurso del cuadernillo marcaba una intencionalidad literaria en la autora, el afán de inscribirse dentro de cierta tradición mística (la maya, la india) sin pensar en los cuestionamientos de sus lectores en torno a la autenticidad o inautenticidad del cuadernillo.

A pesar de todo, a pesar de los asombros de Rosario, la memoria de **Balun Canán** es la memoria de la finca, no la de los baldíos. Apenas si a éstos les cupo la dispersión, el recuento de sí mismos en los nuevos asentamientos heredados de la revolución. El interés, entonces, de la **Memoria baldía**, reviste importancia capital. De acuerdo con los señalamientos anteriores, se significa dentro de varias vertientes. Por un lado, se propone como parte de aquel cuadernillo de que hace referencia Rosario Castellanos. Esta vez, aunque escrito y anotado por Gómez y por Ruz, contiene la memoria de ancianos ex baldíos de las fincas San Mateo, Carmen Xacalá, Kí'is, San Francisco Jotaná, Medellín y Floresta. En cuanto memoria de éstos, discurre como la novela donde los baldianos se cuentan en todo aquello que fueran sus relaciones con los patrones y las prácticas al interior de sí mismos, *legítimos hombres*.

Por otro lado, pero coincidente con el anterior, **Memoria baldía** es la extensión, en nuestros días, de las tradiciones del **Popol Vuh**, tradiciones de sucesos cíclicos bajo los cuales se recrea el mundo, se penetra en los recintos de Xibalbá, se juega el juego de la servidumbre y la muerte con los señores del poder, se escupe sobre la calavera para procrear a los mensajeros del camino, como Escobar, se inicia la ruta hacia otros territorios para recomenzar en ellos la tradición. Sucesión cíclica del **Popol Vuh** para recordarse a sí mismos, para recordarnos a todos, que la conquista de cada quien no termina aún.

Desde las vertientes de Rosario y la del **Popol Vuh**, **Memoria baldía** oscila entre la literatura y la historia. Testimonio le llaman sus autores. Y lo es. En cuanto testimonio que es retrae o atrae la percepción de cada uno de los entrevistados en torno a su vida como baldíos. Se cuentan como recolectores de caña de azúcar,

burreros, cocineras, mozos, peones, oficiantes de los intereses del patrón. Se cuentan al momento de su liberación de las fincas y de su asentamiento en los ejidos. Se cuentan en lo que fueron y son. Como testimonio, también, nos cuentan aquellas partes de su vida tan propicias para los antropólogos: cuándo y cómo la fiesta del carnaval, cuándo y cómo la pedida de mujer, el matrimonio, el bautizo, el K'in santo, las fiestas patronales, etcétera. En esa medida es testimonio y es fuente. Es testimonio porque da razón de sucesos desde el ver de quien lo vivió. Es fuente en la medida en que ofrece información para corroborar los postulados de los antropólogos y muchas de las cosas que forman parte de la vida y del conocimiento de los mestizos. Es testimonio también de un trabajo antropológico, paciente y dedicado.

Desde la perspectiva de la literatura y de la historia **Memoria baldía**, desde su epígrafe se pretende como prologación de Rosario Castellanos en **Balun Canán**, y de alguna manera lo es. Lo es también del **Popol Vuh**, a partir de sus voces, tradiciones y constitución lingüística. Desde allí y desde su preocupación por una época determinada, por los hombres en esa época, es un trabajo de historia, literatura y vida.

Una vertiente más es **Memoria baldía**: lenguaje. Aparte del texto tojolabal, sin duda fuente para los especialistas, la versión castellana guarda fidelidad cabal a la expresión y construcción tojolabal. Merced a ella podemos saber de supresiones de vocablos, de reiteraciones, de superposiciones, como dándonos a entender que existen inclusiones y exclusiones en la forma de ver la vida, que es preciso decirlo una y otra vez, hasta hallarle forma, que la dicción es insuficiente para el ser. En fin, **Memoria baldía**, desde el lenguaje, es un eco de la memoria baldía que es el ser humano, o *tierra baldía* como la nombraría Elliot.

El ciclo contemporáneo de la selva y sus pioneros se encuentra felizmente clausurado en una novela que, a la par de ser síntesis del tiempo del peregrinaje y la colonización se significa también como el pregón del fruto finisecular de la selva: la guerra. **Ceremonial** (1992) como se nombra la novela, se pretende la



epopeya de una gesta: la de colonización y civilización de la selva Lacandona. Jesús Morales Bermúdez (1947) su autor, da cuerpo, en un personaje, a los procesos, pensamientos, concepción del mundo, filosofía, hazañas y anhelos del conjunto de pobladores de la selva. En la voz de ese personaje amalgama la historia de poblados, de familias, de la nueva sociedad. Allí están presentes sus militancias, su inacabable y atávico afán de continuar, una tras otra generación, colonizando y colonizando, ¿para llegar hasta el confín? La metáfora bíblica inaugurada por Juan Ballinas encuentra, en el libro del también sancristobalense Morales Bermúdez, una formulación mucho más precisa, si bien esta vez no ya como horizonte sino como el acto religioso que es el re-leer y re-ligar las cosas. Origen, crimen, Babel, Exodo, promesa, cumplimentación, históricos, sapienciales, proféticos, el relato bíblico cabe completo en **Ceremonial**. Cabe, también, el anuncio del Nuevo Testamento que vendrá (que ya ha venido), con el pregón salvífico de la redención. Una vez que haya concluido la función de Anás, la de Caifas, la de Pilato, una vez traspuestos calvario, crucifixión, aparición a los discípulos de Emáus, en el pentecostés de la literatura sobre la selva, el autor que dé cuenta del nuevo tiempo comenzará su relato con la voz no de San Mateo el Evangelista sino con la del dirigente militar sup Marcos, de la siguiente manera: *genealogía del movimiento militar de la selva; cuando los días de colonización nació El Congreso, El Congreso y Chapingo crearon a la Quiptic...* El ciclo actual está concluido. A la par de **Ceremonial**, el libro de los jóvenes antropólogos Xochitl Leyva Solano y Gabriel Ascencio Franco, **Lacandonia al filo del agua** (1996), ofrece la visión compleja y lúcida de lo que fuera la selva durante la última mitad del presente siglo hasta los días previos a su manifestación en la máscara del viejo mito: la selva (y lo salvaje de la selva) que amenazan a la ciudad. La ciudad, en la Colonia, pretendió el dominio militar, político y religioso de la selva. En las postrimerías del siglo esa misma selva pretende el dominio militar, político y religioso de la ciudad, hoy República mexicana.

## EL SOCONUSCO

No como la selva el Soconusco permaneció incolonizado, durante la Colonia. Mas vastos territorios hubo donde, la vegetación, características le dio de selva y de poblamiento escaso. El último cuarto del siglo pasado y la primera mitad del presente fueron propicios para la expansión agropecuaria en general y de la cafecultura en particular. Migrantes europeos y asiáticos se significaron, tanto por su cantidad cuanto por su impacto económico y social sobre la población nativa. Buena parte de los migrantes se consideraba a sí misma pionera, por mucho que la extensión geográfica a la que accedía no fuera precisamente inhabitada. El tránsito hacia lo desconocido no deja de provocar el sentimiento y la conciencia de primacía sobre los demás. Los testimonios escritos de los japoneses llegados a Acapetahua ejemplifican notablemente esta comprensión.

Poca, poca gente quizás con tan acendrada identidad de pionero como lo fue Helen H. Seargeant. Al iniciar el relato de su viaje a Tapachula, se refiere a sus padres de la siguiente manera: *...mi padre nació y fue criado en la frontera: venía de familias pioneras, por eso nunca pudo dejar de ser un pionero. Mi madre también fue pionera... siempre dispuesta a ayudar y seguir a mi padre en cualquiera de sus proyectos. Fueron pioneros a través de toda California y Arizona, hasta que él se cansó... Martin Kesselring le contó a mi papá acerca de una colonia americana que había en Chiapas, México. La idea de aventurarse en un lugar enteramente nuevo le atrajo enseguida, y fue así como mi padre condujo a su familia a un lugar selvático y desconocido.*

Casi un credo religioso el fragmento anterior, al estilo de los escritos antiguos, hace recordar, de inmediato, la estirpe literaria de caldeos y semitas y, a través suyo, de celtas, y merovingios del occidente postbizantino. Quizás en esas tradiciones se formó Helen H. Seargeant, en la irlandesa y en la naciente literatura norteamericana. Lo cierto es que logró un libro, **San Antonio Nexapa** (1952, 1971 y 1980), de factura impecable. Por supuesto, la autora no era una improvisada para las letras. A la innegable sensibilidad, ya presente cuando su infancia, agrega, con ninguna

complicación y sin aparente esfuerzo, su participación activa en cuantos trabajos le fue preciso, al lado de su familia, en el azaroso camino de comenzar de cero hasta irse generando niveles de bienestar. Tal actividad la apegó a su mundanidad y esa mundanidad constituye la trama de su relato: la mundanidad de lo cotidiano, la cotidiana mundanidad. No le asiste a Seargeant la preocupación de la trascendencia o del alma humana. Encuentra, como Graham Green, lo medular de la vida y de la textualidad en las cosas sencillas o inmediatas. Paso a paso se urde el destino, como paso a paso se va conociendo y dominando un terreno, haciéndolo producir: un grano primero, un frutal después, una plantación más tarde, y sitio para una granja, para la elaboración del pan. **San Antonio Nexapa** o **San Antonio de las Flores**, es un relato fresco y salpicado de humor. Da cuenta de la manera, acaso generalizada, en que se fue dando forma a las plantaciones y las haciendas. Es el libro de los extranjeros occidentales en Chiapas. No cobran vida allí los nativos ni los nacionales, como no sea de manera marginal y merced a la prestación de sus servicios. Llama la atención el hecho. Sobre todo porque en Chiapas, y quizás en todo México, los procesos de mestización se dan de manera expedita. Ocurre que al cabo de una o dos generaciones ha habido asimilación cultural y de lengua, sin demérito de remanentes culturales del origen. Helen H. Seargeant, mira todo siempre desde los ojos de quien se sabe ajeno, poseedor del lugar pero no miembro de él. Lo sabe ella, y no pretende evitarlo. En uno más de sus credos anota: *Mis padres habían metido en mi mente de algún modo que debíamos estar separados de los muchachos nativos (posiblemente la intención de mi papá era que continuáramos siendo americanos, y después de todo, creo que lo logré)*. Desde la ajenidad, Helen H. Seargeant refresca nuestra mirada del Soconusco, nos lo vuelve amable, lo mismo que el trabajo sobre la tierra.

Extranjera también, Winifred Mahnken (1906) publicó un breve pero sabroso libro, **Mi vida en los cafetales** (1993), en el que da cuenta, a semejanza de Seargeant, de la llegada de su familia a Tapachula, de sus trabajos por construir una próspera plantación, de sus viajes y la vuelta amorosa al suelo que le diera infancia y fortuna. De esta manera el Soconusco, su perla, aparece como

aspiración antes que como el espacio donde florecen las relaciones de los hombres. La lectura del libro, sin embargo, no deja de ser gratificante, conmovedora.

## LOS VIAJEROS

Un tipo de escritores ha habido cuyo nexo con Chiapas tiene que ver con la impresión vivida a su contacto, con motivo de alguno o de varios viajes a la entidad. Favorable o negativa la impresión de estos, llamémosles, viajeros, aun cuando no todos por dedicación lo sean, han dejado obra perdurable y de relevancia, para la entidad y para las letras.

Fray Antonio Ponce, el primero, miembro de la orden dominicana, recorriendo las misiones de la Nueva España, pasa por Chiapas, localidad de la cual deja un testimonio por demás elocuente y sabroso. La ruta a su paso, viniendo de Oaxaca con rumbo a Guatemala, le permite una descripción maravillada de pueblos y sucesos que le es dado vivir. Lo que fuera Camino Real de Chiapas a Guatemala, con los todavía maravillosos lugares de Coapa, Ostuta, Aquexpala, es descrito en su composición y formas de vida. No escapa a su curiosidad la manifestación aún perdurable del mundo simbólico de los naturales. Tampoco las gracejadas a que la imprudencia y desdoro dan lugar. Y todo relatado de una manera tan natural y asaz fresca que ninguna pena provoca la lectura del escrito, antes, por el contrario, mueve a asombro, a risa, al efluvio de la humana comprensión. El relato de Fray Antonio Ponce, publicado por primera vez en Chiapas en el año de (1964), se contiene en el volumen totalizador que dio a la luz la Universidad Nacional Autónoma de México bajo el título de **Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al Padre Fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo Comisario General de aquellas partes** (1976).

Entre las muchas cuestiones estimulantes del relato de Fray Antonio Ponce se encuentra la relativa a la forma de relación de los religiosos y la población nativa, la manera de desplazarse de un lugar a otro, la alimentación, la extensión de la liturgia y evangelización. Es aún vívida la entrega evangélica de este fraile

y de quienes se saben en misión.

No mucho tiempo después el también fraile dominico Thomas Gage (1602-1656), de paso por la Nueva España con rumbo a las Filipinas, huye de ese destino y pasa a Chiapas, Guatemala, Nicaragua y Costa Rica. Retorna a Inglaterra, de donde es originario, en 1637, y un año después publica su **Nueva relación de las Indias Occidentales**. Sin duda alguna Gage es uno de los más importantes viajeros llegados a la Nueva España y, por supuesto, a Chiapas. Más allá del hecho de su fuga y del interés político del relato de Gage, no puede no reconocerse de este su fuerte valor irónico, crítico, desenfadado. Como buen europeo imperial, en pugna con el imperio más poderoso de la época, sobreviviente también de los conflictos religiosos no sólo europeos pero sobre todo ingleses, tiene la enorme capacidad de mirar con ojos diferentes a los de los cronistas españoles, las realidades del Nuevo Mundo.

*La narración, hecha quince años después de su llegada a la Nueva España, contiene un punto de vista único y diferente, dice Elisa Ramírez Castañeda. Conocedor de la historia y la geografía de nuestro país, recuenta con soltura acontecimientos de cien años atrás; pinta un irónico cuadro de costumbres y personajes y describe con exactitud el paisaje. Su visión crítica y su distancia no se encuentran en los cronistas españoles. No es extraño que Gage se encandalizara: su infancia en un clima de persecución, donde la fe era un asunto de vida o muerte, contrastaba con la frivolidad del clero colonial. Su sueño evangelizador se desmorona cuando descubre que puede hacer fortuna mediante el ejercicio de la fe. Su nueva religión (el protestantismo) lo hace exagerar en cada página, pero durante doce años sacó provecho de lo que más tarde satanizaría: su huida a Chiapas, su posición privilegiada como peninsular, su pacífica convivencia con la avaricia y la glotonería —calmada con atole y chocolate— podían existir solamente en este medio, en este desorden que ahora aconseja enmendar... Su libro es sesgado, no parece reconciliarse sino con el paisaje y el chocolate. Reprueba la política, los modos de vida y religión. Pero la exactitud de sus recuerdos es muestra de una nostalgia delatora. La condena refuerza su nueva alianza, pero deja ver que su vida en América era un calvario menos duro que el de su conversión y*

la constante necesidad de mostrar su sinceridad.

Esta nostalgia es rescatable igual que su sentido del humor: su burla de las costumbres; su denuncia de las tensas relaciones entre las castas anticipan los conflictos que dos siglos más tarde culminarán en las guerras de Independencia; la jocosidad con que pinta la devoción de las damas chiapanecas que no soportan un sermón sin una jícara de chocolate; el interés de testimonios etnológicos de idolatrías, brujerías y hechicerías; la descripción de fiestas y de lugares enriquecen el texto. También las omisiones son muchas: calla la riqueza cultural de la Nueva España y simplifica las relaciones en aras del maniqueísmo. Su insistencia en atacar a los católicos, a veces tan ágil, llega a ser pesada, igual que sus recuentos de fortalezas, guarniciones, cañones, bahías que lo hacen parecer más un informe de almirante que el relato de un viajero. (Ramírez, 1982).

El relato de Chiapas en el **Nuevo Reconocimiento** de Thomas Gage, da cuenta de las mutaciones históricas de la iglesia católica en su relación con los naturales. El afán ético, purista de Bartolomé de Las Casas ha dado paso al caciquismo eclesiástico que, mutaciones más, mutaciones menos, se prolongó a lo largo de la Colonia y perdura hasta nuestros días. A propósito, por ejemplo, de la transportación de clérigos, Gage dirá: ... y por toda aquella tierra hasta Guatemala, todas las villas y lugares tenían obligación de proveernos de mulas, sin costo alguno. En fin, la estancia de Gage en Chiapas se encuentra llena de bienestar. Su intrusión en la cosa pública de la provincia provocó una azonada memorable a causa de la cual se vio obligado a marchar. No perdonaría el hecho. Marchó, pero también narró el suceso, sesgado una vez más y poseído de santa furia. La fama coleta de asesinar obispos, de tratar mal a su clerecía fue bien cimentada por Gage. Pero no la clerecía importa, ni los obispos. Más bien la vida pública y cultural de los pueblos, asuntos bastante ausentes en el relato de Gage. Como quiera que sea su visión no ha dejado de causar polémicas. En términos de Chiapas y su literatura, la novela de Heberto Morales Constantino (1933), **Jovel, serenata para la gente menuda** (1992), dará cuenta de la estancia de Gage en Ciudad Real, desde una perspectiva histórica y humana, antes que prejuiciada o utópica.

Abundarán los viajeros después de Gage. Los siglos XIX y la primera parte del XX son propicios para recibir a viajeros ilustrados y a los amantes de lo exótico. Muy someramente daremos cuenta de algunos, por su relevancia en términos de algún escrito ulterior o para la cultura misma de Chiapas.

De gran importancia resulta John L. Stephens (1805-1852), autor del notabilísimo y exquisito libro **Incidentes de viaje en América Central, Chiapas y Yucatán** (1841). Stephens llega a Centroamérica y Chiapas en el año de 1839. La vida federada de Chiapas a México apenas comienza. La unión centroamericana ha dado pie a la formación de nuevos países y en la carencia de estados nacionales, las pugnas entre liberales y conservadores menudean. Trae consigo Stephens, expedido por la presidencia de su país, un nombramiento que lo acredita como *agente especial extraordinario, encargado de misión confidencial*. Aún no han sido publicados la correspondencia y los informes de Stephens acerca de su misión. Su libro sí cuenta con múltiples ediciones, aun en castellano, siempre acompañado de los excepcionales dibujos de Catherwood. El propósito público de Stephens tuvo que ver con la exploración de vestigios y ruinas arqueológicas de las que tuviera noticia, y lo logró describiendo Palenque primero, y asentándose después, casi como dueño de sitios arqueológicos, en Guatemala. Indudablemente, como muchos otros estudiosos antes y después de él Stephens fue *seducido por los restos de la alta cultura maya, de la cual dio los informes más sorprendentes, precisos, extensos y bien documentados. Y aunque otros contemporáneos habían entendido que los arquitectos de esas ruinas eran fenicios, egipcios, cartagineses, griegos o judíos, Stephens retornó a lo que ya sabían los primeros españoles: que esas ruinas eran obra de los indios mayas, los antiguos ancestros de los actuales habitantes de las tierras que él recorrió*, dice Paul Sullivan, en un libro no sólo sorprendente sino ilustrativo de la actividad de este tipo de arqueólogo-agente especial, como Stephens o como Morley (Sullivan, 1991).

Precisamente, dentro de quienes consideraban a los arquitectos de Palenque como descendientes de los egipcios, años atrás el sacerdote sancristobalense Ramón Ordóñez de Aguiar (1742-1818) había dado a conocer un libro curioso, seguramente polémico para

su tiempo y ciertamente ilustrativo de las nociones dieciochescas en la entidad: **Historia de la creación del cielo y de la tierra conforme al sistema de la gentilidad americana** (c. 1790). Se habla, en ese libro, de Palenque, con una filiación semántica propia de la exégesis de la época. Se entiende el hecho en un autor de las postrimerías coloniales. No así en un autor del fin del segundo milenio: Dimas Romero (1921), en su libro **Votán elucubraciones etimológicas en tzeltal** (1985), ajusta la toponimia chiapaneca a raíces mesopotámicas, de una manera ingenua y arbitraria. Resulta de allí que *del tzeltal se derivan el chino, el caldeo, el árabe, el arameo, el sánscrito y tantos lenguajes y dialectos que se entrelazaron sobre la faz de la tierra, a consecuencias de Babel*.

La descripción de Stephens sobre Palenque será conocida por los escritores chiapanecos decimonónicos. No así Palenque. Flavio Antonio Paniagua tomará fragmentos completos de los **Incidentes de viaje** para brindarle ambiente de misterio e intriga a uno de sus personajes, en la novela **Lágrimas del corazón** (1873) y Saturnino Ocampo, el poeta de San Bartolomé de los Llanos, construirá uno de sus meritorios poemas, aunque desigual, a partir de la misma descripción.

Por el rumbo de Palenque, también, por el de Tumbalá, por San Cristóbal, pasará el viajero francés Desireé Charnay. Hasta fecha muy reciente, 1995, una editorial mexicana publicó el relato completo de su viaje. En Chiapas fue publicado el fragmento relativo a su incursión en la entidad en los volúmenes 3 y 4 de la Revista Ateneo (1952 y 1992). No detendremos en él, como no sea para señalar que no carecen de fuerza su aventura por Tumbalá sobre todo, y de exotismo las estampas y fotografías de su excursión.

En quienes sí detendremos será en dos escritores europeos, Graham Green y Max Aub, y en uno mexicano: Rafael Bernal.

Graham Green (1904-1991), escritor inglés converso al catolicismo, vino a México con el propósito de conocer de cerca el denominado "conflicto religioso", conocido en el exterior como "persecución religiosa". Pudo, aunque de manera azarosa, recorrer el país, entonces convulso. En Tabasco conocería el celo misional del ateísmo personalizado en Tomás Garrido Canabal. La carne



viva de la sociedad mexicana no dejaría de impactar al inglés, como había impresionado, siglos atrás, a su coterráneo Thomas Gage. Movidó por ello escribe un libro, todavía inédito en nuestro país: **Caminos sin ley** (1938). Hay quien dice de ese libro que se trata de una crónica más bien desde el odio, no del ánimo sereno. Acaso. No viene ocuparnos de él. De entre la vastísima producción de este autor nos importa la gran novela que es **El poder y la gloria** (1940). Aun cuando la parte medular de su asunto se desarrolla en Tabasco, Chiapas aparece, para el personaje central, como la aspiración resolutiva de su bienestar y su destino. Todo es traspasar una línea demarcativa y la realidad habrá cambiado. El México terrible, traumático, degradado incluso, queda atrás. La montaña en Chiapas y la ruta hacia su ciudad representan el oasis al medio de tamaño desconuelo. Allí mismo en la montaña puede gozarse de los bienes civilizados: alimentos con delicada factura, hospitalidad, conversación respetuosa, ropa confortable, aseo, tolerancia religiosa, una habitación sobria pero con decoro, propicia para el recogimiento personal y la confrontación con Dios inalcanzable. La feligresía, por lo demás, innumerable e inmovible, por mucho de las acechanzas del maligno. La posibilidad de redención moral y de salvación física para el personaje, implica el acceso a la montaña y el paso de ese lugar al de la ciudad por excelencia, donde es posible la cultualidad y el conocimiento y la belleza, valores que Greene supone decadentes para la iglesia. *Pero no podía creer que alguien, donde fuese, le librara del peso de su corazón... Sería más fácil librarse del odio.* La ciudad es, pues, lo imposible. La tensión campo-ciudad no ha sido resuelta por la iglesia en Chiapas. La ciudad que para Greene y su personaje fueran posibilidad de salvación (moral, iglesias, universidad) devino en el centro de la molicie y la maldad para la iglesia. Los sacerdotes en ella, como diría Greene a propósito del sacerdote Ronal Knox, *tienen ese don de hacer que la gente los visitara... y sus clientes eran en gran medida jóvenes a la moda* (Greene, 1959). Mejor ganar el campo, y el sufrimiento de la vida en él.

Graham Greene dio cuerpo, de manera inmejorable, a una de las vertientes culturales de mayor arraigo en Chiapas: el catolicismo y la vida de los sacerdotes hasta antes de los años sesenta. Otro autor europeo se ocupará de otra modalidad cultural de gran

arraigo, también, en la entidad: el arte. En el caso suyo más que ocuparse de las letras cifra su interés en las artes plásticas. Max Aub (1903-1973) tiene la oportunidad de visitar Chiapas (Tuxtla y San Cristóbal), en 1955. El entorno geográfico y cultural de entonces le inducen a tomarlo como el apropiado para la creación de una obra sorprendente, memorable, uno de esos libros propicios para, como lector, irse de boca: **Jusep Torres Campalans** (1958). El extraño y original libro, novela que es, **Jusep Torres Campalans**, planteará una serie de propósitos de carácter literario: el paralelismo entre la pintura cubista y una novela cubista en su intención de mirar las cosas desde diferentes planos, las ideas políticas y sociales en torno a la guerra, las discusiones estéticas, el valor o no de la inteligencia, catolicismo y anarquismo como expresiones de unidad, etcétera. La inteligencia y versatilidad de recursos en Aub se muestran en esta novela. Mezcla una variedad de técnicas narrativas, desde la conversación hasta la inclusión de catálogos, de dibujos y de exposiciones para dar veracidad a una biografía imaginaria que no por imaginaria deja de ser histórica. Indudablemente se trata de una novela precursora. Pero no detendremos en ella. Se la considera dentro de la tradición narrativa de Chiapas por una cuestión de coincidencias con la realidad. Al crear, Max Aub, su **Jusep Torres Campalans**, pintor catalán, emigrado de París y residente entre chamulas, no imaginó algunos sucesos por demás terribles que habrían de acaecer al cabo de los años, sucesos ocurridos en la persona de un pintor de origen alemán, llegado a San Cristóbal, visitante de comunidades de indios, en una de las cuales entregó la vida. De tal suceso tomó elementos Rosario Castellanos para su relato **La tregua** (1974) y María Elena Fernández Galante hiló una reconstrucción, dándole cuerpo a entrevistas y revisión de archivo (Fernández 1995). No deja de llamar también la atención el esfuerzo, este sí documental y manido, del chiapaneco Roberto López Moreno por biografiar al pintor Benito Messeguer, otro catalán como **Jusep Torres Campalans**, radicado en Chiapas.

En otra dimensión de la geografía chiapaneca, el escritor mexicano Rafael Bernal (1915-1972) encuentra motivos para sus cuentos. El breve libro **Trópico** (1946 y 1990) legado por él, es, indudablemente, la colección de cuentos más vigorosa y de mejor

factura de cuantas se han ocupado del Soconusco. Para fortuna de las letras chiapanecas este escritor no se ocupó exclusivamente del mundo de los indios. Los ambientes sórdidos, los lindantes en lo humano y su degradación parecen llamar la atención de Bernal. La paciencia de los chinos para devastar voluntades, los compasivos y a la vez despiadados cazadores de lagartos, el sabor sombrío de la venganza y del miedo, la obstinada persecución aplicativa de la ley, los telones de la riqueza y de la memoria, la honra y sus flores: la veleidad y los celos, son parte del complejo narrativo de Bernal, un complejo narrativo eficiente y cautivador. Una capacidad de observación asombrosa, el conocimiento profundo de la geografía unidos a la fácil penetración en la psicología humana hacen de Bernal un narrador siempre sorprendente, preocupado por las zonas oscuras del hombre, las zonas donde se construyen derrota, o pequeños triunfos en ocasiones. Gusta Bernal de esos personajes condenados, cantera más tarde explotada por Revueltas en toda su obra y por un solo chiapaneco en uno de sus libros: Roberto López Moreno en **Yo se lo dije al presidente** (1982). Rafael Bernal, quien también legara una novela del Soconusco, **Caribal** (1956), referida a los caribes o lacandones, por aquello de selva que fuera el Soconusco, si bien agena y distante de la selva lacandona, sigue siendo el narrador más importante de la costa de Chiapas. En muy temprana época supo ya cuán importante resulta la economía de lenguaje, si se tiene motivo para narrar. Con frecuencia la farragosidad, el dispendio del verbo más representan carencia de recursos cuando no torpeza imaginativa. La lección de Bernal es digna de emulación para cualquier escritor. En su tiempo, a temprana edad del ejercicio literario parece haber aprendido Eraclio Zepeda, como parece haber entendido, a la par, que ningún suceso, ningún hecho —y con frecuencia ocurren en la tierra de Chiapas— es nimio para, a partir de él, dar curso al arte de narrar. También Rosario Castellanos lo supo, pero a veces su furor bíblico, como de Judith indigenista ante el Holofernes ladino, le hace caer en cierto desperdicio. Quién sabe si Rosario conoció este libro de Rafael Bernal. Dureza más, dureza menos, si bien en la misma latitud, su relato **El advenimiento del águila** de la colección **Ciudad Real**, guarda parangón con el **Tata Chon** del **Trópico** de Bernal.

Muchos otros viajeros los hay, y dignos de atención. De Vos

ha antologado a aquellos con paso específico por la selva lacandona. Digno es de lectura, y muy sabrosa y amena, su libro **Viajes al desierto de la Soledad** (1989). No de otros viajeros nos ocuparemos. Vale, sí, hacer una breve mención de un viajero de la localidad. De Domingo Paniagua Bermúdez (1851-1929), se trata. Originario de San Cristóbal recorre parte del estado de Chiapas. Quizás sin pretenderlo de manera inicial pero propiciado por su vida, más bien aventurera y licenciosa, pasa temporadas en París, Europa en general, por la Habana, y detiene para tomar parte en la diplomacia continental en Washington D.C. Es en París donde escribe sus recuerdos de Chiapas, **Viejas impresiones** (1932), breve, muy breve libro, pretexto para darse a sí mismo una descripción refinada de lugares y hazañas chiapanecos, parangonables a los más refinados y notables de las europeas de principios de siglo. En ningún momento parece, Paniagua Bermúdez, olvidarse de los lares de su origen. Sus otros libros, de tema ajeno al chiapaneco, no dejan de tener a la entidad como señuelo y referencia. Así sea para el escarnio, como cuando escribe:

*París (la gran ciudad, que a mi juicio no es más que lo que el tiempo y la historia demandan) es tan variado en sus espectáculos que bien puede vivir sin las conmociones que sufre el Estado. La propina es el único medio de ser dignos de andar por la gran capital. En París —decía un compañero— "no se quiere estar triste". Pero el día tiene sus horas melancólicas en que al pensar en lo que Francia fue en la vida de Napoleón I, los latinos sentimos profunda tristeza... Todos los que venimos a París queremos darnos un paseo por el Boulevard entre mujeres, perfumes y luces... En lo general, la belleza y atractivos de la mujer francesa que indiscutiblemente son encantadores, me parecen afectados, artificiales.- La torre Eiffel, ese armatoste de hierro es susceptible a todos los juicios, a las más duras apreciaciones. Hermosa e impotente a veces, fea, imbécil se nos antoja verla bajo de Guy de Maupassant...(pero) ¿Queréis ver hispano-americanos? ¿Descaís hablar castellano de América? Pues id al Olimpia. Allí os saciareis.* Publicado el texto anterior en el año de 1900, concatena una línea todavía hoy con cultores en Chiapas, pero con cultores también en el México de entonces, debido al auge del modernismo. Nervo y sobre todo el

Duque Job llevaron a muy alto esta pasión porfiriana en el castellano.

Paniagua Bermúdez es un escritor inteligente pero modesto. Quizás lo tardío de su opción por el mundo de las letras repercute precisamente en lo limitado de su oficio, un oficio no exento, sin embargo, de estampas encantadoras y fragmentos de hechura notable.

## LAS SUBLEVACIONES

Ha ocurrido en buena parte de los pueblos de la América hispana. Los procesos de colonización y mestizaje, los de formación de los estados nacionales no han estado nunca exentos de contradicción y de confrontación hasta violenta. Estudios notables los hay que se ocupan de estos hechos. Se describe, así, la ruta de lo que ha dado por ser llamada *la resistencia*. El fondo del asunto es el de negarse a ser para poder ser. No ser otros sino ser lo que se es, no importa si la reflexión filosófica muestra que todos somos otros y que el ser (y el ser social sobre todo) que se es no es otra cosa sino invención y reinención no necesariamente desde dentro.

La historia de Chiapas ha tenido sublevaciones notables. La década actual se significará, entre otras cosas, por la acuciosidad con la que algunos estudiosos se dedican al esclarecimiento de aquellas. No es remoto que la sublevación finisecular favorezca, en algunos estudiosos, la decantación de métodos, la ponderación de las fuentes y de la crítica de las mismas, la relatividad de injerencias más o menos obvias. En términos de la literatura, en Chiapas, nos ocuparemos de dos sublevaciones: la de tzeltales en 1712 y la de tzotziles en 1869.

La sublevación de los tzeltales, o de zendales como nombran algunos autores, ocurrió en 1712. Un autor guatemalteco, bastante tardío en relación con el suceso es quien primero se ocupa de él. Agustín Mencos Franco (1862-1902) escribió la novela **Don Juan Núñez García**, publicada como folletín en el periódico La República en 1898. Existe una segunda edición de 1956. Para mostrarse dentro de los albores de la novela guatemalteca, pocos años después de la manifestación talentosa de José Milla (1822-1882),

**Don Juan Núñez García** es una novela que se deja leer. Concebida por su autor como novela histórica no deja de tener limitaciones, por carencia de sentido histórico, como diría Lukács. Se halla todavía muy dentro de la concepción romántica, del sentido gestual y heroico inaugurado por Walter Scott. No es remoto que el mismo Mencos Franco se percatara de la insuficiencia de sus propósitos. Dice en un lugar de la novela: *Desde el punto de vista histórico siempre son interesantes... (y) simpáticas estas primeras tentativas de independencia nacional. Prematuras y mal dirigidas como fueron, es obligación del historiador consignarlas en sus anales y debe ser lícito, al artista, revestirlas con las galas del ingenio y embellecerlas con los poéticos atavíos de la leyenda.*

Albizúres Palma señala de Mencos Franco lo siguiente:

*Tal autor imita a Milla en ciertos recursos. Seymour Menton encuentra como fuente principal **El Visitador** de Milla, en cuyas páginas Mencos vio un modelo. Estos recursos están principalmente en:*

- a) igual proceso de presentación de personajes;*
- b) identificación tardía de los personajes para mantener su origen desconocido;*
- c) empleo de personajes históricos como Fray Francisco Ximénez, quien descubrió el Manuscrito de Chichicastenango. (Milla por su parte, presenta a Pedro de Bethancourt y a Sor Juana de Maldonado);*
- ch) presencia de elementos folklóricos como la fiesta del volcán, también trabajada por Milla; y*
- d) inclusión de leyendas como El sombrero, La llorona, El cadejo y El duende.*

*La tendencia de Mencos Franco fue continuar la novela histórica guatemalteca, la cual no trabajó con la maestría de José Milla, pues no logra mantener el equilibrio entre lo histórico y la novela. En algunas partes pone al lector directamente con la historia, por lo tanto, su técnica novelística no es perfecta.*

*Mencos, pues, es un discípulo de Milla. No disimula su afición por la lectura de las obras de Cervantes. Su obra, en fin, mantiene el interés del lector, es amena (Albizúres Palma, 1981 y 1986).*

Podríamos no abundar más. No dejará de señalarse, sin

embargo, que la novela **Don Juan Núñez García** de alguna manera ofrece el punto de vista urbano liberal en torno a la sublevación. Mencos Franco proyecta en ella un ideal que se antoja bastante imposible y seguramente ausente de los propósitos de aquella: *el que siendo la más seria del período colonial... aspiraba a liberar a toda la América Central para constituirla en país independiente*. Mencos Franco, aparte de su acendrado etnocentrismo hacia los tzeltales, pareciera como asumir la tarea de dar cuerpo a una especie de unidad republicana natural e histórica de Chiapas y todo Centroamérica, con Guatemala como eje de cohesión e identidad.

**Don Juan Núñez García** poco tiene que ver con las letras chiapanecas. Ni siquiera puede decirse que sirviera de modelo a Flavio Paniagua. Pero si nada tiene que ver con nuestras letras, como no sea el tema, una obra reciente se sitúa, sí, en el corazón de nuestra historia y en la tradición de nuestras letras. Se trata de **María de la Candelaria, india natural de Cancuc** (1993).

**María de la Candelaria**, el breve pero consistente libro de Juan Pedro Viqueira Albán (1956), nos entrega el relato histórico de la muy importante sublevación de 1712. Historiador de profesión, su autor, podría darnos un producto de corte académico toda vez de su conocimiento exhaustivo de la documentación de la época. Lo hizo así en un ejercicio anterior **¿Qué habría detrás del petate de la ermita de Cancuc?**, (1993) y habría de hacerlo nuevamente en trabajo recientísimo: **Las causas de una rebelión india: Chiapas, 1712** (1996). Para el caso de **María de la Candelaria**, sin embargo, optó, como en los mejores trabajos, por dar forma a un recinto narrativo, degustable en cuanto tal, pulcro y luminoso pues que la cimbra de la información con que se le apuntala, prestando el servicio inextricable propio a su naturaleza, no entorpece la visión cual si a cabalidad hubiese desaparecido. Y no, en verdad, que desapareciese; sencillamente, *que le ha sucedido algo*, ha pasado a cobrar cuerpo de otra dimensión de tiempo, una dimensión que tiene que ver con la universalidad de la forma originaria de conocimiento: la narración. A este ejercicio llevado a cabo por Viqueira puede aplicarse aquello reflexionado por Lych: *La descripción de este descubrimiento desconcertante, del devenir de las cosas a través de sus acontecimientos es una narración. Un*

*discurso hilado y significativo que consigue apresar, si no el tránsito mismo (que es inexplicable), al menos los hitos de ese tránsito para dar al sujeto un remedo de satisfacción, un simulacro de dominio sobre cambios de los que, por supuesto, no se siente responsable. Un relato es, en definitiva, un juego de la conciencia consigo misma, un ardid por el cual la conciencia fija, ordena, categoriza, diseña, ensambla, compone y descompone aquello que en cada instante se le manifiesta como una propiedad inexplicable de las cosas, entregadas al vértigo de sus mutaciones* (Lynch 1995).

**María de la Candelaria** es un ejercicio narrativo cuyo cuidado de las formas estructurales del lenguaje lo convierten en una pieza de literatura. Es merced a los entresijos de este hecho que buena parte de los sucesos narrados en esa historia pueden parecer eminentemente ficcionales, fantásticos incluso, acaecidos en la imaginación, no en realidad. La presencia de un anciano zoque hablante de náhuatl, por ejemplo, en plena zona tzeltal, o el conciliábulo de líderes urdiendo los usos y manejos de aquella sublevación. Nada desestima el narrador, un narrador omnisciente, para la veracidad narrativa del suceso. Emociones del alma, ritualidad, liturgia religiosa y política, aspiraciones, pasiones desenfrenadas de la carne, expectativa de procreación... En el trasfondo de todo el relato la perenne lucha humana por la pervivencia o convivencia de la diversidad, con uso de la brutalidad extrema incluso, como cuando la exhumación y carga del cadáver. Fe y cultura parece ser uno de los ejes del relato, y una de las máscaras infortunadas de la historia de Chiapas en que cobró cuerpo el gran conflicto del mundo (según la lectura cristiana) entre el bien y el mal. Adentrarse en los meandros del conflicto, actuar la trama misma de la sublevación con sus secuelas de gloria y de desgracia, de restauración y de debacle, fue reto al que aspiró el narrador, un reto resuelto de manera brillante, desplazándose hermenéuticamente a la mentalidad y a las formas de vida de los sublevados. Logra así, una María de la Candelaria humana, enternecedora y memorable; una perspectiva dolorosa que obliga a la ponderación del hecho social y político en su dimensión de realidad y no en aquella aspirativa, de idealidad o compasión.

La llamada "Rebelión tzotzil o guerra de castas" de 1869 también cuenta con sus novelistas. A muy escaso tiempo de



ocurrida, Flavio Antonio Paniagua (1843-1911) da a conocer su novela **Florinda** (1884), cuyo argumento se ocupa de la misma. Como todos los chiapanecos de su época. Paniagua mantiene atención al desarrollo del conflicto, y a tanto crece su preocupación que, a la par del mismo, publica una serie de reportajes en el periódico independiente **La Brújula**. A partir de esos reportajes y con el apoyo de documentos oficiales (algunos de los cuales también publica) recrea el hecho en su novela. No de grandes alcances resulta la novela en cuestión. Funciona como documento de época, no como pieza literaria. En cuanto documento de época, permite la comprensión que la sociedad mestiza chiapaneca y el gobierno estatal guardaban en torno al conflicto. Uniforme deviene dicha comprensión, siempre ominosa en su enjuiciamiento de los objetivos de la sublevación. Tanto los documentos como la opinión de Paniagua enuncian la supresión de la *la raza blanca, de la civilización y de la razón* por parte de los indios, como razón final de aquella guerra. La contraposición de los indios a cuanto no sea indio permea a la novela; la lleva a considerar al conflicto como una verdadera "guerra de castas". El último párrafo de **Florinda** resume la intencionalidad de su escritura: *En estas páginas pintamos el cuadro imperfecto de esa lucha, en que la civilización, el derecho y la sociedad reivindicaron sus fueros y legaron a la posteridad un depósito valioso: la conservación de su raza. ¡Confiamos en que jamás volverá a levantar su cabeza satánica la hidra de la guerra de castas!*

No resulta gratuita la nominación de "guerra de castas". Flavio Paniagua rememora el primer motín de los zoques en Tuxtla (1693) y la sublevación de los tzeltales (1712), apenas un siglo atrás desde su consideración. La propuesta subversiva de esa sublevación entiende encontrarla en la de 1869, objeto de su novela. La forma cruenta de su inicio, con la liquidación de sacerdotes y mestizos (hombres, mujeres y niños) en pueblos de los Altos de Chiapas, el saqueo y destrucción de las propiedades de éstos, las reuniones religiosas en Tzajal hemel, todo parece conferirle el mismo cariz. Quizás un ingrediente las diferencie. La de 1712, como no sea desde las necesidades novelísticas de Mencos Franco, no cuenta con dirigentes mestizos; la de 1869 sí. Ignacio Fernández de Galindo, originario de la ciudad de México,

aparece como el promotor, impulsor e ideólogo de la guerra. A su lado, Luisa Quevedo de Galindo, su esposa, originaria de Tepic (entonces estado de Jalisco), y Benigno Trejo, de la ciudad de Comitán.

Desde el punto de vista ideológico, esta novela de Paniagua reproduce las nociones de su época. De alguna manera se percata de que Galindo cuenta con un planteamiento teórico novedoso, hasta justiciero quizás, pero al que Paniagua no puede acceder, ni la sociedad, y no por carencia de facultades sino porque por esos años el Papa Pío IX ya había condenado al positivismo, al liberalismo y sus derivados científicos de finales del siglo pasado (Denzinger 1958). La Universidad Pontificia de Chiapas, reestablecida en 1854 por el entonces gobernador liberal Angel Albino Corzo, asumía en el Artículo 2o. de sus estatutos *total arreglo a lo dispuesto, en el Rescripto de su Santidad el Sor. Pío IX*. (Estatutos, 1856). Formado en dicha Universidad sabe Paniagua de las nuevas ideas pero no puede acercarse con libertad a ellas so pena de la condena social. Prejuiciado entonces, dirá de Galindo que *dicta discursos inconexos, salpicados de doctrinas socialistas, llenos de sangrientas y negras amenazas, o que desarrollaba sus ideas socialistas o económicas, no conocemos con propiedad el nombre*. Desde esa su posición prejuiciada hila bases tendenciosas e irónicas sobre un supuesto programa socialista, siempre en boca de Galindo, programa al que es presente la noción de *autonomía de un pueblo noble y generoso*. Se trata, cree Paniagua, de defender los fueros de la civilización del caos que la amenaza. Galindo proclamaría: *El salvador debe ser como un torrente abrasador que a su paso todo lo destruye, lo devora y acaba. ¡Adelante, no hay que temer: a la predicación sacerdotal opóngase el hacha; a la autoridad el incendio y la matanza; y a la civilización, la ceguedad de las pasiones todas...!* Semejante proclama no puede provenir sino de *un iluso o loco*, dirá la novela refiriéndose a Galindo. Iluso o loco, no es Galindo un personaje atractivo en la novela. Pareciera más bien encarnar los atributos deshonorosos del género humano: explosivo, rencoroso, vengativo, carga, desde el nombre con el que se le caracteriza, el signo de la traición, pues que dirige a los indios en contra de su propia raza, y, algo que es deshonra mayor: no puede ni controlar su propia casa. En efecto, Florinda, su

mujer, *una mujer angelical, bellísima joven*, cultivaba la roma rosa del amor infiel en los salones mismos de su casa, en cada casual ocasión que se le presentaba con un apuesto líder indio, cuyo nombre novelado responde al de Espartaco. No deja de llamar la atención el uso de nombres con carga histórica para los personajes principales. Por un lado se encuentran los líderes indios. El líder general conservará su nombre propio: Pedro Díaz Cuscat, del cual la novela no se manifestará peyorativamente, como tampoco lo hará de Agustina Gomez Chebcheb. El otro líder, el apropiado para la trama narrativa, llevará el nombre de Espartaco. Con ese nombre se le quiere reconocer al movimiento el sentido virtuoso de buscar liberarse de situaciones opresivas o injustas. Los dirigentes mestizos, en cambio, guardan nombres signados con la desgracia, la derrota y la traición. Galindo es nombrado como Don Oppás, prelado español que, según la leyenda, dio muerte en Segoyuela al rey godo Don Rodrigo, luego de su derrota ante los moros de Tarik en la batalla de Guadalete, el año de 711. Recuérdese que la desdicha del Rey don Rodrigo, causa del fin del dominio visigodo y de la invasión mora de España, se debió a la furia y al despecho de don Julián al enterarse de la desgraciada aventura de su hija Florinda de la Cava con el mencionado rey. Traición, desolación y muerte fue el legado de esa singular aventura. Así lo dramatiza el poeta romántico español José Zorrilla (1817-1893), en su drama **El puñal del godo**, drama indudablemente conocido por Flavio Paniagua. De esta manera la novela **Florinda** escapa al cingulo del tratado histórico para inscribirse en el terreno de la ficción. Su intención, a la manera del drama de Zorrilla, será la de escenificar intriga, traición, desolación y muerte, en el marco de un Guadalete chiapaneco, cuyos contendientes serán la civilización (cristiana) por un lado, como tal representaban las huestes del Rey Rodrigo, y las hordas primitivas (paganas e indias) por otro, como en su momento lo fueron los moros de Tarik. En las vueltas del tiempo y la literatura está de Paniagua, antes que novela histórica es una malograda y primeriza novela romántica.

Entrado ya el nuevo siglo **Florinda** servirá de base, aunque nunca lo explicita su autora, para la construcción de una nueva novela, **Oficio de tinieblas** (1962), novela esta, sin duda, la de mayor ambición formal de cuantas realizó Rosario Castellanos

(1925-1974). Aventura en ella las estructuras de la novela gótica, la trasposición de planos semánticos y de temporalidad, la personalización de pasiones y de virtudes en personajes, por otro lado bien contruidos y diferenciados. Busca en ella, su autora, penetrar fundamentalmente en el universo de "lo literario" y en verdad lo logra; pero con ello, también, cierta asepsia y hasta frialdad (la propia de la intelectualización de las cosas) en su decurso y la reposición de la tesis dicotómica inaugurada por Las Casas. En el transfondo que **Florinda** guarda para con **Oficio de tinieblas**, es notable la ponderación humana, intelectual y política que guardan los personajes Fernando Ulloa y Julia Acevedo, encarnación de los otrora Ignacio Fernández de Galindo y Luisa Quevedo. Fernando Ulloa aparecerá como un profesionalista (ingeniero) incorruptible, líder estudiantil cuando muchacho, aura bajo la cual cautiva el romanticismo de su ahora mujer, y dedicado con voluntad ejemplar a transformar *la historia mexicana* (que bien *podía representarse por el ensanchamiento paulatino de un círculo: el de los propietarios de la riqueza... riqueza de la cual falta mucho para que llegue a las masas ínfimas de la población*). Dedicará su vida, entonces, a extender los alcances de un *gobierno justo* (y en política la justicia toma forma de habilidad) (que) *tiene la obligación de arrebatarse la tierra a las "manos muertas" que la poseen y entregarla a las manos, ahora vacías, del campesinado, del indio, de los que siembran y van a compartir con todos la cosecha*. A la dimensión heroica, mesiánica casi de su esposo, Julia aparece como *hermosa, alta, esbelta, ágil. Una figura femenina que se pasea sola por las calles; una voz, una risa, una presencia sonora que se eleva por encima de los cuchicheos; una cabellera insolentemente roja, a menudo suelta al viento... Los quehaceres hogareños nunca le interesaban y las satisfacciones de la convivencia con Fernando eran tan precarias que Julia buscaba, fuera de sí misma y de su casa distracciones, un estruendo que la aturciera para no pensar en sus problemas, en sus decepciones*. Nada lejana a la **Florinda** de Paniagua. Como en esa novela, en **Oficio de tinieblas** proclive también al adulterio y en el envés de éste a la destrucción de su marido.

La ponderación caracterológica de los personajes anteriores ejemplifica el entramado emocional y psicológico de cuantos

actores intervienen en la novela, la geografía incluida. Más que histórica o política podría ser considerada como psicologista esta novela, laboratorio para la combinación experimental de los ingredientes obsesivos en la preocupación y vida de la autora. La culpa ante las relaciones desiguales, el redimismo compasivo, la ambivalencia ante la figura del varón y por lo mismo el segundo plano siempre incidioso, siempre agazapado y felino de la mujer, la credibilidad hacia las instituciones regeneradoras emanadas de la Revolución Mexicana hallan acomodo en **Oficio de Tinieblas**. Halla acomodo, también, la dualidad emocional de Rosario Castellanos ante las ciudades castellananas de Chiapas (Comitán-Ciudad Real) sitios de su culpa y de su redención, cuestiones que tanto la angustiaron, desde el punto de vista religioso.

De **Oficio de tinieblas** dice Rosario Castellanos: *Está basada en un hecho histórico: el levantamiento de los indios chamulas, en San Cristóbal, el año de 1867. Este hecho culminó con la crucifixión de uno de estos indios, al que los amotinados proclamaron como el Cristo indígena. Por un momento, y por ese hecho, los chamulas se sintieron iguales a los blancos. Acerca de esta sublevación casi no existen documentos. Los testimonios que pude recoger se resienten, como es lógico, de partidarismo más o menos ingenuo. Intenté penetrar en las circunstancias, entender los móviles y captar la psicología de los personajes que intervinieron en estos acontecimientos. A medida que avanzaba, me di cuenta que la lógica histórica es absolutamente distinta de la lógica literaria. Por más que quise, no pude ser fiel a la historia. Abandoné poco a poco el suceso real. Los trasladé de tiempo, a un tiempo que conocía mejor, la época de Cárdenas, momento en el que, según todas las apariencias, va a efectuarse la reforma agraria en Chiapas. Este hecho probable produce malestar entre los que poseen la tierra y los que aspiran a poseerla: entre los blancos y los indios. El malestar culmina con la sublevación indígena y el aplastamiento brutal del motín por parte de los blancos. Según la historia, el levantamiento amenazó la seguridad de San Cristóbal. Los chamulas estuvieron a punto de invadir la ciudad; se retiraron, estando frente a ella, porque les aterrorizó el prestigio secular de los blancos, no tanto la fuerza ya que en ese momento estaban desarmados. De acuerdo con la manera de vivir y concebir el*

mundo, a los chamulas les era imposible conquistar la ciudad enemiga. Me explico. Entre ellos la memoria trabaja en forma diferente: es mucho menos constante y mucho más caprichosa. De ese modo, pierden el sentido del propósito que persiguen. Se lanzan contra pequeños poblados, contra ranchos sin dueño y, en unos y en otros, desahogan la violencia. Conforme se produce el desahogo, la violencia deja de ser necesaria, aunque no haya producido los efectos que se proponía. En ese momento, **Oficio de tinieblas** se convierte en novela y se aparte definitivamente de la historia.

Se ajusta de principio a fin a los moldes tradicionales. De acuerdo con el tema, respeté la ordenación cronológica de los sucesos. La historia es, de por sí, complicada y confusa para agregarle dificultades arquitectónicas y estilísticas. Por el contrario, la construcción arroja claridad sobre los hechos. Por esa misma razón penetré en la psicología de los personajes. Doy antecedentes de sus vidas, para, de esta manera, ayudar a comprender su conducta. En ocasiones parecen reaccionar de un modo arbitrario si nos desentendemos de sus antecedentes. La arbitrariedad existe y subsiste porque en la situación en que se encuentran no rige la justicia sino la fuerza. El poder lo poseen primero unos y después los otros. Cuando cada uno de los bandos lo usa, lo usa a la medida de sus pasiones. Si la construcción es tradicional, no creo que el asunto sea muy frecuente. (Carballo, 1965).

Las fuentes de la novela se encuentran en la obra del escritor local Vicente Pineda **Historia de las sublevaciones indígenas** (1888), en **Florinda** (1888) de Flavio Paniagua y en los reportes periodísticos de este mismo cuando los sucesos de la sublevación (cfr: La Brújula, periódico, 1870, San Cristóbal de las Casas, Chiapas).

De esta novela debe decirse que se emparenta con **La conjura de Xinum** de Abreu Gómez, en la medida en que los indios intentan la eliminación física de los "españoles". Pero tanto el tratamiento de la historia como las articulaciones internas revelan un proyecto distinto, la disponibilidad de un discurso distinto. La posibilidad de un discurso informativo se desvanece desde el comienzo al superponerse la insurrección "mesianica de los tzotziles al proceso de la reforma agraria cardenista: historia-

ficción, no crónica de sucesos históricos. Por medio de ficción se reflexiona sobre la historia y sobre su percepción por los actores históricos y sus descendientes. La técnica de la ubicuidad narrativa experimenta en esta novela una notable profundización. La perspectiva narrativa no se limita a instalarse en los dos campos enfrentados, sino que se asienta más sistemáticamente que en **Balun Canan**, en las propias conciencias de indios y ladinos. "La corriente de conciencia indígena, centrada en la ilol o sacerdotiza Catalina, no se inspira ya en la retórica de los textos mayas petrificados por su transcripción y traducción. Como en **Los hombres verdaderos** de Carlo Antonio Castro, Rosario Castellanos adopta una flexibilidad que denota a la vez una mayor familiaridad con las escrituras de vanguardia y una —más limitada— aproximación intelectual al pensamiento indígena.

Nos arrebataron la palabra..., reza la primera frase de **Balun Canán**, pronunciada por la nana tojolabal: las novelas de Rosario Castellanos, que sin duda intentan restituir esa palabra arrebatada, contribuyen de hecho, como los otros textos ladinos a desnaturalizarlas. Pero **Oficio de tinieblas**, al proponerse desmontar la sociedad regional en todas sus relaciones (sociales, étnicas, sexuales) y a partir de todas sus perspectivas, no pudo prescindir de ella: la polifonía así lograda salva, sin duda, la legitimidad del resultado (Lienhard, 1990).

Se ha pasado, así, del discurso literario que pretendía, en autores como Médez Bolio y Abreu Gómez, la apropiación ladina de la voz india al discurso literario como objeto en sí. Lo indio y lo ladino no revisten otro interés que no sea el literario, el universo de la novela; lo mismo que podría ocurrir con cualquier otro suceso, personaje o medio. No se trata de una novela indígena ni indigenista, como alguna crítica la ha calificado. La misma Rosario diría:

*Si me atengo a lo que he leído dentro de esta corriente, que por otra parte no me interesa, mis novelas y cuentos no encajan en ella. Uno de sus defectos principales reside en considerar el mundo indígena como un mundo exótico en el que los personajes, por ser la víctimas, son poéticos y buenos. Esta simplicidad me causa risa. Los indios son seres humanos absolutamente iguales a los blancos, sólo que colocados en una circunstancia especial y desfavorable.*

*Como son más débiles, pueden ser más malos (violentos, traidores e hipócritas) que los blancos. Los indios no me parecen misteriosos ni poéticos. Lo que ocurre es que viven en una miseria atroz. Es necesario describir cómo esa miseria ha atrofiado sus mejores cualidades. Otro detalle que los autores indigenistas descuidan, y hacen muy mal, es la forma. Suponen que como el tema es noble e interesante, no es necesario cuidar la manera como se desarrolla. Como refieren casi siempre sucesos desagradables, lo hacen de un modo desagradable: descuidan el lenguaje, no pulen el estilo... Ya que pretenden objetivos muy distintos, mis libros no se pueden incluir en esta corriente... Creí que el hecho de abandonar Chiapas a los dieciséis años, y de vivir en la ciudad de México apartada de esa gente y de sus problemas, me impulsaría a escribir sobre gente y problemas muy intelectuales. No fue así. La gente que en mis escritos pugnaba por surgir era la de Chiapas. En los tres libros no creo haber agotado el tema: es una realidad compleja, rica, sugerente y, hasta ahora, prácticamente intacta. Me interesa conocer, en esas tierras, los mecanismos de las relaciones humanas. La actitud de los sometidos frente a los sometedores, el trato que los poderosos dan a los débiles, el cuadro de reacciones de los sojuzgados, la corriente del mal que va de los fuertes a los débiles, y que regresa otra vez a los fuertes. Esta especie de contagio me pareció dolorosa y fascinante (Carballo, 1965).*

En esto se encuentra más cerca de Bernanos, de Cebron y de Francois Mauriac. Una diferencia los distancia, sin embargo. La raíz ontológica del catolicismo en estos autores les hace entender la presencia inevitable del mal en el mundo como una presencia diluible, oscura y fútil como la sombra. Como la sombra en todos lados, en todos lados el mal, sin resquicio, sin fatiga, en los vórtices del corazón humano. La raíz católica de Rosario Castellanos, para el caso de **Oficio de Tinieblas** por lo menos, parece provenir de la reparación de la culpa original a través de las obras, preconada por el padre Las Casas. Si bien es cierto que el mal se manifiesta en el mundo, en el contexto de América y de Chiapas el mal asienta en ladinos y mestizos y sobre todo en los coletos, categoría humana la más perniciosa, siempre en el afán de eliminar al bien, radiante en los indios. Si tan sólo se eliminara el mal, el mundo avistaría radiante nuevo resplandor....



Radiante nuevo resplandor han querido los indios de los Altos parece decirnos Alfredo Palacios (1948) en su novela **Los confines de la utopía. Memorial de agravios en los parajes de la mala muerte** (1992). Pero por más radiante y nuevo, una y otra vez topan con la oposición obstinada de la parte oscura de la vida: los ladinos, los coletos, y *todos aquellos no nacidos en San Cristóbal, pero cuya convivencia entre los de allí los hace conversos en el comportamiento de agresión a los indígenas, de manera más radical que los propios del lugar, contaminándose de lo malo, no de lo bueno que pudiesen tener socialmente*, dice la novela. Definitiva y voluntariamente inscrito en la tradición escritural apologética de Bartolomé de Las Casas (*se caracterizó por su inclinación protectora a estas víctimas de tantos atropellos*), el autor pretende con su novela dar una visión contrapuesta a la de Flavio Paniagua en **Florinda**. La acción, entonces, no tendrá como eje a Galindo y doña Inés sino a los líderes indios del drama, no la perspectiva de la ciudad sino la de los parajes. La visión pretendida por **Los confines de la utopía** es precisamente una visión que se quiere construida en la utopía. Desde ella, desde el Uthopos inmarcesible las personas y los sucesos adquieren relieve. Las personalidades de una parte aparecen radiantes, no como las sombras o como los ambivalentes que fueron en las novelas anteriores. Las de la otra parte nos son dadas en su dimensión azarosa y páfida, perfiles de la malignidad, de la maledicencia y de la intriga. Si alguna novedad propusiera esta novela sería la de organizar la historia desde el filo de la derrota, derrota esta, sin embargo, no pasión en la moral o en el alma de los personajes; más bien en la moralidad y en la conciencia del narrador. Es, en este sentido, una novela de intenciones, "comprometida" se diría años atrás. ¿Comprometida con qué? Con la *opción preferencial por los pobres*. En síntesis: es una versión de la historia de Chiapas desde la óptica de los vencidos, diría su autor. Y dice tal porque le interesan dos cuestiones por lo menos: la reivindicación intelectual local y la reivindicación moral de los vencidos. De la primera cuestión dirá: *Es justo que los chiapanecos hagamos una revisión de nuestra propia historia y no sean extranjeros los que la hagan, buscando y conociendo la verdad histórica de los hechos*. De la segunda: *también para que reivindicemos los nombres de los insepultos o*

(que yacen) en tumbas anónimas que alentaron ilusiones de igualdad (Palacios A. 1991).

Muestra un hecho interesante el propósito del autor para su novela. Si **Oficio de tinieblas** daba un giro para pasar de lo histórico a lo literario en sí, como preocupación, en **Los confines de la utopía** se transita de la literatura a la historia como interés primordial, ponderando el afán reivindicativo, muy propio del realismo socialista, no pocas veces ancilador de la literatura. Y sin embargo la convivencia de historia y literatura puede generar magníficos frutos, como bien lo muestran las novelas de Howard Fast. La gana de historiar en Alfredo Palacios le conduce a emular a un maestro de historia chiapaneca: Antonio García de León. El título de la novela, incluso, **Los confines de la utopía, memorial de agravios en los parajes de la mala muerte**, guarda resonancias con el título de la obra monumental de dicho autor: **Resistencia y utopía, Memorial de agravios y crónica de revueltas y profecías acaecidas en Chiapas durante los últimos quinientos años de su historia** (1985).

Sin embargo, a diferencia de **Resistencia y utopía**, que sí las tiene, no parece haber en **Los confines de la utopía**, acceso a fuentes primarias de información.

Dice Alfredo Palacios de su novela:

*Es una investigación histórica presentada en forma novelada teniendo como eje central el conflicto permanente entre indígenas y ladinos integrados estos últimos por la alta clerecía, los comerciantes, terratenientes y militares. Es un intento por revalorar los hechos en que participaron los líderes tzotziles Pedro Días Cuscat y Jacinto Pérez Pajarito.*

*El líder Pedro es víctima con su pueblo al creer que las leyes de Reforma también eran para los indios. Intenta también explicar cómo los de la metrópoli, preocupados en la disputa por el poder (1866-1870) dejan que los grandes intereses encabezados por el general José Pantaleón Domínguez, el obispo Miguel Colina y Rubio, los Robles y los Larránizar, entre otros, se unan para aplastar los anhelos de libertad de los pueblos tzotziles encabezados por Cuscat. Aquí también surge la figura de los ladinos Ignacio Fernández Galindo y Beningno Trejo que reaccionando en contra de la explotación y comprendiendo los anhelos tzotziles se unen a*

éstos para terminar fusilados en la plaza de San Cristóbal. Los ladinos promueven una supuesta guerra de castas para obtener la ayuda exterior. Tal guerra de castas nunca existió.

En la segunda parte de la novela enlazada con la primera se reconstruye la vida y muerte del segundo líder chamula Jacinto Pérez Pajarito como una víctima más de los ladinos en la lucha por el poder durante la Revolución. Aquí también se da la trilogía de intereses, manipuladora y cruel, de militares como Eduardo Paz y Jesús Agustín Castro con religiosos como el obispo Francisco Orozco y Jiménez y los comerciantes Juan Espinosa Torres, Aguilar Ruiz o los Zepeda entre otros.

En el transcurrir de ambos líderes están presentes los deseos de todos los indios de Chiapas para ser tratados como seres humanos.

Este trabajo pretende una visión distinta de la historia de Chiapas, de verla como una serie de conflictos entre familias poderosas en una permanente lucha por el control político y económico de la entidad. Regionalismos con clanes caciquiles a la cabeza.

La acción se sitúa de la Reforma a la Revolución, movimientos interpretados muy "sui generis" en Chiapas en donde los poderosos se las ingeniaron no sólo para no perder los privilegios obtenidos sino también para allegarse mayores beneficios, siendo únicamente los indígenas los que murieron por causas e ideales que les fueron ajenos.

Muestra también a un Chiapas víctima de religiosos alejados de su función pastoral, pero muy cercanos a los intereses económicos y políticos por los que siempre han sentido predilección; de unos militares que al mismo tiempo son finqueros o usureros comerciantes que protegen sus intereses de familia o de región sobre los de una nación que les es extraña. En todo caso los que mueren durante estos movimientos sociales que llegan a Chiapas como lejanos ecos son los indios sin conocimiento de causa (Palacio A. 1991).

A más de **Los confines de la utopía**, Alfredo Palacios ha dado a conocer una obra de teatro cuyo argumento se ocupa de la rebelión tzeltal de 1712. Su título: **Los agravios de su Ilustrísima** (1994). No nos ocuparemos de ella por la naturaleza del ensayo.

Pero pues que hemos dado noticia de la obra en cuestión es preciso, también, dar cuenta de una obra de teatro, anterior a la referida y relativa como ella a la rebelión tzeltal. Se trata de **María Candelaria, an historic drama from american aboriginal life** (1897). Su autor: Daniel G. Brinton, M. D. Y ya como referencia final, la primera parte de la novela **Ceremonial** ubica su trama en la rebelión tzotzil de 1869.

## LOS INICIOS DE LA NOVELA Y EL CUENTO

Momento señero de la literatura en Chiapas, su primer monumento, **Una rosa y dos espinas** funda la narrativa contemporánea en la entidad. Luego de las crónicas legadas por el tercer obispo de Chiapas, por sus acompañantes hermanos en la orden, por sus sucesores y por algunos visitantes o viajeros ilustres, como ya se ha dado cuenta, de ninguna otra producción narrativa tenemos noticia. Una novela edificante, **Magdalena** (1889) aparecería diecinueve años después de la de Paniagua, pero ni forma ni contenido en ella revisten mérito alguno y sí en cambio, ingenuidad de pasmo, por desgracia no escasa en la producción narrativa local. Con **Una rosa y dos espinas** se inicia el prolífico trabajo narrativo de Flavio Antonio Paniagua y la hasta hoy, poco conocida y trascendente prosa chiapaneca. Sobre el molde de **Una rosa y dos espinas** Paniagua construye todo su trabajo, escaso en páginas literarias afortunadas pero consistente como documento de época. Su peso sobre la literatura chiapaneca es aún tema por estudiar pero —cuestión de origen— su herencia persiste, como bien y como limitación: el apego por la historia y las historias de pueblos y familias.

Publicada por primera vez en el año de 1870, a cinco escasos de concluida la malhadada intervención francesa y sus amagos imperiales, **Una rosa y dos espinas** se quiere testimonio de ese momento ante la nación, y documento para la reconciliación entre los chiapanecos. En tal virtud, *se ocupa de referir con los atavíos de la leyenda los sucesos más importantes acaecidos durante la aventura imperial en la región.* El legado de Flavio Antonio Paniagua, su autor, a las letras de Chiapas, ha sido el del conflicto permanente, según se viviera a lo largo del siglo XIX. En efecto,

desde el momento de independencia y federación hasta el momento de dar a luz la obra de que se trata, Chiapas vivió el torbellino de motines, intervenciones, guerra civil y sublevaciones indias. Al autor preocupa el ¿qué hacer, cómo restituir la fragmentación en cuerpo unitario y armónico por donde el progreso, la pasión republicana puedan discurrir? Pueblo demócrata de *convicción y por lecciones dolorosas de la larga experiencia*, según el sentir de Flavio Antonio Paniagua, el de Chiapas requería un discurso en el que se limaran asperezas, se mostraran heroísmos y la voluntad genérica hacia estos valores, muy por encima de los intereses individuales y de grupo. Si la guerra ocurre en el solar natal obedece a mezquindad de los advenedizos y a la presencia de una institución calculadora, intrigante y ambiciosa, abanderada material y política de la reacción: el clero. En ningún momento escamotea el autor condena a este grupo, bastante iletrado para su tiempo, bastante lejano de la fe en la Razón y en el cristianismo liberal supuestamente profesado por el autor y por buena parte de la sociedad chiapaneca de entonces. Las descripciones en torno a esta institución, sus actos de vandalismo, de escasa honorabilidad, atraviesan el texto. El fervor civilizador de los primeros misioneros y monjes es incinerado aquí, literalmente, por sus sucesores, como simbolizando el deseo por la prolongación de una edad oscura en la que señoree el ultraje, la lascivia y la inquina: por dos ocasiones el fraile protagonista de la novela prende fuego al Palacio de Gobierno, dentro del cual se calcinan archivos e imprenta. En ningún momento ofrece alguna imagen amable del clero. Ortega mismo es visto, a ratos, con gesto dubitativo y noble, imposibilitado por la fatalidad a volver sobre sus pasos. La clerecía, en cambio, ahonda su degradación y se aferra en un discurso, útil para sus intereses pero vacío para su fe y para la fe de la colectividad.

En un principio el autor confiesa no tener interés en novelar la historia reciente; pero pronto se ocupa en delinear los avatares del grupo humano asentado en la capital y cómo el conflicto interfiere en sus vidas, las condiciona o determina. Se vale, para ello, de pergeñar la historia amorosa de dos parejas asediadas por la deslealtad, por la impudicia, por la impunidad. En torno suyo ocurrirá la guerra y merced a sus penares (que en buena medida son los penares del autor) sabremos de otros personajes, estos sí

actores de la realidad, como Nicolás Ruiz, Mariano García o Manuel Luciano Solórzano. Sabremos, también, de los vicios administrativos de los bandos en pugna y de sus excesos.

El desarrollo de la historia ocurre a la manera de las novelas de capa y espada, puestas en boga entonces por Alejandro Dumas. Resulta complejo esclarecer el oficio de Flavio Antonio Paniagua. Por un lado se encuentra ligado con la novela histórica de su tiempo, floreciente lo mismo en Europa que en México y América Latina. Por otro lado, el recurso literario de que se vale dista mucho de los planteamientos estéticos de la época. Conserva, es verdad, las intervenciones como narrador, pero su modelo se remonta al siglo XVII, en el autor disparejo que es Miguel Zévaco. Incluso una de las novelas que componen la colección de **Los Pardillan** puede ser vista a contraluz y paso por paso en **Una rosa y dos espinas**. Situar la antigua capital de Chiapas y el programa imperial de Ortega y de Chanona, como en las novelas de Zévaco, en plenas guerras de Reforma, es pensar la intervención en México como algo ya superado históricamente y de manera cruenta. En este sentido el recurso de Zévaco es ejemplar; en cuanto modelo literario resulta escasamente afortunado, sobre todo cuando ya circulaban los trabajos del español Martínez de la Rosa y los del alemán Heinrich Von Kleist y, con mucho, más cercanos a una sensibilidad moderna. De cualquier manera, el talento narrativo de Flavio Antonio Paniagua no es precisamente destacado. A lo largo de su novela abundará en opiniones sobre sí mismo como narrador (*la posteridad, exenta de los odios y pasiones de partido, dará su sentencia inapelable e imparcial, mientras que nosotros, pobres novelistas, seguimos el curso de nuestra leyenda, que apenas describe los razgos característicos de éste período de tiempo... o, ello es imposible y abandonamos este trabajo a plumas más hábiles que la nuestra... o bien, otra pluma más hábil designará el drama... etcétera*), y de acuerdo con la novela histórica de entonces, se siente en obligación de intervenir con sus reflexiones personales, capítulo tras capítulo (por ejemplo: *cuando el corazón no está corrompido y se presentan oportunidades de hacer el bien, este se derrama con profusión y al consumarle la sonrisa aparece en los labios, la expansión es inmensa y se cree, como en efecto es así, que se cumple el deber importante que uno tiene en la vida, de*

*favorecer a la humanidad que llora y padecer*), lo cual vuelve farragosa la lectura; obviar esos pasos aligerará el disfrute; aprovecha para dar paso a cierta vocación enciclopédica y etnográfica, y aporta datos sobre la ciudad, ya desde el punto de vista urbano, jurídico, de estratificación social y de las costumbres, ya desde el punto de vista arquitectónico. Gusta de diseñar los escenarios donde ocurren los sucesos, dándole cierto aire teatral a la obra. En Flavio Antonio Paniagua podemos ver sitios públicos, habitaciones, campos de batalla, de una manera precisa, escenográfica. El mejor momento, dentro de esta habilidad, lo constituye, sin duda, el sitio tendido a Ortega y su posterior fuga, como puede leerse en el capítulo último, también punto culminante de **Una rosa y dos espinas**.

Dejaremos detrás las limitaciones conceptuales del autor, que son las de su época. Resaltaremos, sin embargo, una tensión: la política y la amorosa. En el campo de las ideas políticas Flavio Antonio Paniagua si bien aprecia el progreso y se muestra liberal no milita dentro del partido liberal y guarda reserva y recelo hacia ciertas de sus manifestaciones, y no precisamente por sustraerse en cuanto autor hacia un lugar que privilegie la visión. Al contrario, mira de manera desdeñosa algunas acciones liberales, en una de las cuales se encuentra implicado el también escritor pero éste tabasqueño y poeta, José Manuel Puig y Domínguez. Pero eso muestra una debilidad menor: a lo largo de toda la novela le preocupa narrar de manera imparcial el conflicto, tomar partido por la causa liberal, mostrar un Chiapas no proclive a la intervención y al imperio, y a una capital, su ciudad de origen, sometida a la violencia pero no identificada con ella ni con el proyecto de la intervención. La imparcialidad de San Cristóbal, sin embargo, y de otras ciudades del estado, no se decanta con claridad a lo largo del relato. Sin duda el afán de Paniagua por conciliar el espíritu de Chiapas le lleva a disculpar participaciones dudosas de muchos de los municipios del estado, pero que una lectura atenta saca a relucir. Pero si el decurso político es más o menos acorde con la época el discurso amoroso es francamente conmovedor, por su ingenuidad y conservadurismo. El triunfo de la castidad, **El triunfo de la amistad** (1796) por usar el título de una novela griega sacada a la luz en el siglo XVIII, aparecen como propósito de la obra. Si

una frase pudiera sintetizarla en la primera de sus aspiraciones, esta sería: *pensáis como sabio, la grandeza consiste en ser dueños de sus pasiones y especialmente en la del amor*, según finaliza el capítulo quinto. En el segundo sentido, aparte de inventariar los actos de amistad y resguardo de la virginidad como tesoro preciado, el mismo Paniagua entona una breve copla al amigo muerto, según puede leerse en el capítulo VIII de la cuarta parte. Esta concepción cortés y casta del amor no es ajena, tampoco, a los liberales de la época: así lo testimonian los poemas de Puig y Domínguez y de los poetas chiapanecos de finales de siglo. Sin embargo y como en un eco del último romanticismo europeo y como presagio del emergente modernismo, existe en Paniagua una cierta inclinación hacia la sensualidad si bien con cierto aire mórbido y de voluptuosidad recatada. El pie (capítulo V, primera parte), el seno (*idem*), la corsetería (capítulo III, segunda parte), la virtud femenina son objeto de tratamiento pudoroso y sensual. Esta última descrita en un cuadro caro para las fantasías de Vigny: bata larga, languidez, rosa y color del sexo, deshojar... y, no podía faltar, el elogio al tabaco: *planta consoladora que se fecundiza y reproduce admirablemente*.

Pero si el talento narrativo de Flavio Antonio Paniagua, no se encuentra a la altura de los narradores mexicanos de su tiempo, se encuentran en él, méritos que lo hacen poco sustituible en cualquier tipo de investigación histórica sobre el estado. Aparte de recrear la atmósfera enrarecida del siglo XIX, el tiempo del imperio, Flavio Antonio Paniagua incluye el más extenso y ordenado cúmulo de documentos relativos a la intervención. Desde la proclama en las cumbres de Yalmús (capítulo VI, primera parte), hasta los partes liberales, los partes de guerra, las relaciones de bajas y prisioneros, o las proclamas de la República Restaurada, se encuentran aquí. Para el estudio de este período de nuestra historia es ineludible recurrir a Flavio Antonio Paniagua en **Una rosa y dos espinas**, en la novela que le continúa **Lágrimas del corazón**, y en la otra también referida al imperio **La cruz de San Andrés** (1890).

De **Lágrimas del corazón** (1873 y 1991) diremos nada más que emparenta en tema y en forma narrativa con su antecesora **Una rosa y dos espinas**. Diremos también que es una muestra del afán enciclopédico y de erudición de Flavio Paniagua y con él de



la última etapa del siglo XIX. Dicho afán, sin embargo, no reviste la brillantez de un García Icazbalceta por ejemplo, o de un Manuel Larránizar, por situarlo en el campo chiapaneco. La descomposición de la sociedad, inmersa como se ve en tantas guerras, repercutiría en sus intelectuales. A pesar de ello Paniagua no deja de ser un espíritu curioso al que apasionó la totalidad. En la novela que nos ocupa da muestra de ello; aprovecha por ejemplo, aparte de narrarnos una historia de intrigas y de situar el imperio, para darnos una descripción de **San Cristóbal a vista de pájaro** (descripción por otro lado apasionada y amorosa), una descripción de las ruinas de Palenque valiéndose para ello de los **Incidentes de viaje** de Stephens, en edición bastante inaccesible en su momento; igualmente aprovecha para dar a conocer poemas de amigos suyos, como lo fueron Saturnino Ocampo y Juan Diéguez.

Del afán enciclopédico de Flavio Paniagua da cuenta su biblioteca. Inexistente ya, mas buena parte de ella en la ciudad de Tulaine, EUA, puede saberse algo de sus acervos, por la relación descrita por Vicente de P. Andrade en su relación **Mi excursión a Chiapas** (1914) y por la nota de Frans Blom en su libro **Tribus y templos** (1928):

*Se encontró una buena colección en la casa de don Flavio Paniagua; éste fue profesor de historia en la preparatoria y coleccionó material sobre la crónica de Chiapas, la cual publicó en tres volúmenes, pero nunca se puso en venta. Las hijas de don Flavio bondadosamente me abrieron la biblioteca y pasé varios días trabajando allí. Era la biblioteca de un hombre con muchos intereses. Tenía libros sobre historia y novelas ligeras. Durante mi trabajo descubrí un librero con puertas de cristal. En los lomos de los libros vi que allí estaba lo más importante de la colección, manuscritos hechos por don Flavio y libros raros. Solicité a las damas de la casa que me prestaran la llave, pero graciosamente me dijeron que ese librero en particular no podía ser abierto; que éste permanecía como lo dejó su padre y así continuaría hasta que ellas pasaran a mejor vida. En vano traté de persuadirlas. Tenía amigos íntimos de ellas pero en vano hablaron en mi ayuda, eran inmovibles y el librero continuó cerrado. Entre los artículos interesantes en la biblioteca Paniagua se encontró una gran*

colección de periódicos de Chiapas a partir de 1856 (Blom, 1926-1986).

Pero si Flavio Paniagua, sumándose a la preocupación nacionalista de la época no logró trascender la localidad, otro contemporáneo suyo hubo proyección señera, al lado de Federico Gamboa y los más ilustres de su tiempo. Hablamos de Emilio Rabasa (1856-1930). Sus "novelas mexicanas" **La bola**, y **La gran ciencia** (1887) y **El cuarto poder**, y **La moneda falsa** (1888), se apartan de cualquier circunstancia y/o descripción locales y ofrecen un pueblo y unos actores a la vez cotidianos y míticos que bien pueden representar a cualquier pueblo y ciudadano del país. Por primera vez asistimos en las letras mexicanas a la creación de un pueblo imaginario, recurso todavía presente en nuestras letras. De Rabasa (Sancho Polo, como se firmaba entonces) escribió Gutiérrez Nájera: *...el señor Sancho Polo, o como en realidad se llame, es un buen novelista. Esta cualidad, rara en todas partes, es en México extraordinaria. Los mexicanos sabemos hacer bien muchas cosas: versos, pronunciamientos, etcétera; pero no sabemos hacer novelas... El señor Polo procede directamente de Pérez Galdós, por la intención, y de Pereda por la forma. Esto, sin embargo, no excluye la originalidad... no imita servilmente: aplica un método... ¡Y con qué hábil pincel pinta a los personajes de esa "bola"! El cura, a quien sólo falta tomar rapé; el jefe político, a quien nada falta, ni robarse algo; el pedante del pueblo con sus discursos tricolores; y el político, el ladino, que conoce a los padres de todos los que pagan y a las madres de todos los que pierden. Hay mucha y muy buena observación en esos capítulos. La obra entera es perfectamente histórica: no se sabe en dónde ni cuándo pasa, pero es histórica. Pertenece a la historia sin fecha, a la historia eterna (Tola de Habrich, 1987).*

Rabasa asumió la política como parte esencial de su vida. La literatura, según su decir, fue apenas una afición temporal y secundaria. Sin embargo en el autor Rabasa coexisten el escritor y el político. Se ha dicho de él que sus obras revisten afanes cívico-moralizantes, que su interés estriba en la radiografía que hace de los comportamientos para, mediante la ironía, propiciar enmiendas. Acaso. Cierta en él es su capacidad de penetrar la esencia de las cosas mediante un solo vistazo y ofrecer la complejidad como

fenómeno unitario, visión ésta que le conduce a privilegiar la relación del hombre con la sociedad, con la política, como espacio de realización por excelencia.

Político y pensador político no ofrece, sin embargo, ideas originales. Pasando las cosas bajo el tamiz corrosivo de su mirada nos hace ver todo aquello que no es o que no debiera ser, sin aventurar proposiciones políticas novedosas. Espíritu escéptico quizás, le acompaña la ironía, el sarcasmo. Tendría para ser un pensador en la práctica, un filósofo, al decir de Isaia Berlin. Mas la claridad de su concepción política corresponde a la institucionalidad, muy similar a la que vivimos en nuestros días.

De la lectura de sus novelas y sobre todo del portento literario que es **La guerra de tres años** (1831-1935), se rescata su actualidad. ¿Cómo no pensar las nuevas relaciones Iglesia Estado, por ejemplo, a través de sus personajes: Hernández, doña Nasaria, Cabrales, Camacho, o don Santos? Indudablemente en nuestro país se sigue reproduciendo semejante galería, representando similar guión. Digna de nueva publicación sería esta breve novela, pues de breve pero perfecta novela se trata, perfección literaria alcanzada por un chiapaneco en una primera ocasión.

El crítico mexicano Emmanuel Carballo, editor de **La guerra de tres años** y de la Poesía de Rabasa en el año de 1954, dice de él lo siguiente:

*Emilio Rabasa fue un escritor ocasional: consideraba la literatura como un mero pasatiempo, dedicando lo mejor de sus fuerzas al Derecho y a la política, actividades más serias y trascendentes según su opinión. En breve lapso de tiempo dio a conocer su total producción novelística —**La bola, La gran ciencia, El cuarto poder y Moneda falsa**—; posteriormente, y en periódico, publicó su obra maestra y una de las mejores del período, **La guerra de tres años**. En su tetralogía, Rabasa es un novelista de tesis. Paralelamente a la intriga amorosa que viene a ser la carnada para los lectores sencillos, desenvuelve un preciso cuadro de la política nacional, desde su más ínfimo ejercicio hasta su más consumada expresión. Los personajes, no del todo de carne y hueso, le sirven de pretexto y tribuna para lanzar sus ideas. Sus criaturas representan maneras de comportarse en la realidad social y política. La ironía anima a éstas, haciendo de ellas en vez de*

hombres, caricaturas. En vez de predicar abstractamente como lo hicieron sus contemporáneos, se proyectó en sus personajes, a quienes hace cómplices de sus ideas. Rabasa pocas veces usa —y en esto se diferencia, entre otras cosas, de López Portillo y Delgado— del privilegio épico del comentario y la generalización.

Convencido positivista, cimentó sus novelas en el principio de que todo conocimiento descansa en la experiencia. El asunto de las cuatro partes de su inicial novela es, como hemos visto, la política, como también lo es el de la última, **La guerra de tres años**. Coherente con sus ideas, se refiere más a los políticos que a la política: llega, en otras palabras, a lo general por lo particular.

Los tres tipos de sociedad que describe —la pueblerina, la provinciana y la de la metrópoli— le sirven para analizar la realidad política del país. Los novelistas de su generación, menos sagaces, se quedan en la apariencia cuando hablan de ésta. Así, para Rabasa, los males que nos aquejan se localizan en el sistema de vida; para Delgado y López Portillo en determinados individuos. Rabasa implícitamente aboga por un orden social y político a la vez que más racional, más operante; López Portillo y Delgado, más superficiales, se contentan con el respeto a las normas éticas y políticas.

En **La guerra de tres años**, que es hasta cierto punto réplica de **La bola**, pinta el existir modorro de una aldea —El Salado— similar a San Martín de la Piedra, principio y fin de la acción en su novela de episodios nacionales, nada más que con mayor jerarquía estética. La concisión es mayor; el tema más ceñido, sin digresiones superfluas; los personajes están mejor trabajados; tienen hasta donde les permite su condición de caricaturas, vida propia. Con esta obra llega la que se ha venido llamando escuela realista a la más rigurosa objetividad, a la impersonalidad más severa. El realismo de Rabasa descende del francés y, principalmente, del ibero representado por Galdós. Sin embargo, su realismo admite a menudo ensoñaciones y escapatorias de la imaginación o del afecto; puede decirse que aletargada la voluntad, brotaba su trasfondo romántico.

El sentido del humor, la sátira, son reiteradamente usados por Rabasa para burlarse de las estrecheces ideológicas de los partidos políticos antagónicos: El liberal y el conservador. En tanto que los

liberales pugnan por el cumplimiento de las Leyes de Reforma, los conservadores luchan por sostener los privilegios de la iglesia. Mas la teoría adquiere matices peculiares en la práctica: la parte se convierte en el todo. Así, los liberales de El Salado creen hacer cumplir el espíritu de la guerra de tres años impidiendo la celebración de manifestaciones de culto externo. Los conservadores, en cambio, ejercen sus creencias, auspiciándolos. Un acto de esta índole origina la acción de la novela. Rabasa, en el fondo, respeta las ideologías; se burla, eso sí, del fanatismo viniera de donde viniera.

Don Santos Camacho, el jefe político de El Salado, más que liberal es un "bruto". Los móviles de sus actos responden más que a una ideología, a razones personales de amor u odio. Hernández, el perpetuo secretario de la Jefatura, es un acomodaticio, un sinvergüenza. "Los Angelitos"—los hermanos gemelos Francisco y Juan Angeles— son entre los personajes de la novela, los únicos sinceros: "Adoraban la memoria de Juárez y estaban reñidos con todo orden público vigente". Los comerciantes del portal viejo, para conciliar sus intereses terrestres y celestiales, cumplen con las autoridades civiles y eclesiásticas. Tres caracteres femeninos destacan: Doña Nazaria, Gilda y Luisa. La primera, por despecho a don Santos, organiza la procesión; su figura es uno de los mayores aciertos de Rabasa. Luisa, amante en turno del jefe político, se opone a la procesión, más por cuestiones de jerarquía amorosa que por ideas. Gilda, sobrehueso de Nazaria, madre de Luisa, pone en juego la adulación para influir en don Santos a favor de su hija. El padre Diéguez es la víctima del entusiasmo y la ligereza de sus feligreses. El Gobernador y la primera dama del estado, calculadores, conciliatorios, son liberales y, al mismo tiempo, conservadores. Los personajes todos, en síntesis cooperan a hacer de esta novela una regocijada farsa, terreno en el que Emilio Rabasa no tiene par entre los novelistas de su generación.

Es curioso que Rabasa no se preocupara por el futuro de esta novela. En 1891 apareció en **El Universal**. Se recogió en volumen en 1931, un año después de la muerte del autor. Esto hace suponer que el novelista chiapaneco ya no se interesaba por la literatura, o no la consideraba digna de figurar en su bibliografía. Me inclino por la primera hipótesis. En **La guerra de tres años** nos ofrece

*Rabasa, sin embargo, una prueba más, la más económica, y cuajada, de su indiscutible talento para contar historias, para urdir tramas, para crear personajes* (Carballo, 1954).

Apenas concluyendo el primer cuarto del presente siglo, el sancristobalense Daniel Zepeda (1856-1941) dio a conocer un único y breve libro de **Cuentos Regionales** (1926). Colección de siete textos no alcanza en ellos depuración e imaginación como para una perdurabilidad señera. Su trascendencia, sin embargo, es notoria toda vez que inaugura una temática y una modalidad narrativa, a la postre de grande arraigo entre los narradores de la localidad. El por sobre todos los suyos destacado cuento **El caballo de la molendera** funde de manera ejemplar el regusto rural por los mitos y el peso de la acción como recurso narrativo. Estructuralmente, es este un cuento precursor, en la entidad, por su atreverse al manejo de planos diferenciados para construir una unidad. Comienza con una evocación del campo, de la finca, de la vida solariega en ella, si bien con relaciones estratificadas. Ese preámbulo sirve para crearle atmósfera al cuento: sitúa una realidad actual, distanciada de esa otra del cuento, realidad de la memoria. La realidad de la memoria es el segundo plano y constituye el cuento propiamente dicho. A su vez, y para ganar en efectividad, el autor coloca el cuento en la voz de un viejo, significando así los sentidos de la veracidad en el suceso narrado y de valor cultural en la forma de su transmisión. En cuanto tal el hecho da pie para un tercer plano, necesario este para la muestra de la conciencia ilustrada del autor. En efecto, se propone una reflexión hermenéutica en torno al mismo. Alcanza así a dar cuerpo a una pieza sólida, propositiva, compleja en su composición pero de fácil lectura, lo cual redundará en su favor. Pero si los planos estructurales, en el cuento, le dan complejidad y sentido, existen también, dos planos de lenguaje: el ocupado por el autor, sobrio y distante, y el ocupado por el anciano que narra la historia. El lenguaje en él está lleno de giros idiomáticos arcaicos y de "voces populares o aindiadas" como para señalar originalidad, raigambre. Dicho lenguaje, "invención literaria" del autor denota cierta debilidad en sus articulaciones internas, acaso por minusvaloración o por manierismo. Será el lenguaje cinematográfico nacional de los años posteriores a este libro y alcanzará su

formulación terminal en la novela **El jaguey de las ruinas** (1945).

La inclinación de Daniel Zepeda hacia los temas míticos, su afán de retraer una realidad de la memoria, es decir, pasada pero terrible; su preocupación por el lenguaje, popular y castizo, ha visto si no emulación sí continuidad en buen número de narradores chiapanecos. Anotemos a algunos: Alfonso M. Grajales (1910-1974), con cuentos tremendistas y disparejos como **Juyenda inútil** (1965 y 1986); Jacob Pimentel (1910-1991), con sus **Cuentos Regionales** (1994), obra ciertamente no de desperdicio; Oscar Bonifaz (1925), con **La noche de los girasoles** (1975), oscilante entre González Rojas y la nota popular; Angel Robles Ramírez (1935), con **Retablo perdido** (1988), galería de la leyenda y del recuerdo en prosa por demás limpia, pulimentada, fúlgida, y Martha Arévalo (1934) con **El soñador y otros cuentos** (1944) libro de recuerdos, ágil en su narración y terminal en cuanto al recurso de la lingüística regional como elemento *sine qua non* de la misma narración. Presumiblemente concluye allí una línea cuentística, narrativa, de fuerte raigambre, con ejercicios mucho más abundantes que los arriba señalados pero cuyos desaciertos, bien por tremendismo, bien por desaliño o por franco nivel rupestre, no permite en su nominación siquiera. Entre los años veinte y los noventa ha corrido diversidad y tinta. Anclar en los mares procelosos del tiempo mítico de la desdicha (pero de la desdicha ajena) más puede significarse como piedra de molino y descargo de la mala conciencia antes que allanamiento y raudo vuelo de la literatura y sus propósitos.

## DE CHICLEROS Y DE MONTEROS. EL CICLO DE LA CAOBA

El siglo XIX que recibió a Chiapas en México, hacia su final ve a Chiapas, a su literatura, integrada del todo. No puede desde un principio hablarse de una literatura chiapaneca. Más bien de las preocupaciones literarias en Chiapas. De ahí que los escritores del nuevo siglo no se planteen problemas de especificidad. El universo chiapaneco es el universo mexicano y es el universo del hombre. La pasión viva de esos hombre en Chiapas, se desgaja muy a la saga de la del resto del país. No bastó una proclama de independencia y una anexión, ni una participación destacada en la

restauración de la República. El relegamiento económico, social, se cernió como un largo velo medieval agudizando contradicciones, hasta nuestros días. ¿Y cómo no, si el gobernador Rabasa cernió la regular autonomía del estado a los dictados de la conducción central? Una cita de correspondencia de la época bien podría ejemplificar la situación: a propósito de un congreso agrícola invocado por el gobernador Francisco León con la finalidad de eliminar *esa costumbre viciosa y vil* como llamada a la servidumbre por deudas, luego de solicitarle opinión y consejo a Porfirio Díaz, obtuvo la siguiente respuesta: *considerando el gran peligro (que representa este esfuerzo) aprovecho sin pérdida de tiempo esta oportunidad para informarle que por ningún motivo deberá usted permitirlo. Debe usted creer que si (la servidumbre) existe en ese lugar es porque todavía no la he podido eliminar, pues aún no alcanzamos el nivel de educación tal en el que sea posible llevar ese beneficio a los pueblos* (Benjamin 1990). La servidumbre... la servidumbre... Las posibilidades de transformación se fueron dando de manera lenta, no exentas de contradicción y de conflicto. Monterías, haciendas, plantaciones, sitios fueron en los cuales la fuerza de trabajo fue extraída no pocas veces en forma irracional e implacable. Escasas noticias se tiene de las condiciones de vida en tales lugares. Algunos reportes periodísticos de principios de siglo, reportes a los que es preciso tomar con las reservas relativas, toda vez de la lente de aumento propia de la actividad sensacionalista; algún testimonio crudo en el libro de Frans Blom y Gertrude Duby (1955); una conciencia mitificada entre campesinos actuales de la selva, no siempre ellos mismos descendientes de acasillados ni de monteros. Junto con esos testimonios el también testimonio de algunos monteros, aún sobrevividos, cuya experiencia de las monterías les permite evocarlas como el tiempo de mayor prodigalidad y bienestar para sus vidas. Y en este caso, como en los anteriores, se trata igualmente de campesinos e indios (Ascencio 1993). Thomas Benjamin escribió un artículo para mostrar que *las relaciones de trabajo en las monterías confirman tristemente los horrores que Traven describió* (Benjamin 1986). No deja de impactar el ensayo del estudioso de la Universidad de Michigan. No puede, sin emargo, no relativizársele, a no ser que aceptemos que efectivamente en Chiapas, como en ningún otro lugar del país,



las formas de la explotación sean particularmente inhumanas, implacables. Y es que un estudio reciente sobre campamentos chicleros, de 1900 a 1950, en Campeche, da muestra de formas de relación mucho más diversificadas y humanas. Y no que la explotación no exista, pero muestra a seres humanos entre sí, no a las corrientes esenciales del mal avasallando a las del bien. Dicho estudio, debido a la práctica de campo de una antropóloga veracruzana, tiene como fuente una larga serie de entrevistas con viejos chicleros (Ponce Jiménez 1990). No parecen remotas las similitudes entre campamentos chicleros y monterías en Chiapas. Un estudio, a fondo, del asunto hace falta. También el desarrollo de análisis del discurso social, según los petulados de Bajtin, tal como busca intentarlo Alejos en sus trabajos recientes (Alejos 1995). Sanear las relaciones sociales y, a la par, la mentalidad colectiva, más allá de las perspectivas de moralidad y compasividad y tender hacia lo humano, demasiado humano, como pretendía Nietzsche, son tareas de la historia, de la antropología, del pensamiento en la entidad.

El escritor literario capaz de construir un mundo, sólido y sórdido, a partir de las monterías, capaz, además, de dar cuerpo a una aura de fascinación, de empolio, de atracción atávica cual si se transitase irresistible pero fatalmente entre sendas recamadas con las flores del mal, ha sido el alemán B. Traven (1890-1969). Seis novelas cuyas hincan su raíz en Chiapas. **La carreta** (1970), **Gobierno** (1971), **Marcha la imperio de la caoba** (1971), **Trozas** (1973), **La rebelión de los colgados** (1974), **El general, tierra y libertad** (1974), constituyen un corpus complementario y homogéneo entre sí, al que ha dado por conocerse como *El ciclo de la caoba*. Refiriéndose a este escritor es que el crítico peruano dijo: *La nacionalidad de las novelas no tiene mucho que ver con la nacionalidad de los novelistas*, razón esta por la que consideramos a Traven como parte de la tradición literaria de Chiapas.

Dice Thomas Benjamin:

*Es probable que en ninguna de las industrias del México independiente, ni en las minas de Pachuca, Zacatecas y Taxco, ni en los campos henequeneros de Yucatán, ni en los cafetales del Valle Nacional, los trabajadores hayan sido explotados más brutalmente que en las monterías de Chiapas, Tabasco y Guatemala.*

Estos eran campos en que se explotaba la caoba, que llegaron a convertirse en verdaderas prisiones y virtualmente en sepulcros, desde los tiempos de Porfirio Díaz hasta los de Lázaro Cárdenas.

Las monterías de Chiapas han llegado a ser conocidas en todo el mundo a través del ciclo de novelas de la selva de B. Traven: **La carreta, El gobierno, Marcha a la montería, La troza, La rebelión de los colgados, y El general de la selva**, publicadas originalmente en alemán entre 1931 y 1940. Estas novelas describen la forma en que enganchadores ladinos reclutaban a los indios y los sometían al peonaje por deudas en la época de Porfirio Díaz. Narran la vida y el trabajo de los peones caoberos en las monterías, los castigos que se les imponían, los intentos para escapar, y el cómo terminaron por hacer una revolución y establecer una comuna anarquista. Traven no deja lugar a dudas sobre su opinión acerca de las condiciones de trabajo que imperaban en las monterías. "Las masas de braccros —nos dice en *Marcha al imperio de caoba*—, es cierto, eran conducidas a las monterías exactamente como ganado... Ni la fiebre ni cualquier otra enfermedad servían de excusa para dejar de entregar la cuota diaria prescrita de dos toneladas de troncos buenos y aderezados, listos para ser arrastrados".

La indignación del anarquista permea las novelas de la selva al reiterar el tema central de cada una de ellas: la degradación total del hombre en su lucha por obtener ganancias. Las novelas van de lo tierno y humorístico a lo pedante e iracundo. Pero ¿hasta qué punto resultan útiles en lo que se refiere a los trabajadores y a las condiciones de trabajo? (Benjamin 1986).

Ret Marut, Hal Croves o B. Traven, cualquiera haya sido el nombre de este escritor, alcanza, a lo largo de su vida y de su escritura, la configuración indisociable de militancia y de misterio. Misterio el de la selva, misterio el de las relaciones humanas y sociales enturbiadas por las corrientes del dolor y del mal, misterio el de la geografía física y humana chiapanecas en cuyo seno la mala conciencia y el rencor acrecen con el fuor de las esporas. Acaso también el misterio donde la personalidad oculta del escritor, su enmascaramiento tras de nombres a salto de mata, fascinación o necesidad de militantes clandestinos en la Europa de la resistencia, en la América Latina liberacionista de la segunda mital

de siglo. Misterio-militancia, a Traven cabe la reflexión de Aguilar Mora en su libro **Una muerte sencilla, justa, eterna** (1990).

Personalidad de la utopía y para la utopía Traven y sus novelas preludian o preanuncian las realidades finiseculares de la selva y de Chiapas. Desde el largo y penoso éxodo, tribulación en **La carreta**, hasta la sublevación y república idílica de Solipaz en **El general tierra y libertad**, pasando por las formas indóciles y de autonomía en **Gobierno** y por el purgatorio montero de **Marcha al imperio de la caoba**, **Trozás** y **La rebelión de los colgados**, el trazo novelístico de Traven es el de la construcción de un anhelo cuyo fin es el de la sociedad comunitaria como realidad en la tierra. A semejanza de Hesíodo se da por completo al afán de dar cuerpo a los *trabajos y los días* de los indios en esa comedia de su contacto con los no indios. Güelfos y gibelinos estos últimos se obstinan por atormentar a los sufrientes, adicionando sufrimiento mayor a cada paso de su descenso en el infierno, a cada paso de su adentrarse en las latitudes inaccesibles de la selva, por usar el calificativo de T. Benjamin. Allá a lo lejos, desde la costa, desde los valles centrales viene el boyero, un día tras otro literalmente anegándose y consubstanciándose con el lodo él mismo. Allá desde la finca del Soconusco, el indio con su hatillo de monedas, escondiéndose de todos, menos de la esperanza en su futuro promisorio. Allá desde el turpial de los malvados aparece el mercader, el enganchador, el alcoholero. Allá desde la inconsciencia, desde la desesperación, del vicio, emerge el desdichado para encontrarse encadenado (personaje de la **Resurrección** de Tolstoi, de **El sepulcro de los vivos** de Dostoievski de **Las evocaciones queridas** de Revueltas) y llegarse allá, a las penurias sin cuento en la Siberia de las monterías. Descendiente, en buena medida, del realismo francés y del primer realismo ruso, se vale Traven, para su propuesta literaria, no ya de la urbe moderna como en el caso de Zolá o del Dostoievski de **Pobres gentes**, de **Humillados y ofendidos** o de **Crimen y castigo**, sino de lo antípoda de la urbe: el sitio de naturaleza originaria. Bien es verdad que en la selva, en las monterías, la explotación, la desigualdad existen, pero porque existen es posible construir en ella una novelística acorde con la novelística moderna. En **Humillados y ofendidos** o en **El diario de un escritor** aparece la imagen de un correo que se detiene en un

momento incomprensible, amaga y fustiga a un campesino con el látigo con el que espolea a sus corceles, por el solo hecho de atravesarse en las calles de San Petersburgo. Viéndolo sangrante, abatido, el verdugo se acomoda en la carroza, restalla unos chicotazos y avanza por entre la campiña rusa, no sin antes sorber un trago de aguardiente y escupir con desprecio. En el paralelo de la selva Traven construirá la imagen de hombres amarrados de pies y manos y colgados de un árbol durante la noche, para ser presa indefensa de insectos y de animales, burla de los patrones, desprecio, desde sus puros cubanos y sus sorbos de licor. Un poco atrás Emilio Zolá cuenta en **La bestia humana** la situación límite de un obrero que embrutecido por el cansancio y el alcohol viola a una mujer y la mata. Traven en **Marcha al imperio de la caoba** relata el momento crucial en que un grupo de indios enganchados, camino hacia la montería y no soportando más el maltrato del enganchador vuelven contra él para asestarle —fortuna suya— un tajo de machete en pleno rostro. La galería, en fin, de personajes, en Traven paridad guarda y similitud con aquella de quienes cuentan a las urbes europeas. Por contraposición alcanza, Traven, dos cuestiones notables, en términos de literatura. Por principio, el hecho de avenirse a la construcción de personajes de la derrota, de personajes en quienes la sociedad moderna, el capitalismo, no permite alcances superiores a los de la deyección. Deyectos de sí mismos, deyectos de la sociedad, frutos del desespero y del desamparo estos personajes, como los de Bernanos o Mauriac, arrastran consigo el desespero humano, la derrota de cuantos un día en el paraíso, después el páramo de la desolación, de la fractura y del imposible futuro, como no fuese por el don, ya no divino sino revolucionario, de la redención. Fuera de la novelística rusa del realismo socialista, las novelas europeas (y las norteamericanas) del presente siglo y de finales del pasado, descreen definitivamente de la redención y de la revolución. Algunos, como Dostoievski y Tolstoi fluctuaron entre ambas lindes; al final recluyeron en la individuación. Otros, como Gorki, como Maiakovski en la poesía, desearon el don del cambio; nada más para agonizar sus expectativas con la pólvora en la sien antes que con la crudeza del paredón o de los campos de concentración. Después del aborto de la revolución de Baviera, en la cual tomara parte; después de las

dos guerras mundiales, con sus secuelas nihilistas, no podía Traven imaginar un futuro promisorio, revolucionario, en Europa. Mas luego de recorrer México de punta a punta, mas luego de saber de la selva de Chiapas en alguna de cuyas partes aún existían pueblos insumisos y hostiles si bien de estructuración compacta como el de Bachajón, según da cuenta en **Gobierno**, piensa en la esperanza, en el futuro justiciero de la humanidad, si tan sólo a la vera de un río floreciera la convivencia armoniosa entre los hombres y la naturaleza, el trabajo como entereza del ser y de su holgura, sólo paz a resultas de los actos esforzados de la revolución. **El general tierra y libertad** es la novela de la fe en el futuro de los hombres y de sus obras, es el canto esperanzado, inversión de Orwell, a un mundo de bienestar y de consuelo. Lírica y emocionada, como todas las expresiones aspirativas del ser humano, esta novela cierra un ciclo novelístico sólido y coherente. Con su despalzar los actores, los personajes, de la urbe industrial al campo, pareciera Traven querer señalar que el futuro del hombre no está en la urbe y su extremo, la megápolis (como en Orwell), sino en su vuelta a la naturaleza, al paraíso. Una vez más, como en el caso de **Los pioneros**, la selva cuenta con un narrador en quien la metáfora bíblica encuentra ecos. En la construcción cabal de su *Ciclo de la caoba* hace valioso Traven el que si bien la novela es un género nacido en la ciudad industrial y propio a ella, según decir de Steiner (1987), un buen novelista, un buen narrador puede hacer novela, y universal, a partir de cualquier personaje y sitio.

## LA REVOLUCION

Lugar común en las ciencias sociales ha sido el de afirmar que en Chiapas no hubo revolución; la contrarrevolución triunfó en la entidad y sus jefes negociaron con los dirigentes de la revolución mexicana. Es hasta fechas muy recientes cuando un autor, Thomas Benjamin, haciéndose eco del historiador Alan Knight, sitúa el hecho chiapaneco en su verdadera dimensión. Dice:

*Por lo general, los historiadores pro revolucionarios han caracterizado estas rebeliones (como la chiapaneca) como reaccionarias o contrarrevolucionarias. Para el historiador revisionista*

*Alan Knight, sin embargo, éstas (y otras rebeliones similares) fueron tan substanciales a la revolución mexicana como las rebeliones agrarias. Fueron éstas, de acuerdo a Knight, "rebeliones serranas": movimientos "multiclasistas", que involucraron a terratenientes y campesinos; voluntaristas y "quintaesencialmente populares"; oportunistas desde un punto de vista político, y ambivalentes, pero motivadas principalmente por una "resistencia provincial, colectiva, ante el Estado y contra las fuerzas centralistas y extrañas".*

*El concepto, original de Knight, de lo que fueron las "rebeliones serranas" es un intento brillante por dotar de sentido a una variedad de rebeliones no agrarias que surgieron en muchas localidades y regiones por todo México, entre 1910 y 1920. Este concepto es amplio y flexible, capaz de ajustarse a las características poco estables de diferentes rebeliones a través del tiempo y el espacio.*

*La rebelión sancristobalense y la "mapachada" en Chiapas poseen muchas de las características que Knight atribuye a las "rebeliones serranas". Fueron incuestionablemente oportunistas, ambivalentes y provinciales (rasgos de hecho fundamentales en ellas). Fueron multiclasistas, como casi todas las rebeliones desde la Independencia, pero poco populares si se les compara con el grado de movilización logrado por los zapatistas y los ejércitos componentes del movimiento constitucionalista en 1913 y 1914.*

*La rebelión sancristobalense tampoco fue una reacción retardada contra la centralización porfirista (no se registraron quejas durante el porfiriato mismo). Fue más bien la manifestación del descontento contra el papel marginal asignado a San Cristóbal dentro del centralizado Estado porfirista. De igual modo, los mapaches se rebelaron no tanto contra la centralización carrancista (no objetaron la centralización en los 20), sino contra los abusos específicos de un ejército invasor, incluida la perturbadora abolición de la servidumbre por deudas.*

*Las rebeliones en Chiapas demuestran, en su limitada capacidad, por qué la revolución mexicana de 1910-1920, no fue y quizá no pudo ser una "revolución totalizante" o una "gran revolución". En un país tan vasto y tan inmensamente variado el clímax de revolución se disipó en el acendrado localismo y en el*

*regionalismo tan arraigado en la historia y la geografía. Esto ayuda a explicar el resultado: "un cambio social informal, sin legislación ni planificación, que resultó más significativo que el cambio formal discutido, codificado y algunas veces llevado a cabo"* (Benjamin 1996).

Desde esa dimensión, la dimensión de lo humano en que fue vivida la revolución en Chiapas, por lo menos desde la perspectiva de los autores literarios, es posible valorar la producción narrativa de la entidad, de manera desprejuiciada y válida. De nueva cuenta es menester recordar: no la literatura a la realidad retrata; cualquiera elaboración no es sino eso, elaboración, ficción, distante cuando no ajena al suceso mismo en el cual se sustenta para su formulación. Diría Lynch que, *inevitablemente una narración se distingue de otra por la manera de manipular la representación de la experiencia temporal. Más aún, entre la actividad de narrar una historia y el carácter temporal de la experiencia humana hay una correlación que no es puramente accidental sino que presenta una forma de necesidad transcultural... El tiempo deviene humano en la medida en que está articulado sobre un modo narrativo, y el relato alcanza su plena significación cuando deviene una condición de la experiencia temporal. En otras palabras, la conversión de una experiencia vital en una narración implica una tentativa de humanización, no de la experiencia en sí, que es ya humana, sino del tiempo comprometido en ella* (Lynch 1995).

Desde la diversidad narrativa en torno a la revolución en Chiapas recontamos:

*...en el largo período de cuatro años de revolución sufrimos y vimos sufrir todo el rigor de la conflagración: abusos y atropellos personales y en los intereses, homicidios, hecatombes entre los rebeldes y las tropas constitucionalistas, reconcentración de toda la gente del municipio al pueblo, peste variolosa, hambre, etc. etc.; y a tanta calamidad, en aquel ambiente, se nos posesionó la resolución estoica de afrontar aquellas calamidades y aún la muerte, dice Antelmo Figueroa Pulido (1891-1974) en su libro **En la frontera de Chiapas, presagios de revolución** (1966). De entre los escritos en torno a la revolución quizás sea este el libro más sencillo por cuanto a su elaboración y su manera de abordar su asunto. Mas en la entonces remota Trinitaria nada ocurría, como no*

fuera el festín de la memoria, la degustosa compartición de sabrosuras torno a la mesa y a la sobremesa, sólo posibles al amparo de la economía de hacienda. Remotos eran ya los rumores del paso de Ortega, de Pantaleón Domínguez, de la muerte extraña y de la sepultura ignota del héroe suriano, general José María Melo. La frecuencia de libre relación de Chiapas con Guatemala estaba por llegar a su fin. Sirve de telón de fondo para esta breve novela-crónica cuyo inicio se signa precisamente con la visita del señor Flavio Guillén al lugar (La Trinitaria) meses antes de llegar a ser él mismo gobernador del estado para luego desterrarse en Guatemala, donde fungiría como ministro de Salud y Cultura.

En su entramado la novela emula la atmósfera que a nivel central se pretendió para la celebración del "Centenario". Si Porfirio Díaz quiso el boato para la capital, la presencia de celebridades mundiales de la política y de las artes, un derroche de fáustica festividad, Antelmo Figueroa no pretende menos para la entonces Zapaluta, si bien desde los alcances de una provincia fronteriza. El gobernador, el jefe político de la zona, el intelectual reputado, el médico, el cronista, los visitantes de Guatemala y de *la legendaria ciudad de "Las flores"*, personalidades y ambiente, *las campanas del templo, los cohetes y petardos, las armoniosas voces de la marimba, con algarabía llamaban* a sumarse a aquella celebración. Escasa entonces resultó la embriaguez. A semejanza del desengaño padecido por Porfirio Díaz, a causa de la sublevación y exilio a que se vio sujeto, el pueblo de Zapaluta hubo resaca desastrosa luego de la embriaguez del centenario. Pronto, muy pronto llegaron los presagios de revolución, manifiestos en proclamas, en control de poblados e impuestos por parte de oportunistas, seudorrepresentantes de alguna facción revolucionaria del país; manifiestos, también, en la presencia de destacamentos carrancistas con sus secuelas justicialistas no ajenas a la rapacidad, a la violencia brutal reductivista y de la leva. La violencia hacia los civiles atraviesa como nervadura a la novela. Una facción y otra, ajenas ambas a la entidad, se saben en el mismo territorio. A semejanza de las bestias montaraces otean la distancia de los contrarios, para permanecer en el sitio o desplazarse palmas adelante. En el juego de morderse la cola, la facción carrancista, la más metódica, emprende la reducción, la tortura y la muerte



sobre los civiles, sin importar las demarcaciones nacionales (en territorio guatemalteco incluso) con el único afán de demostrar su intolerancia hacia la otra facción, a la que supone protegida por los civiles, a los que apercogoya. Una atmósfera de pusilanimidad acrecienta entre los pobladores, una especie como de fe en el valor de las leyes y de la justicia, a pesar de todo. Pero pesar es el legado de los carrancistas. Ante las impugnaciones de que es objeto el varón de Cuatro Ciénegas se impone la leva para marchar con un ejército en su apoyo. Allá van aquellos desdichados más con el alma en ristre que con el fusil. Dolientes, como Porfirio Díaz, han vivido la sublevación y viven ahora el exilio. Es el exilio desolación, por la distancia de la tierra, de la recién desposada, de los padres ancianos y de la vida sencilla, la propia del hombre simple. Si pudiera como el vate, el exiliado cantar: *lejos ¡ay! del sacro techo / que mecer mi cuna vio / yo, infeliz proscrito, arrastro / mi miseria y mi dolor* (José E. Caro) lo haría. Pero la mutez ahonda raíces, el flato, y una vez en el flato se camina en propensión amorosa hacia la sepultura. Muere Carranza, muere el miliciano reclutado cuando la leva. El miliciano sobrevivido, con el auxilio de desconocidos en el exilio, los siempre generosos hombres del pueblo, retorna al hogar, a recomponer el bálsamo de la familia. La memoria en Figueroa se instalará fumando un puro en la comodidad de una butaca: *La tempestad había pasado como racha desoladora, dejando sus tristes recuerdos y la pobreza en varios hogares damnificados de aquella zona, escenario de conatos revolucionarios; pero todos, cual las laboriosas hormigas, se encontraban reconstruyendo sobre escombros.*

Nada hace de Antelmo Figueroa un narrador destacado. Su propia ambición como escritor resulta limitada. Acaso con mayores alcances en su formación hacia una obra consistente hubiera prosperado. Podemos imaginarlo escaso de medios pero con la pasión de la escritura. De alguna manera la literatura posó sus ojos alguna tarde en él. Al medio de su producción desgarrada le asiste el mérito de estructurar un relato en que imaginación y lecturas desbordan los apegos a lo real. Deviene así pionero narrador de ficción en Chiapas. Su libro **Un viaje real y uno imaginario** (1966) da cuenta, en su primera parte, de fauna y flora de la sierra entre Comitán y Tapachula, medio siglo antes de la carretera; en su

segunda parte, desde la sublimación de un burdel y de sus procaces suripantas, asistimos a la descripción de salones y palacios, de ciudades y puertos de una Europa añorada en la pluma y en la mente de un escritor que jamás pudo viajar a Europa.

*Ya hacía tiempo, años, que había estallado la Revolución en el Norte, a Chiapas habían llegado solamente las crónicas y noticias de ella, pero estaba aquello tan lejos que parecía un cuento de algo que sucedía en un país lejano. Nadie comprendía el alcance ni los fines de la Revolución, menos los ideales; se sabía que Madero se levantó contra la dictadura de Don Porfirio; después Huerta asesinó a Madero quedándose en la presidencia; y ahora otros ambiciosos luchaban por el poder y el dinero, todos hablaban de Villa, Carranza, Obregón, Zapata y algunos otros generales de menos importancia y además de las batallas libradas en el Norte por los bandos rivales... Pero uno de tantos días se supo que muy pronto llegarían fuerzas de Carranza.* El fragmento corresponde a las páginas de **Juchipus (soñador)** (1963), novela del autor comiteco Carlos Alberto Culebro (1901-1976). Se emparenta con la de Antelmo Figueroa por tratarse de una novela de memorias. Mejor estructurada que la de aquel no alcanza, sin embargo, a desprenderse de excesividad por momentos, de cierto tono más bien monótono merced al cual la lectura se alenta y el gusto. Memoria que es la novela no lo es, sin embargo, de la Revolución y sus hechos. Se trata, más bien, de la vida esforzada de un niño avisado, luego joven en la Ciudad de México, médico militar a fin de cuentas, con sinsabores a cuestras y un profundo escepticismo. Luego de un largo camino en su vida, parte del cual se narra en la novela, se ha retirado el narrador a rememorar, gesto adusto, y es la distancia la que le permite un tono de mesura en todo, un aire arbitral por encima de actitudes y sucesos. De esa manera sabremos del niño en Comitán, cómo huye al rancho de sus parientes en busca de la libertad; cómo presencia, desde el rincón, la discusión entre rancheros conservadores y un tío suyo liberal y libertario; cómo eficazmente auxilia en labores de enfermería o en el deber humano de dar sagrada sepultura a los despojos de los ahorcados. Es esta la parte más impostada del relato. El narrador es el niño; sin embargo, es un narrador adulto. Es decir, carga la mirada moralizada o civilizada del autor. Es un niño, entonces, que

puede dar cuenta cabal de posiciones y discursos de quienes discuten: la reacción, por un lado, de los agraviados por la expedición del decreto abolitorio de la servidumbre por deudas; la defensa, por otro, del constitucionalismo, de su sentido de justicia y de la necesidad de exculpar el vandalismo de la bola, toda vez que *ellos* (la bola) *exponen su vida por no trabajar, por la rapiña, o por sed de aventuras; pero los cabecillas, los que dan la idea y hacen las revoluciones son unos cuantos cerebros, son unos cuantos corazones los que crean ideales y encienden pasiones...* No hay una correcta solución al niño como narrador y es probable que su autor no se percatara de ello. Seis años atrás Rosario Castellanos enfrentó problema similar y dio cuenta, en su momento, de la no solución alcanzada.

La alzada de revolución en la niñez del narrador, tal como la vive en su ciudad de origen, es causa de la definición de su vocación: ir en pos de su destino como médico. En la ruta de este destino contará, a veces el narrador, a veces el autor, las vicisitudes que todo estudiante chiapaneco ha vivido en la Ciudad de México: la confrontación con la gran ciudad, el acomodo en la pensión, el rito de iniciación, la búsqueda de trabajo y manutención, la escuela, la nostalgia familiar y del poblado, la enfermedad, el sentimiento radical de soledad, los amigos, los exámenes, las parrandas y las vacaciones. Algunos más, algunos menos, cualquier estudiante en situación precaria en su paso por la gran ciudad sabe de este tipo de túnel, ya historia con **Las tribulaciones del estudiante Torles**. La novedad en **Juchipus** es la que tiene que ver con sus particularidades. Primero, la forma como se llevaba a cabo los viajes de Comitán a la Ciudad de México en la primera década del siglo. El uso de cabalgaduras, de carretas, de tren, de barcasas y de tren nuevamente. Ir por Teopisca, San Cristóbal, Chiapa, Tuxtla, Arriaga, Tapachula, Coatzacoalcos, Veracruz, Córdoba, Texcoco, México y volver hasta Tapachula para atravesar la Sierra Madre en cabalgadura. Descripciones a vuelapluma, incluidos el mal de influenza y el holgorio cuando la noticia de la firma de la Paz de Versalles, en noviembre 11 de 1918. Segundo, y quizás lo de mayor originalidad, la vida militar. Con la idealidad que cada quien, a la larga, da al alma mater de su formación, con esa misma el narrador de **Juchipus** cuenta su vida en la Escuela Médico

Militar, la disciplina, el compañerismo, lo común a los internados de varones. Ya como médico militar, vivir la vida en campaña, con sus secuelas de seducción, arreo de Adelitas y pillaje incluso. En Veracruz, en Sonora, en Durango y Colima, durante las azonadas revolucionarias de Huerta, de Escobar y de los cristeros respectivamente, Albores Culebro da cuenta de momentos de una conflagración, la más de las veces intestina al propio ejército. Aún así al narrador parece importarle más el suceso personal y no la gesta colectiva, sus pasiones, sus desgastes. En lo general desapegado del espíritu gregario, al narrador parece guiarlo un anhelo indefinible con raíces en la felicidad y la justicia. Sin asidero su anhelo frágil deviene al permanente desengaño, a la constancia, una y otra vez, de la relatividad del absoluto en que quiere al individuo. Lo dice al final: *Y es que el hombre no es un ser independiente como fatuamente pensamos, no, el organismo humano es sólo una minúscula parte de la materia que constituye al universo... el organismo no crea ni destruye nada, solamente transforma y acumula... ¿y mis sufrimientos? ¿Y mis angustias? ¿Y mis ilusiones? ¡Tu sino, como el de todos los hombres, es seguir sufriendo casi siempre, amando algunas veces, tener fugaces momentos de felicidad hasta que la muerte llegue...! Mientras tanto obedece a tu destino fatal.*

Quiso alguna vez tomar parte en el movimiento. Junto con Santiago Serrano y Felipe Rosas dio cuerpo a un periódico para orientar al público del sureste de lo que estaba sucediendo y crear una atmósfera favorable al gobierno. De lo que sucedía en el frente del sureste proporcionaba (la información) el Cuartel General, pero las noticias de lo que sucedía en los otros frentes eran inventadas por la mente calenturienta de los flamantes periodistas... Luego de vivir en diferentes poblados y de percatarse de las miserias y sufrimientos no resueltos por la Revolución piensa en ella como en una mujer cambiante y polifacética: dama de alta alcurnia a veces, o muchacha hambrienta, flacucha y llena de harapos, o prostituta cínica y explotadora, y a veces una hermana de la caridad que restaña heridas y prodiga consuelo. Situado en lugar de privilegio por cuanto hace a la Revolución da la impresión Albores Culebro de haber desperdiciado el verdadero tema, o de no haberlo conocido.

Derrotero individual, fatalidad o sino, desgracia como consecuencia de la Revolución es el tema, también, de **La simiente del corsario** (1953), sin duda la mejor novela sobre el tema en Chiapas, novela por otro lado injustamente olvidada toda vez de sus grandes virtudes narrativas, de la fuerza pasional de sus personajes, del gran flujo de acción que por ella transcurre.

Nunca lo dice su autor, Cesar Coutiño Bezares (1909-1992), pero con **La simiente del corsario** trata de novelar las hazañas de un personaje controvertido, el mapachista Sinar Corzo, que *originario de Villaflores se agregó a las fuerzas rebeldes desde el principio y era muy temido en las filas enemigas por su arrojo* (Serrano 1923). El temperamento brutal de Sinar Corzo, su rayanía en las lindes del encegucimiento y la barbarie, su aura de héroe indoblegable, ejemplo de temeridad y de empecinamiento requieren, para el autor, de una explicación. Con ella dará sentido no sólo a Sinar, Alberto como se nombra en la novela, sino a los hacendados de los valles centrales, de la Frailesca sobre todo, ahora conocida como El valle de los Corzo. Existe identidad de actitud con el apellido: el nombre nombra. El nombre, el apellido, teje la maraña social y de prestigios. Los Corzo son corzos: con ellos se funda la Frailesca, con ellos un modo que es el modo de los hombres de rancho. Una leyenda para ellos: provenir su simiente de Córcega; sobre las olas del Atlántico sentirse domador de bestias, llegarse a aguas caribeñas, naufragar en playas campechanas; ser empujado por la brisa tras las huellas de las fieras, renacer y radicarse en la comarca que lleva por nombre La Frailesca.

El Corzo, moribundo como llega, encuentra mujer, seguramente de bajo cuño, razón por la cual no se guarda de ella la mínima memoria. Esa mujer funciona para la integración mas no para propiciar la cohesión familiar; los hijos se dispersan; al cabo del tiempo pueden reconocerse y hasta buscar una relación estrecha pero sólo cuando cada uno de ellos ha alcanzado mujer con más alto nivel social.

El hijo del Corzo originario, Francisco como se llama en la novela, buscó mujer de entre las mejores familias de Ocozocoautla, lo cual se entiende porque para la época en que se sitúa la novela era Ocozocoautla la población más importante de

la región y la más accesible. Villaflores se encuentra en formación apenas vía la colonización de apellidos emparentados provenientes de Chiapa de Corzo. Entre esos apellidos un Corzo no tenía nada que hacer hasta cuando no mostrara sus merecimientos. Por eso la búsqueda se dirige hacia Ocozocoautla. Tomasa de la Vega, la esposa ocozocoauteca, representa la educación, la finura, los buenos modales, mientras que Francisco Corzo se distingue por su carácter cerril, voluntarioso y cerrado, como buen descendiente de las agrestes y calurosas montañas de Córcega. Representa más a este grupo humano que a los hacendados de la región central de Chiapas, aunque luego vendrían las imitaciones. Es merced a doña Tomasa que la familia alcanza ascendiente e influencia. El dinero lo produce el Corzo, las relaciones Tomasa. El delegado político se les alinea, se igualan las relaciones con los otros hacendados. En un momento Tomasa se muestra previsora del futuro social de sus hijos, lo mismo que el padre se preocupa de formarlos en la violencia, reciedumbre y dominio para prolongar la supremacía. Al mayor, sobre todo, pues sobre de él ha de recaer el peso y responsabilidad de la herencia.

Siendo todavía chico el heredero comienza a serle trazado su destino. Alberto como se llama, vivirá una suerte que le amarga el pecho por la sujeción ante un destino familiar, del que es consciente pero del que resulta incapaz de liberarse; ni siquiera puede planteárselo, *ligado como se sabe por la sangre*.

En ocasión de asistir a la feria de Ocozocoautla, como huéspedes del jefe político, al ver a la hija de éste, Tomasa le dice: *Qué bonita está mi ahijada. Si Dios no dispone otra cosa, tendrá que ser la esposa de mi Alberto*. La voluntad, expresada de esta manera se introyecta en Alberto y lo persigue hasta el último día de su vida. De joven, dice el autor: *Cada fin de semana, con o sin anuencia paterna, se dirigía al pueblo para ponerse una "parranda", y entre copa y copa de comiteco, recordaba que su madre dijo en una ocasión: "Qué bonita está mi ahijada. Si Dios no dispone otra cosa, tendrá que ser la esposa de mi Alberto". Estas palabras se le fueron adentrando en el corazón, y semana a semana, sin considerar la jerarquía de su padrino, sus "gallos" se prolongaban hasta donde le alcanzaba la paga. Cobra mayor vigor cuando la pretendida le hace llegar una carta donde le afirma: Como no tengo*

*tiempo para decirte todo lo que te quiero, deseo que sepas una cosa. Prefiero ser querida de Alberto Corzo y no la esposa de cualquier otro hombre.* Pasarían avatares, llegarían incluso a la puerta del templo para casarse, sin lograrlo, sólo por la llegada de los constitucionalistas. Tal vez porque al autor le interesa señalar que a pesar de los aferramientos de la voluntad humana existen designios marcados de mayor inevitabilidad, como el que, hacia el final de la novela, conduce a Alberto a la muerte.

El padre, *el amo y señor de la comarca*, como lo nombra el autor, tiene presente, desde el primer instante, la necesidad de poner en práctica un modelo de formación en torno a sus hijos: con aplicación especial para el primogénito. Primero porque él recibió ese tratamiento de su padre pero también la herencia familiar con sus implicaciones (guarda de los haberes, responsabilidad sobre los hermanos, mujeres sobre todo, para que sobresalgan dignamente y trabajen ordenadamente en pro de un beneficio). En segundo lugar porque es preciso prolongar vigente, mantener viva, una manera de ser, propia a un apellido. El apellido lo debe portar en quien mejor se manifieste: *Ya su padre lo había previsto cuando dijo que en su primogénito, la sangre corsa volcó todo su atavismo.* No sólo eso, la voluntad paterna debe ser de tal manera fuerte como para obligar a la realidad y someterla al propio arbitrio. La formación impuesta por el padre consiste en llevar, hasta el límite de la temeridad, el dominio de las artes del mando y de la vaquería; no permitir en nadie dominio mayor; llevar a la violencia, a la irracionalidad, a locura si fuere preciso; llegar al estado salvaje, como mérito (*Hijo, nosotros los Corzo nos parecemos a las fieras; recordalo siempre. ¡Recordalo!*); llegar a niveles tales de autosuficiencia que sea realidad el enunciado *ni sobran los que vienen, ni faltan los que se van.* Este menester no puede dar pie al reposo. Una y otra vez. Utilizar los instrumentos de castigo. Que penetre con sangre, hasta la médula. Finalmente se cree tener derecho sobre los hijos, y sobre la servidumbre. El peso de esta formación conduce a la exacerbación del carácter, a la reafirmación del orgullo y a la gana de total autonomía. En el contexto de la novela se entendería que se ha llegado ya al momento esperado como para entregar las riendas. Se supone que toda la formación del primogénito está encaminada para depositar

el mando en él, el cuidado de la herencia. Esto, sin embargo, no se encuentra sujeto a la veleidad de los hijos sino a la voluntad del padre. El mando se da, cuando se debe dar. Para el caso de la novela ocurre al poco tiempo del levantamiento del General Grajales. Emparentados como se hallaban los Corzo con él, comprendieron que serían objeto de la agresión del gobierno, como efectivamente ocurrió. Ante la evaluación de ello, el viejo *amo y señor de la comarca* induce la vuelta del hijo desterrado y una vez ante sí, sin haber limado los rencores siquiera, lleva a cabo la ceremonia de transferencia de mando pues comprende que existen riesgos mayores de permanecerlo él, ya que los tiempos cambian y se requiere de audacia. La página donde se narra el suceso merece atención especial toda vez que su simbología sistematiza fórmulas comunes a las haciendas de las tierras bajas y centrales del estado, y permanece en parte de sus manifestaciones en las actuales haciendas del norte del mismo estado.

Transferido el mando al joven se está en posición de esperar. No se trata de tomar iniciativa alguna. Si la agresión no llega nada pasará, pero si la finca es atacada, como en realidad ocurre, entonces habrá que dar respuesta con todo el furor y la violencia. *Ya cual remolino tomaba cuerpo en el corazón de la Fraylesca el movimiento rebelde, y Alberto, como arrastrado por su propio sino; estaba presente.* La novela, entonces, se ocupa de la gesta guerrera. Incursiones a Berriozábal, a Ocozocoautla, a Cintalapa. Toma de pueblos, quemas, ejecuciones. Una ordalía cobra cuerpo, una ira desatada cual si se tratase de la propia ira de Dios. En el prolongado ascenso de la violencia asistimos a momentos de refocilación humana, bien en un jaripeo cintalapaneco, bien en el lecho de alguna querida, bien en el arrebató sonoro de alguna marimba, siempre dando curso a una canción, alma de la novela, **Hermosa sultana**. Es de llamar la atención que a lo largo de la novela resuene el eco de las marimbas, el dejo cadencioso y triste de **Hermosa Sultana**. Coutiño Bezárez vive al ritmo de **Hermosa sultana** y bajo el ritmo de sus notas hace vibrar y vivir el destino trágico de su héroe Corzo. En Alberto Corzo sintetizó Bezares los sinos de Ajax Mayor, de Aquiles, de Diomedes y de Filoctetes. Brutal si se quiere, la novela, ofrece lo que propiamente ninguna de las chiapanecas había logrado: un héroe trágico. Sólo el Padre José



de **El poder y la gloria** tiene el sino de Alberto Corzo: la muerte inevitable. En el caso de éste, cuando el cenit de su edad y de su gloria. En la tragedia de Alberto Corzo, César Coutiño Bezáres da cuenta del destino final de quienes como él se sublevaron: los mapaches. Así, esta novela que canta epónimamente la gesta de los mapaches, ofrece el canto trágico pero también romántico de las viejas haciendas. Con la muerte de Alberto Corzo habrían de morir también ellas bajo el asedio de incontables agraristas, a punta de bala si fuere preciso, como ocurre en la novela hacia su parte final. Si la revolución en Chiapas fue una revolución mapachista, novela y de buena traza **La simiente del corsario** se erige en su epopeya, en el teatro literario de su gestión.

La gestión mapache, sin embargo, no contó en Sinar Corzo como única expresión. Muchos otros los hubo con propósitos y hechos de armas representativos de su propia dimensión. Santiago Serrano (1896-1957) publicó su **Chiapas revolucionario (hombres y hechos)** en fechas muy cercanas a los sucesos: 1923. En este libro da cuenta de una época, con documentos, fotografías y apretadas notas, refiriendo las acciones mapaches y sus razones.

En fechas recientes Antonio García de León (1946) dio a conocer su libro **Ejército de ciegos** (1992), ejercicio testimonial de actores mapachistas y zapatistas chiapanecos. Lo mismo dirigentes que tropa, los ejemplares relatos formulados por García de León dan cuenta de historias personales, en expresiones de grande frescura, sólidas y sencillas, que ponderan el alto valor narrativo de la historia oral.

Una, hasta el momento, última novela sobre la Revolución en Chiapas es la que tiene por escenario a La Vega de Chachí en Venustiano Carranza. **Yucundo, lamento por una ribera** (1994), como se nombra, es la novela de un paraíso, perdido como en el caso de Milton. Un paraíso por el que se puede correr desnudo entre la hierba, en contacto directo con el valor, con la fiereza de los animales. Un paraíso en el que a la par de naturaleza y gente campea la imaginación, la fantasmagoría. Un paraíso que se ve trastocado con el derramar de la sangre cuando los carrancistas, con la impresión del nombre del de Cuatro Ciénegas al pueblo.

Mas todo paraíso puede ser reconocido como tal cuando se le ha perdido. Mientras existe, el ser se está y basta, *es la profunda*

dicha diría Jorge Guillén. En la distancia se le evoca, se le añora, se le desea de nueva cuenta en cabalidad, aun cuando no más vuelva. Aunque en ocasiones se resiste a morir, como las licliques o como don Ezequiel Albores empeñado en su arrear ganado. En buena medida la literatura existe para contar los mundos que ya no existen, que un día fueron, así haya sido en la imaginación o en la memoria pero que ya no más, ya no sino huella en el alma, y voz y lenguaje. Y eso es **Yucundo**, una literatura del alma, de la imaginación y de la evocación.

**Yucundo**, el nombre de una novela, el nombre de un personaje desdoblado simboliza en alguna forma al permanente campesino, y sobre todo al campesino de Chiapas. Algo en su naturaleza mimetiza o se funde con los elementos, con el mundo de los misterios al que nombramos naturaleza. En la jocundia, en el gozo de su propio ser y nombre cualquier campesino de Chiapas, a semejanza de Yucundo, con ocasión o sin ella *se enrolla como el armadillo rodando por la ladera. Allí está hecho un ovillo del color del quebracho. Allí está, vuelto una rama cobriza, o convertido en raíz bajo un amate. ¡Allí lo van a hallar! ¡Ni duda cabe! Allí está esperando, espiando desde los ojos pensativos de la danta, hoccando en la hojarasca revuelto con los jabalíes, hecho sombra de palmera o susurro de mangal.*

El campesino Yucundo de Chiapas se mueve al compás de las revueltas gestadas en su territorio, del rejuego de intereses cuyo asiento por lo general escapa no sólo a su decisión pero siquiera a su conocimiento. A pesar de lo cual es persistente en su voluntad de sobrevivencia, ya frente a los carrancistas, ya frente a los agraristas, ya frente a las decisiones centrales del Estado, decisiones como de ciclópeo señor frente a una tierra yerma. En este sentido la novela ejemplifica la constante de una relación entre una entidad particular y la federación, casi desde el momento mismo de su anexión. Por un lado la avalancha de norteros libertadores ante cuyo paso se produjo duelo y pillaje con memoria hasta nuestros días. Por otro lado, los ejércitos de agraristas de procedencia más bien externa, número ante el cual los mismos acasillados de antiguas fincas, beneficiarios naturales, debieron buscar asentamiento en otros lados. Finalmente, la decisión impuesta de una presa, sacrificio de tierras inmejorables, de campe-

sinos en grande número, promesa de modernidad y progreso para Chiapas, hasta nuestros días monumento que expresa lo que Chiapas le significa al centro: traspasamiento para la extracción de riqueza y para la descarga de problemas sociales o políticos.

**Yucundo**, anotaba, es una literatura del alma. No que el alma de Chiapas esté reñida con la noción de progreso, con la noción de lo nuevo. Sencillamente que no se desea como marioneta sino como actor igualitario. La destrucción alcohólica de Yucundo, en la novela, el fin de su progenie (recuérdese la muerte de su nuerca y el alma rota de su hijo), el acto desesperado de sabotaje contra la presa no son sino expresiones medulares de la derrota, por mucho que el narrador la refiera sólo para sí cuando dice: *eran el nuevo pueblo y no llevaban por dentro el dolor y la desilusión que hacía tanto tiempo se habían aposentado en mí*. El despojo del paraíso deja al hombre solo e indefenso. Desde ese sitio debe de avanzar la ruta de su sobrevivencia, por muy dificultosa que esta sea. *Moví la cabeza —dice el narrador—, sintiendo que otro gajo del pasado se me resbalaba por entre las sucias babas de lo nuevo, de esos horribles cambios que era tan duro comprender*. Ante el cambio, ante lo nuevo, los actores parecen carecer de alternativa, vital y socialmente. Socialmente, se inauguran como campesinos y estudiantes contestatarios, manifestantes en la capital, resguardando de lo viejo su cobijo de comunidad. Vitalmente, los individuos prefieren la sepultura del licor como Yucundo, el abandono de sí como Cundo, el hijo, la rutina como el narrador. A todos escapa la pasión incendiaria de la vida, del torrente brutal de los elementos, o de la luz, en los umbrales apenas del mundo nuevo, el de la civilización: verdadera aparente contradicción entre la ciudad y el campo.

*Un día volveré*, dice la novela, como expresión de la colectividad, como síntesis de los actores. *Un día volveré*. Anhelos por la restauración del lugar original, por imposible que parezca. Esa parece ser la daga en el corazón del campesinado chiapaneco. Una daga que punza también el corazón de la presa y la desbarajusta y hace que la tierra tiemble. Pero esa daga atraviesa el corazón del hombre. Dicen que nuestro paso por la tierra no es sino el empeño por restaurar el paraíso del que fuimos expulsados, así sea al final, o al principio. Mirarlo siquiera. Un tanto como el

narrador: *Un día volveré. Aunque no sea en mi carne, / mis huesos ni mis ojos; aunque no sea en mi sangre, / sé que te voy a ver.*

El narrador de esta novela, un narrador que ha elegido la derrota, o que la ha aceptado sin mayores pretensiones, se percata de que en un momento *se hundía en el pasado toda la historia de (su) mundo*. En la larga ruta de su sobrevivencia se asoma al mundo de la tecnología, de la modernidad, del urbanismo y no puede no aceptarlo aún como favorable para sus connaturales y antiguos compañeros de destino. A pesar de añoranzas y apegos desea el progreso de la humanidad para las nuevas generaciones. Media incluso para ello. Reconoce, sin embargo, una descomposición en las formas de relación, un uso de las cosas y de las gentes. Lo cual al campesinado en la novela parece repugnarle, quién sabe si en la realidad. La novela es la gesta de un tránsito desgarrado, es el relato de una relación desigual ante cuya imposición pareciera no existir alternativas. La riqueza material marcha para los ajenos, la riqueza cultural permanece y se recrea. Muta de sitio, como el cabalgar de don Ezequiel Albores.

Esta novela es, también, un alegato moral. Sin juicios de ninguna naturaleza pero con una grande pasión, un entrañable amor, *con un ansia nueva, como una angustia de resurrección*, la novela nos ofrece personajes y universos de tal manera humanos que obligan a la dignidad, que reclaman contacto con el resto del mundo en similar nivel de igualdad y honorabilidad, de justicia. Dimensión esta que vuelve a la novela profundamente actual.

Cuando señalaba que **Yucundo** es una literatura del alma me quería referir al alma de Chiapas y más en participar a la que configura a los Valles Centrales, y eso antes de la sangre derramada, antes de cuando *algo se rompió entre nosotros y no lo supimos adivinar*. En esa dimensión, **Yucundo** abre cauces para un acercamiento, una comprensión más humana de los hechos, de la historia. Propone, como la buena literatura, una lectura no ideologizada, no interesada de la historia. Más bien una lectura desde la entraña de los actores, desde sus voces, desde sus universos complejos, medulares, desde sus amores, desamores, y fantasmas. Desde la fisura no monolítica en que deviene la relación humana. Con este trabajo, y con otros importantes en la narrativa de Chiapas, cada vez nos acercamos más, en la literatura, a recomponer el alma que

somos. Y en ese quehacer Heberto Morales (1933), autor de la novela, juega un destacado papel.

Finalmente, nos encontramos en esta novela no frente a un relato naturalista o político sino ante un *texto polifónico* como ejemplifica Bajtin. Vemos al ser humano en sus venturas y desventuras, en el aire pesado de su liviandad. Por mucho de ello, en su construcción hace uso de una lengua de sonoridades particulares al campo. Una lengua que resarce el olor, el sabor, el calor de una región. Una lengua rica, vegetal y zoológica como en Revueltas, pero al mismo tiempo elaborada, sabia e intelectual, una lengua llena de vida y de calidez, engarzada en un ejercicio narrativo por una mano maestra en ese difícil oficio de narrar. Es una lengua que sabe del uso de la información precisa, en términos de la sociología, pero que sabe sobre todo de las nervaduras de los pueblos, del llanto cuando es preciso, del asombro, del dolor. Es una lengua para las penas de los amorosos, como en el caso de Librado, o para el recreo de las licliques y de la fantasmagoría. Es una lengua para la socarronería, para la coloquialidad, para la reflexión, para la vida. El autor ha explorado no sólo en la geografía y en la historia. También en la botánica, en la filosofía, en la política, en la poesía. Merced a ello es capaz de resarcirnos no ya el paraíso pero sí de configurar las sístoles de una manera de ser, de una cultura, de una moral, cuestiones fundamentales para toda construcción de futuro.

## EL CICLO DE CHIAPAS

El tenor narrativo de mayor arraigo, incidencia y acaso significación en Chiapas, según puede desprenderse de cuanto se lleva descrito, está afincado en las vertientes de la realidad. Dos márgenes la encauzan fundamentalmente: los anhelos libertarios, y el mundo indígena. Y un período hay durante el cual la coincidencia de ambas vertientes con la realidad y política de la entidad favorece un clima proclive.

Lo anterior conduce a situarnos en lo que Joseph Sommers, en artículo publicado en **Cuadernos Americanos** (1964), después recogido en el libro **La crítica de la novela mexicana contemporánea** (1981), ha dado en llamar *El ciclo de Chiapas: nueva corriente literaria* y que abarca 8 obras fundamentales: **Juan Pérez Jolote**

(Ricardo Pozas, 1948); **El callado dolor de los tzotziles** (Ramón Rubín, 1949); **Los hombres verdaderos** (Carlo Antonio Castro, 1959); **Benzulul** (Eraclio Zepeda, 1959); **La culebra tapó el río** (María Lombardo Caso, 1962) y las de Rosario Castellanos **Balun Canán** (1957), **Ciudad Real** (1960), y **Oficio de tinieblas** (1962).

No es pretensión de estas notas reproducir el ensayo de Sommers, de todas maneras vigente como explicación de un ciclo. Sí importa considerar las tesis sobre las que se construye: su ubicación dentro de una corriente indigenista. Así dirá: *Si se trata de la novela mexicana de tema indígena del siglo en curso, estas ocho obras constituyen, en varios aspectos, un rompimiento con el pasado.*

*Los nuevos escritores que toman por tema a los indígenas de Chiapas escogen un punto de partida distinto: el indio mismo en su propio contexto cultural. Esta serie de novelas y cuentos presenta, por primera vez, personajes indígenas convincentes retratados en su ambiente específico, con personalidades auténticas. Tema constante es la angustia, representada en vidas particulares que se desarrollan en medio de las ásperas circunstancias físicas y sociales bajo las cuales los indígenas de Chiapas luchan por sobrevivir.*

De allí pasará al análisis de cada una de las obras que componen el ciclo. Señalará el carácter innovador, apoyado en la psicología y en el abandono de imposiciones ideológicas, que realiza Rubín; el aporte a la literatura de un verdadero personaje indígena, con personalidad distinta y sistema de valores propio, logrado por Pozas; el mundo de tradiciones indias captado con aguda sensibilidad por Carlo Antonio Castro; el drama del contacto entre indios y ladinos, dos mundos harto diferentes y similares entre sí, el lenguaje, el sentido de soledad del hombre, de su singularidad y de los conflictos culturales, mostrado por Zepeda; la hondura, alcances y trascendencia logrados por Rosario a través de sus obras en las que lo mismo se patentiza la memoria de su niñez en su rancho de Comitán, que la ambivalencia, la brutalidad que palpó, trabajando para el INI en San Cristóbal, el detalle de intereses diversos que convergen en un entorno limitado (**Arthur Smith salva su alma**), la reconstrucción literaria del conflicto y la violencia en la historia (**Oficio de tinieblas**), etcétera. El valor

literario de estas obras ha sido estudiado suficientemente. Su perdurabilidad, al cabo de más de veinticinco años, sus múltiples reediciones, son muestra de su vigencia, de su contemporaneidad. Lo maravillosamente real de lo real maravilloso que nos cuentan es la perdurabilidad de los sucesos, como si la historia se empeñara en no cambiar. Para concluir con Sommers, no está por demás citar sus conclusiones:

Como resultado, el *Ciclo de Chiapas* aporta a la ficción mexicana nueva vitalidad y la explotación de una rica veta autóctona. Estos autores se han empeñado con vigor en enfocar objetivamente un aspecto de la realidad social que muchos preferirían dejar aparte.

No desestimamos en nada el trabajo de Sommers. Cualquier estudioso de las letras chiapanecas deberá de acercarse a él, para corroborarlo o para discutirlo. En un momento anterior quien esto escribe lo ha hecho (Morales Bermúdez 1991). Para la presente ocasión quisiera detenerme en los trabajos de quienes integran el *Ciclo de Chiapas*.

La posición dualista de la realidad, merced a la cual se considera que la contradicción fundamental de la sociedad estriba entre indio-ladino, inaugurada por Bartolomé de Las Casas y continuada por varios escritores más, no deja no solo de confirmar pero sobre todo de reafirmar la persistente existencia de lo que ha dado por llamarse *el otro*. En su concreción actual y actuante el otro del mundo mestizo es el indio, el mundo indio, lo denominado *lo étnico*, conceptualización de donde provendrá la caracterización de *literatura étnica o etnoficción* a aquella que se ocupe, en su textualidad, de las manifestaciones de ese mundo, del mundo de *el otro*, generalmente desde una posición ética.

## Ricardo Pozas

Una inversión en la posición se encuentra en **Juan Pérez Jolote**, único texto literario del autor queretano con raigambre chiapaneca. Conocemos, por entrevistas, el origen de este libro. El mismo Ricardo Pozas lo dijo: **Juan Pérez Jolote** surgió a resultas de un informe que tenía que presentar y quiso hacerlo de manera narrada, didáctica, en la que se ofreciera una especie de historia

de vida contada por un verdadero protagonista. Le surgió la idea a resultas de una larga conversación inicialmente incidental, con un chamula típico, aunque con particularidades, por el hecho de haber salido de su medio y de su ambiente hacia otros. En realidad Pozas no inventó nada, trató de hacer un documento antropológico.

En cuanto informe **Juan Pérez Jolote** *proporciona un amplio espectro de prácticas sociales*. A través del texto podemos reconocer la organización social de Chamula hacia los años cincuenta y sesenta. Incluso la estructuración del libro capitula momentos y modos de la vida en la comunidad. Por ejemplo, el enganchamiento y la marcha hacia la finca, el ingreso y ascenso en la estructura de cargos, la festividad del carnaval, la solicitud de matrimonio, etcétera.

Lo anterior sin embargo, no hace de **Juan Pérez Jolote** un tratado etnográfico sino un relato literario. Como señala Martín Lienhard: *el lector se fija más en la personalidad del narrador, un individuo maduro que cuenta con un cierto desenfado las hazañas de su vida pasada. Leyendo Juan Pérez Jolote el lector no se haya instalado en una conciencia indígena, sino frente a un narrador (que) tiene la ventaja de sugerir las dimensiones individuales de una vida indígena. Como autor de un etno-testimonio, Pozas abusó sin duda de la imprecisión del contrato en cuanto a la presentación de los materiales: no sabemos, en efecto, en qué idioma se pronunciaron los fragmentos autobiográficos: tzotzil o español. La ausencia de rasgos de una poética oral y el empleo de un lenguaje coloquial mexicano sugieren que se trata de la leve adaptación de un discurso enunciado en español. En sí, el empleo —en el trabajo de recopilación— del español podría ser perfectamente legítimo; así se proporcionarían, incluso, interesantes datos respecto a la aculturación lingüística de los hablantes de idiomas nativos. Pero sabemos (cap. IV) que en una situación de diglosia, el uso de un idioma o del otro implica un cierto tipo de comunicación social que repercute, también, en la forma y el contenido del discurso.* (Lienhard, 1990).

Puede abundarse con otras opiniones pero no es el propósito del presente texto. Sí importa señalar, en este lugar, el hecho notado por Lienhard y que es estudiado recientemente por la



antropología, y particularmente por antropólogos tales como James Clifort, Clifford Gertz y Renato Rosaldo en el sentido de distanciar la cientificidad del informe etnográfico, por más recursos de comparación que existan, y la subjetividad inherente a todo texto etnográfico, inherencia debida, por un lado a la formación y opción metodológica del autor, y por otro, al tránsito entre la comprensión y la textualización a través del leguaje. Lo cual implica que el trabajo etnográfico inventa o crea mundos, a semejanza del trabajo literario. Para el caso de **Juan Pérez Jolote** indudablemente que existe la abstracción, la selección y la disposición de materiales, de acuerdo a una intencionalidad específica y particular del autor, bien que metodológicamente haya optado con plena conciencia, bien que haya ocurrido en él un dominio de la palabra, de la emoción, del impulso creador.

Desde la antropología, **Juan Pérez Jolote** tiene el mérito de adelantarse en mucho a las búsquedas actuales de *cultura* y *verdad*. Ejemplifica una manera privilegiada de extender el conocimiento etnográfico a un público no precisamente especializado. El éxito de su propuesta, entre antropólogos e historiadores, ha sido tardía (si contamos los 47 años de su publicación) pero cada vez más valiosa. Bajo su magisterio podemos conocer el ejercicio de una práctica con oficientes notables: Calixta Guiteras, por ejemplo, con la "biografía" de Manuel Arias Sojom, o el reciente trabajo de Juan Pedro Viqueira sobre **María de la Candelaria**. El recurso narrativo es cada vez un recurso para la expresión de las ciencias sociales.

Desde la literatura y de la construcción de la literatura en Chiapas, Juan Pérez Jolote inaugura una propuesta, compleja, larga y de gran utilidad. Por principio (y en esto la actividad de Carlo Antonio Castro es similar), rompe con la tradición de Bartolomé de Las Casas. Los ojos de Pozas no son ya los ojos de un converso sino los ojos de alguien acostumbrado al sentido de lo universal, al sentido de lo diverso y múltiple dentro de lo universal, dentro de lo unitario. El indio no es para él "el otro", el diferente por antonomasia; es, por el contrario, el semejante, el par, aunque su expresión cultural y material sea diferente, y en ocasiones precaria. En cuanto semejante se le puede reconocer en igualdad de capacidades. Es, por lo tanto, capaz de ser relator de su propia

vida, y por lo mismo, dentro del texto, actor. Es, al mismo tiempo, autor de un discurso oral, aun cuando no de un texto, y no lo es por la carencia actual de una mediación: la de retraerse en soledad a ejercer el oficio de la letra. Actor y narrador sí lo es. Crea un mundo verbal desde su visión y sus prejuicios, desde su propia orilla; ya no es el objeto de un discurso construido desde la orilla de "el otro", ni desde una ética.

La puesta en juego de una propuesta narrativa que se construye desde la voz de sus actores rompe, de hecho, por lo menos en la práctica literaria, con la relación desigual entre los mundos mestizo e indio. Lo cual no quiere decir que ocurra igual en la práctica social o en el discurso. La práctica social conserva asimetrías y el discurso puede mantenerse ideologizado y aun enajenado, pero literariamente el indio es actor y es narrador, desde sí mismo, como lo puede ser el más complejo personaje de Joyce o de Faulkner.

La irrupción de un narrador, desde su propio mundo, ha sido vigorizante para la literatura de Chiapas. Desde entonces son varios los trabajos que han procurado recurrir a la misma opción metodológica elevándose con mayor o menor oficio. Historias de vida, relatos tradicionales, historias locales, novelas, discursos testimoniales conforman un cierto bagaje actual del que se alimentará la literatura de mañana, ojalá más en el disfrute mismo del hacer literario que en la carga de realidad.

De alguna manera los textos contemporáneos en Chiapas, inscritos en la tradición de **Pérez Jolote**, muestran mayor complejidad literaria que éste. Superan, por principio, el lenguaje coloquial de alguna manera simplificado de aquel texto y el apego a las manifestaciones de la cultura local; complejizan más a sus personajes, por lo mismo de verlos desenvolverse en medios de mayor complejidad; se preocupan por una mayor solvencia formal y lingüística, etcétera. Lo cual es posible, en los años ochenta y noventa, gracias al antecedente de 1947, año en que vio la luz **Juan Pérez Jolote**. (Me he referido a **Los arrieros del agua** de Carlos Navarrete y a **Memorial del tiempo o vía de las conversaciones** y a **Ceremonial**, de quien esto escribe).

De similar o mayor mérito que el del caso anterior, es el del movimiento destacado a partir de **Juan Pérez Jolote** (y sería injusto

no hacer notar junto con él los trabajos de Carlo Antonio Castro **Los hombres verdaderos y Narraciones tzeltales**), pujante movimiento actual de escritores indígenas.

Como que devenía lógico el paso de ser narradores y actores al de ser autores. Podemos conocer, en los años recientes, el surgimiento de "oficiantes de la oralidad", como los nombra Ong, que se proponen construir una literatura en lenguas hasta ahora ágrafas, a partir, en principio, del recuento de las tradiciones y costumbres étnicas hasta ascender, ojalá, a propuestas literarias y antropológicas originales.

El movimiento de todos estos escritores indígenas no nace pronto ni inicialmente, de manera directa. Existe, previo, el trabajo de instituciones y de personas, antropólogos sobre todo. Roberto Wassestrom, por ejemplo, que pretendió la proliferación de "historias de vida" realizadas por los mismos actores, a semejanza de la que él mismo propició en 1978: **La biografía de José Pérez Mochilum**. Después, Educación Indígena e INAREMAC harían intentos de historiar a partir de la oralidad, y se fundaría de forma independiente **Sna Itzi'hajom** como instancia de creadores indígenas, instancia que se ha dado a conocer a través de su grupo de teatro, sobre todo, y de publicaciones que combinan la historia y la literatura, manteniendo como fuente el acervo de la oralidad tradicional. En el momento actual existe la Unidad de Escritores Mayas-Zoques A. C., que busca congrega los esfuerzos de individuos y de grupos indígenas en torno a la escritura, al conocimiento, a la intelectualidad. Todavía es temprano para conocer su proyección, pero sabemos de su interés por construirse una alternativa propia capaz de expresar la sabiduría ancestral. Les interesa superar las limitaciones ágrafas actuales, recurrir al video, a la grabación sonora, a todo tipo de recursos tecnológicos que posibiliten la vigencia del conocimiento de los sabios, de los intelectuales indios así no sean escritores, como en el caso de ancianos, autoridades, curanderos, verbalistas iluminados, etcétera. El movimiento escritural de los indios puede ascender en importancia e influencia en la literatura. El concurso de lo diverso la enriquece. No podemos imaginar la tradición literaria castellana sin la presencia árabe, como en el caso de **La Celestina** o **El libro del buen amor**, por ejemplo. Igualmente significativa para las letras

chiapanecas y mexicanas puede ser el aporte creador de las lenguas indígenas. El lenguaje, lo saben muy bien los escritores, es lugar privilegiado de relación y encuentro. A partir del lenguaje el mundo, el hombre, el universo pueden verse y volverse nuevos, como en una creación, puente privilegiado por excelencia. En ese sentido, esperamos una mayor producción literaria indígena. El acto literario decanta la experiencia individual, de soledad, del creador ante su universo: la hoja en blanco; lo confronta, en soledad y solidaridad, con todos aquellos ejercitantes de su mismo oficio. Lo introduce, por otra parte, en una conversación de orden universal pues que se ve precisado de conocer las creaciones de sus semejantes, el proceso temporal e histórico del acto escritural. Esto es, se ve impulsado a la lectura de obras literarias ajenas a su propia tradición. Conocerá, por ejemplo, a Dante, a Shakespeare, a Scorsia. Los leerá con ojos propios y serán parte de su bagaje y tradición.

En este tránsito, no deja de ser afortunado el hecho de que el primer texto literario traducido a una lengua indígena de Chiapas sea el de Ricardo Pozas, **Juan Pérez Jolote**. Y no deja de ser afortunado por un doble hecho: primero por ser el relato, ejemplar y primero en la literatura mexicana, de proponer a un indio como narrador, como actor; segundo, porque la vocación de ese texto, como la de Ricardo Pozas, es el de la comprensión del mundo y de los hombres, el de la universalidad. No en balde **Pérez Jolote** va de su mundo al mundo desconocido de la ciudad y de la Revolución, no en balde vuelve al propio para mirarlo con otros ojos, no en balde se va definitivamente de su mundo al de la literatura, merced a la cual pasa a formar parte de la herencia de la humanidad.

## **Ramón Rubín**

El narrador eficiente y polifacético Ramón Rubín (1912) construyó una notable novela, **El callado dolor de los tzotziles**, enmarcada, supuestamente, en realidades indias; más concretamente en el universo simbólico y social de los chamulas. Señalo eso de supuestamente, pues si bien Rubín partió siempre, para la escritura de sus cuentos y novelas, de realidades sociales y geográficas, le ha importado no tanto el retrato de ellas cuanto el

medio mismo y, dentro de él, algunos elementos o factores cuya fuerza o presencia los vuelve corpóreos, personajes identificables y con decisiones sobre vidas y lugares. Es el caso de ciertas enfermedades, por ejemplo (el paludismo, el mal del pinto...), o el de los celos de los hermanos y los padres por la mujeres, o la moral en quienes ejercitan obras de beneficencia. El mismo Rubín lo diría:

*Para mí, el personaje de cada novela que escribo es el medio al cual están condicionados los hombres y todo lo demás que vive en él. Por eso en cada una cambio de ambiente. En **El callado dolor de los tzotziles** el conflicto se establece entre las civilizaciones indígenas que aún sobreviven y la civilización actual, tan avanzada como cruel. Mis personajes son una y otra civilizaciones. Como personajes colaterales o pretextos narrativos que dan mayor relieve a ese conflicto, José Damián y María Manuela son tan importantes como el perrito de **El Canto de la grilla**, el hato de borregos y el cuchillo oaxaqueño de José Damián.*

Sin complicaciones formales, sencillos, directos en sus formas narrativas, los libros de Ramón Rubín son de fácil lectura en general. Dice Vicente Francisco Torres que en sus textos siempre hay una historia de amor, el tratamiento de un problema humano y la descripción minuciosa de nuestras costumbres y de nuestra geografía (Torres 1993). Estos elementos son los que le han dado muchos lectores porque cuajan en una especie de relato de aventuras. Para el caso de **El callado dolor de los tzotziles** la urdimbre de la historia amorosa entre José Damián y María Manuela tiene factores con referentes a los mundos cerrados propios a las sociedades tribales o tradicionales y factores propios a la concepción cortesana del amor, tal como ocurría en occidente hasta avanzado el presente siglo. Esto último, como no sea hasta fechas muy recientes, ninguna relación ha guardado para con las formas indígenas de relación. La conformación de las parejas reviste mucho más un sentido de funcionalidad material que de afectividad y erotismo. Sin embargo, en términos de la novela, la historia permite resortes para la atracción de los lectores. De manera similar el tratamiento mitificado del tabú borrego, propicia, en la novela, un ambiente enrarecido, pesadoso, maligno, merced al cual los lectores se adentran en ese ambiente, como poseídos

por cierta sensualidad mórbida de origen impreciso. En términos literarios, ambos factores funcionan de manera inmejorable para dar cuerpo a una ficción sólida, con cuya veracidad interior se vibra y apasiona. En realidad el borrego, *constituye uno de los más importantes medios con que cuentan las familias indígenas de los altos para generar ingresos económicos, aparte de ser uno de los valores derivados de la amalgama de las culturas maya y española.. En mucho de ello estriba el hecho de que los borregos se consideren como parte del grupo familiar y hasta les asignan un nombre propio; que las creencias religiosas prohíben el consumo de la carne de las ovcjas; que las pastoras tzotziles le rezan a San Juan Bautista para que no enfermen sus borregos.* (Perezgrovas 1944). Se trata más de una cuestión de carácter económico y no de un tabú, como se maneja en la novela. La novela, sin embargo, mantiene actualidad, vivacidad, un conjunto de experiencias ficcionales, vívidas y sugerentes que ejemplifican una manera de hacer literatura tomando al medio como personaje.

Dice Ramón Rubín acerca de su novela:

*En 1933 ó 1934, hace casi sesenta años, yo trabajaba en la ciudad de México en una de las bodegas con escape del ferrocarril que llamaban de la Harinera. Un chiapaneco de nariz embotada por el trago pero cordial, que fungía allí como velador y platicaba mucho conmigo, me refirió que en su estado, entre las haciendas del Soconusco y los pueblos indígenas de la sierra de San Cristóbal (entonces le decían Las Casas), existía un "camino de la muerte", tapizado con las calaveras y huesos de los indios chamulas que, después de dejar su salud y sus energías trabajando brutalmente en las haciendas cafetaleras del primero de esos lugares, intentaban regresar a sus parajes y pueblos y morían en el camino. Ello me impresionó muy vivamente. Y cuando en 1939, de comisión en la venta de un carro de café en Pichucalco que me pasó otro comisionista mejor relacionado y del pago de mis colaboraciones en **Revista de Revistas** conseguí reunir ciento y tantos pesos, fortuna con la cual se daba entonces la vuelta al mundo, decidí venir a buscar ese camino, en tanto que aprovechaba para hacer alguna relación con los cosecheros de la zona a fin de ayudarles a vender sus productos en la capital, pues incursionaba allí como corredor de granos y abarrotes a comisión.*

Me pareció más conveniente venir en tren y entrar por Tapachula, empezando mi expedición desde el Soconusco. Nadie podía darme razón de aquel tétrico camino. Pero Marciano, un guía con dos mulas que contraté en Escuintla por un peso cuarenta centavos diarios, me aseguró que él podía entenderse con los chamulas, pues había convivido con ellos en la hacienda Hamburgo y que encontraríamos lo que buscaba. No tardé en darme cuenta de que este Marciano no conocía tan bien la región como lo había pretendido y que su conocimiento de los indígenas era bastante precario, pues incluso confundía con chamulas a los tzeltales y a otras razas.

Como en las haciendas del Soconusco tampoco pudimos encontrar noticias de ese camino, decidí llevarme a Comitán, cuyo clima tibio y hermosos campos floridos fueron un alivio confortante después de la sofocante selva costeña. Creo que Marciano me desvió hacia allá por la ilusión de participar en la fiesta de San Caralampio, que se estaba celebrando. Y aunque a ésta acudían muchos indígenas, ninguno pudo informarnos del tal camino. Resolvimos dirigirnos a la sierra fría, por ver si allí dábamos con él. Y por los parajes de San Diego, Nuevo León y otros poblados indios cuyo nombre no recuerdo, pero que me estremecieron por su pobreza y abandono, salimos a Zinacantán, en cuya región había indígenas más pintorescos y orgullosos, aunque igualmente reservados. De allí rodeamos a Tenejapa, Chanal y San Carlos, y fuimos a dar a Ocosingo, donde me informaron que estaba en zona tzeltal, y no chamula o tzotzil que era lo que yo buscaba. Nadie sabía del tal camino. Y como ya mi presupuesto se agotaba, por Oxchuc bajamos a San Cristóbal, desde donde después de otros tres días (e iban diez y nueve de fatigoso cabalgar) regresé a la ciudad de México.

Llevaba frustrada la esperanza de encontrar el mítico "camino de la muerte", pero una gran cosecha de apuntes y recuerdos sobre todo lo original y desconcertante que pude descubrir en ese periplo y no consideré infructuosa la aventura.

En 1948 volví a Chiapas para completar la información que tenía. Mi situación económica era entonces mucho más desahogada, los caminos eran un poco mejores y esta vez pude desplazarme en vehículo, el cual me trajo a Tuxtla y de aquí a San Cristóbal, en

*este último me orienté y fui a conocer Rincón Chamula, y luego la zona de Santa Martha, Simojovel, Pantelhó y otros puntos, tras un recorrido por los cuales me consideré capacitado para volver a México y, en aquella pensión de la calle Ramón Alcázar, ayudado en lo mecanográfico por mi esposa, redactar y corregir en sólo unos cuarenta días lo que iba a ser **El callado dolor de los tzotziles**.*

*Reyes fue el primero en leer el original, manifestándose muy complacido. Entonces costé yo mismo la corta primera edición que se imprimió en aquella ciudad. No volví a saber de Reyes. Sólo me dijo Luis Strempler, que hizo los dibujos, que no mucho después había muerto... Y tal es la historia de ese libro (Rubín, 1993).*

## ROSARIO CASTELLANOS

Nació Rosario Castellanos en la ciudad de México el 25 de mayo de 1925. A los pocos días de nacida sus padres la llevaron a vivir a Comitán, Chiapas, donde habría de transcurrir su infancia y adolescencia. Esta su infancia habría de ser fundamental para el desarrollo de su literatura, una literatura que aporta peculiaridades a las letras de la región y de lengua castellana. Descendiente de una familia consolidada en Chiapas luego de las derrotas inferidas a los invasores del segundo imperio, y de la "pacificación" de los indios a raíz del colapso de la última sublevación, ocurrida en el año de 1869, Rosario Castellanos habría de heredar el universo de relación con los indios y el universo mestizo de sus padres con su consecuente carga de culpa histórica y de la supuesta vocación de conductores y salvaguardas de la civilización. Desde esta perspectiva, nada extraño resulta el que Rosario Castellanos escriba una obra en la que realidad, historia y vida personal marchen de la mano. Y así ocurre hasta con su último texto.

Un primer texto narrativo de Rosario Castellanos, **Primera revelación** (1950) describe los elementos que, surgidos en su infancia, habrán de perseguirla hasta el día del trágico accidente —**lívida luz**— que cegara su vida. El escenario del relato, el antiguo Comitán; el motivo, la vida familiar; las preocupaciones, el problema de Dios, la resolución del temor como vía para la consecución de la libertad y la imposibilidad de comprensión, por diferencias de lenguaje, entre niños y adultos. La familia deviene



a la vez resguardo y cárcel. El horizonte dentro del texto es de límites insospechadamente cortos; ella misma lo diría: *el horizonte no estaba entonces, como está ahora, en las montañas esbeltas que ciñen la ciudad, en el firmamento que extiende su transparencia sin límites, en el río que aprisiona peces minúsculos. El horizonte estaba en las paredes sólidas, en el jardín fragante despeinado por el viento, en la presencia, cercana, de mis padres. El horizonte era también mi hermano.*

El texto en cuestión tiene importancia en la medida en que se significa como punto de partida para una propuesta literaria posterior (**Balun Canán**, o **Los convidados de agosto**) y en la medida en que da cuenta de las obsesiones fundamentales de su obra.

Entre los estudiosos **Balun Canán** (1957) representa el punto de partida de su obra narrativa. Narra, ubicando los acontecimientos en la época de la reforma agraria cardenista, el acelerado fin de una familia terrateniente que enfrenta un gobierno procampesino, el despertar y el levantamiento de sus peones *tojolabales*, *la maldición de los brujos indígenas* (Lienhard, 1990). Vivido en carne propia, el suceso trastocaba su vida, toda vez que despojaba a sus padres, lo mismo que a todos sus parientes y a los miembros de la sociedad con que se relacionaban, de sus haberes y propiedades. De la noche a la mañana enfrentaban sucesos que ponían a sus antiguos peones como poseedores y a ellos peor que si fuesen peones desposeídos. En el caso personal de Rosario este hecho la obligaba a una respuesta: conciliar el mundo indígena acunado en su infancia merced a los cuidados de su nodriza, por un lado, (al mismo tiempo que conciliaba la contradicción histórica familiar de dominio mestizo sobre el indígena), y superar la ambivalencia representada por la relación con su hermano, por otro, en tanto los varones son los realmente importantes dentro de la economía de hacienda; resuelta la contradicción, podía entregarse al universo lingüístico, como síntesis y posibilidad de realización. Para sus padres, en cambio, el reparto agrario significaba una injusticia histórica, toda vez que los patricios fundadores de la sociedad chiapaneca, y de su familia, eran precisamente quienes detentaban el poder agrario merced a su intervención en las guerras imperiales y de pacificación. La novela pone en juego todos estos elementos desde los ojos de la nostalgia, pero sobre

todo, desde los ojos de la perversión decimonónica que significaba la libertad en sentido ontológico: tomar la vida en las propias manos y más si se trataba de una mujer. Esta novela permite a Rosario Castellanos meterse en la literatura como en la elección de un destino, y dedicarse a ella de tiempo completo. La tierra perdida por su padres deja de importarle. Ha encontrado su propia tierra: el lenguaje que es como un "barro" con significaciones precisas (aparte de su significado genérico) dentro de un contexto y sentido comunitario: el de su familia. Podía marchar segura; podía permitirse ocupar el papel del hermano, cuidando de sus padres, como bien parece indicarlo ese otro texto temprano **Tres nudos en la red** (1960).

*La primera y la tercera partes de la novela retablo que es **Balun Canán** se cuentan a partir de la perspectiva directa de una niña ladina, hija de hacendados. Las condiciones ficticias de la producción del texto se aproximan por lo tanto, salvo en cuanto a la edad de la narradora, a las reales: una autora ladina, hija de hacendados también, que escribe sobre el mundo indígena y ladino. Esta situación narrativa sufre, sin embargo, una serie de derogaciones o inconsecuencias. Por un lado, la niña testigo es capaz de reproducir, sin teñirlos de su visión infantil, discursos de adultos ladinos e indios, como también cartas y otros documentos escritos. El discurso narrativo trabaja, entonces, con dos perspectivas narrativas distintas aunque indisociables: la infantil de la niña, y la adulta de una especie de "cronista".*

*En el capítulo I/18, la narradora lee un cuaderno que se supone escrito —¿en español?— por el "hermano mayor" de la tribu de Chactajal para los miembros de la comunidad. Algo inverosímil, este texto actualiza las resonancias de los textos mayas antiguos y la forma de los "títulos" genealógicos escritos (cf. cap. II y III) que las élites indígenas coloniales presentaban ante las autoridades españolas para justificar sus reivindicaciones. Para convocar la presencia del discurso indígena, Castellanos se remite pues, a la textualidad maya colonial, ya convertida en "literatura". Muy ilustrativo, en el mismo sentido, es el propio comienzo de la novela: el discurso de la nana (niñera) tojolabal que abre el relato aparece como la continuación del epígrafe, (cita de un camucú —canto de despedida—) del **Popol Vuh**. El supuesto discurso*

*tojolabal moderno extrae su poética y prosodia de la traducción de un texto quiché que data de varios siglos. Y con sus narraciones mítico-legendarias, por otra parte, la nana forma el pensamiento literario de la niña narradora. Todo contribuye así a crear la ilusión de una genealogía de discursos que empieza en los textos mayas coloniales para desembocar en un relato novelesco que lleva consecuentemente, un título indígena: Balun Canán - los "siete guardianes", nombre de una constelación estelar y antiguo nombre de la ciudad de Comitán. No sólo la primera, sino las tres partes de la novela se abrigan —como en **Canek**— detrás de un epígrafe maya sacado, además del **Popol Vuh**, del libro de **Chilam Balam** y de los **Anales de los Xahil**. El acercamiento al discurso indígena pasa ante todo, pues, por la apropiación de textos ya escritos y traducidos.*

*Más compleja que en las partes laterales resulta la situación narrativa en la parte central, que cuenta los momentos más dramáticos en el enfrentamiento indios/ladinos. El discurso oscila, por una parte, entre una perspectiva omnisciente ladina y otra indígena; por otra, se acerca a toda una serie de personajes ladinos e indios, cuyo discurso aparecerá bajo forma de diálogo, monólogo interior o discurso indirecto libre y, de nuevo, como memoria indígena escrita (Lienhard 1990).*

Desde la perspectiva de la autora **Balun Canán** es una obra con limitaciones estructurales y técnicas. Dice de ella: *Está dividida en tres partes. La primera y la tercera, escritas en primera persona, están contadas desde el punto de vista de una niña de siete años. Este hecho trajo consigo dificultades casi insuperables. Una niña de esos años es incapaz de observar muchas cosas y, sobre todo, es incapaz de expresarlas. Sin embargo, el mundo en que se mueve es lo suficientemente fantástico como para que en él funcionen las imágenes poéticas. Este mundo infantil es muy semejante al mundo de los indígenas, en el cual se sitúa la acción de la novela. (Las mentalidades de la niña y de los indígenas poseen en común varios rasgos que las aproximan). Así, en estas dos partes la niña y los indios se ceden la palabra y las diferencias de todo no son mayúsculas. El núcleo de la acción, que por objetivo corresponde al punto de vista de los adultos, está contado por el autor en tercera persona. La estructura desconcierta a los lectores.*

*Hay una ruptura en el estilo, en la manera de ver y de pensar. Esa es, supongo la falla principal del libro. Lo confieso: no pude estructural la novela de otra manera* (Carballo 1965).

Libro intermedio, **Ciudad Real**, resume la visión, actitud y posición de la autora en un momento muy específico de su vida: la vuelta a Chiapas y su enfrentamiento a formas menos bucólicas de relación entre mestizos e indios. Merced al discurso socialista de la época pretende el enjuiciamiento de esta relación, mostrando magnificadamante los sucesos que supuestamente ocurren en cualquier centro rector o de intercambio cultural, *hinterland* como dirían los antropólogos. Los periodos históricos se entremezclan: no se sabe si lo contado ocurrió cuando trabajaba Rosario para el INI, si fue antes o si ocurre ahora. El carácter universal que se propone de esta condena alcanza, por las dificultades literarias mismas, a ceñirse a la Ciudad de San Cristóbal (Ciudad Real) exclusivamente. No resueltas las mediaciones artísticas este libro de cuentos se diluye con el tiempo y difícilmente podría permanecer documento (etnográfico) de época. Gana en él el discurso ideológico de la época. Cree profundamente en el Instituto Nacional Indigenista y en la actividad que por entonces se planteaba tratando de "integrar" al indígena. Considera que si los indios todavía no se encuentran dentro de la nación mexicana y viven gravitando en torno a sus formas tradicionales y su miseria, se debe única y exclusivamente a la relación perniciosa con los ladinos, como lo mostraría ejemplarmente **Ciudad Real**. Recurre, entonces, al artificio de crear un mundo en que la maldad hacia los indios sería la fuerza motriz de la sociedad, eliminando cualquier otro tipo de contradicción. Como si en ese pequeño cosmos no se manifestara —de manera brutal si se quiere— las mismas determinaciones de la sociedad global. Como si la vida urbana de la autora la hubiera "civilizado" y volviera con espada flamígera a derribar entuertos y purificar la sociedad. En todo caso el sentido ficcional y literario del texto se halla malogrado por exceso lingüístico y retórico.

Luego de los tres trabajos comentados, en los que el mundo indígena señorea, Rosario Castellanos publicó dos colecciones de cuentos bajo los títulos **Los convidados de agosto** (1964) y **Album de familia** (1971).

En ambos casos el tema y la forma cambiaron. **Los convidados de agosto** resulta, quizás, su mejor libro. La buena factura, el dominio lingüístico, la lucidez intelectual y el manejo de la ironía marchan de la mano con el ansia de la vida. Se trata de un libro vivo. Los odios, las otras pasiones humanas ya no son míticos cuanto encarnados, encarnados en personajes-seres vivos. Personajes, además, que se desplazan acordes con su vida, libres, no ceñidos a las determinaciones o preocupaciones del autor. Al autor por otro lado, tampoco parece importarle ningún afán didáctico o pretensión literaria. Cuenta. Como diría Carballo: *ya no tanto demuestra cuanto muestra*. Y muestra no el mundo conflictivo de su interior sino el mundo extraño, curioso, equívoco de su ciudad de origen: Comitán.

**Album de familia**, por su parte, le sirve como ejercicio de crítica de la vida cotidiana, de ese otro mundo suyo que eligiera y que tantos pesares le causara: el de los intelectuales y artistas. La infidelidad conyugal, las relaciones abiertas de pareja, los todavía espacios exclusivos de la mujer, como la cocina, las disgregaciones y hasta frivolidad propias a este tipo de ambientes, los fines de semana con sus secuelas de hastío, la envidia y el narcisismo se cuentan entre los personajes que componen los cuentos de este libro, por otro lado desigual pero necesario para la literatura feminista. Entre la farsa, el relato y el ensayo, este último texto narrativo da muestra de una mujer, cuya *inteligencia, coherencia y aptitud para las letras estuvieron por encima de casi todos los miembros de su generación* (Carballo 1965).

## Carlo Antonio Castro

Lingüista, filólogo, hombre de vasta erudición y de generosidad similar, Carlo Antonio Castro (1926) publicó una única novela, a raíz de su experiencia en Chiapas: **Los hombres verdaderos**. Dedicado de manera plena al trabajo del Centro Coordinador Tzeltal-Tzotzil, cuando sus inicios, cuando la preocupación fundamental devenía en la *integración de los indios a la cultura nacional*, Carlo Antonio Castro puso su formación y sus cualidades en juego. A más de *Los hombres verdaderos*, publicaría un libro de **Narraciones tzeltales de Chiapas** (1965) y el recuento educativo

**Sk'oplal te mejicolum (La palabra de México)** (1986), edición facsimilar del periódico del mismo nombre, creado por él, con una existencia de 17 números, a lo largo de dos años: 1956 y 1957. En la revisión de ambos trabajos es fácil apreciar una doble vertiente de preocupación en Carlo Antonio Castro: la didascálica y la etnográfica. Desde la vertiente didascálica puede observarse, en el periódico, la presencia de temas lo mismo cívicos que geográficos, históricos o de asuntos prácticos. Así, puede saberse en torno a la celebración del Primero de Mayo, de La Constitución de 1817, o de Nosotros y nuestro país, de los lacandones, o bien de las cooperativas o de la castración o capadura de los potros. Desde la vertiente etnográfica, encontramos a un Carlo Antonio Castro meticuloso en la recolección bilingüe de relatos y cuentos tradicionales, y a tanto, que, indudablemente, llega a ser el filólogo más importante de la lengua tzeltal. Didascalia y etnografía, vertientes las dos definitorias de esta personalidad singular, hallan su síntesis literaria en la novela **Los hombres verdaderos**. Pareciera como que Castro tuviera la misión de traer a los indios los beneficios de la civilización y, a la vez, traer al mundo civilizado, a través del aparato literario, los aportes fundamentales de una cosmovisión y comprensión indias. Apenas en las postrimerías del proyecto de la Revolución Mexicana, **Los hombres verdaderos** es la muestra literaria de una apuesta a la construcción de un país igualitario, de una nación de configuración íntegra, en cuyo seno, no obstante, juegan y dialogan la imaginación de lo diverso y las expresiones varias de las lenguas y del lenguaje. El eterno paria hacia las aguas lustrales del proceso libertario iniciado en 1910. El INI, en Chiapas, el INI será la nave para arribar a buen puerto y en ese puerto refulgir con los demás. Años más tarde diría Benítez *que los miembros del INI (eran) los únicos que los defienden (a los indios) y se esfuerzan en quebrantar la estructura feudal de Chiapas* (Benítez 1963).

Buena parte de lo señalado sobre **Juan Pérez Jolote** es también aplicable a **Los hombres verdaderos**. Una adición complementaria a esta nota pero siempre una adición versada será el comentario especializado de Martin Lienhard:

*En un cierto sentido, el mejor ejemplo de la etnoficción latinoamericana sería sin duda la poco conocida novela **Los***

**Hombres verdaderos**, de Carlo Antonio Castro, antropólogo y lingüista de los maya-tzeltales del oriente de Chiapas (México). Todo el texto es un discurso autobiográfico ficticio de un joven indio tzeltal de la época cardenista, cuyas formas lingüísticas y poéticas, hasta donde el lector es capaz de afirmarlo, recrean en español el universo discursivo de este grupo étnico relativamente importante. Ahora, este discurso etnoficcional, sin duda el más logrado en términos lingüísticos, está claramente al servicio de dos objetivos: la descripción etnográfica casi enciclopédica de una comunidad indígena, y la defensa práctica, poco disimulada, de la política agraria —integración de los indios al campesinado nacional— inaugurada por Cárdenas (que excluye, naturalmente, la elaboración de una utopía basada en los valores del "otro"). Estas características, que no reducen el valor de **Los hombres verdaderos** ni lo excluyen de la corriente etnoficcional, lo alejan a la vez tanto de la tradición europea como de las tendencias más típicas de este discurso literario.

**Los hombres verdaderos**, a la par de Juan Pérez Jolote, introduce una novedad decisiva en la narrativa del área maya: un discurso "indígena" de apariencia auténtica, puesto en boca de sendos narradores autobiográficos. Los dos textos presentan la autobiografía de un individuo "maya", tzeltal (LHV) o tzotzil (JP). Ambos combinan la evocación de las peripecias de su vida con una descripción etnográfica apenas narrativizada de los ritos de pasaje (nacimiento, matrimonio, muerte) y del ciclo anual que marcan la pauta de la vida comunitaria. Paradójicamente, el discurso testimonial de JP ofrece mayores desarrollos "novelescos" que el discurso ficcional de LHV, que se ciñe a lo "verosímil". Si bien es cierto, como se suele decir, que la realidad supera siempre a la ficción, nos toca preguntar qué, en estos textos, es "real" o "ficticio" ¿En qué consiste, en el fondo, la diferencia entre discurso testimonial y etnoficcional? Según el sentido común, el primero se limita a reproducir por escrito un discurso oral que fue realmente pronunciado, mientras que el segundo inventa un discurso oral ficticio. Ahora, la intervención creadora que acompaña, en los dos casos, el traslado del discurso indígena a la escritura, no permite aceptar tal respuesta categórica; ambos discursos narrativos representan un trabajo de recreación escritural del discurso oral. Pese a las

apariencias, la narrativa testimonial, no sólo por la necesidad de presentar un texto orgánico, sino también por las características de su producción (ante todo la existencia de preguntas anteriores al discurso), no garantiza la fidelidad al discurso indígena tradicional. En pocas palabras: ella recompone fragmentos de un discurso oral que no hubiera sido pronunciado sin la intervención del antropólogo.

Se impone pues, la introducción de otro criterio para diferenciar los dos discursos: el del "contrato" que las normas del género establecen entre el autor, el propio texto y su lector. En líneas generales, el contrato testimonial estipula que el texto no ofrezca sino materiales transcritos a partir de las declaraciones del informante, pero admite ciertas libertades, mal definidas, en la forma de presentarlos. No existe, en cambio, ninguna cláusula que exija la representatividad social del informante. El lector que se compromete a creer en la honestidad intelectual del autor. No se debe suponer, entonces, que el informante de Pozas haya pronunciado alguna vez su autobiografía tal como figura en el libro, ni que su discurso sea necesariamente representativo para la cultura tzotzil.

El contrato etnoficcional moderno, por otro lado, no admite que el autor invente libremente todos los elementos de la narración. Las descripciones etnográficas deben ser fidedignas, los personajes y sus actos verosímiles, además de representativos, en el contexto de la cultura elegida. La recreación del discurso indígena debe apoyarse en un conocimiento entrañable del pensamiento subyacente. El lector, a su vez, admite que "los personajes y sucesos no guardan ninguna relación con personas o sucesos reales", como reza el comentario final de muchas obras cinematográficas.

A partir de toda la riqueza de su conocimiento antropológico, especialmente lingüístico-literario, Castro elaboró un discurso indígena verosímil en su contexto, moldeado en unas imágenes y una sintaxis que trasladan al texto en español las particularidades de una percepción supuestamente tzeltal. La novela reproduce una serie de discursos codificados (narraciones) cuya autenticidad se puede comprobar, hasta cierto punto, al parangonarlos con los textos recopilados y publicados en versión bilingüe por el mismo autor. La lectura de la novela da la impresión de vivir paulatina-



mente, instalado en la conciencia de un individuo fuertemente identificado con su colectividad, la transformación actual de la sociedad regional. Aunque el lenguaje suene "auténtico", el lector no lo percibe como una voz viva, sino más bien como un monólogo interior. No deja de notar, también, un cierto artificio en la presentación casi exhaustiva de las prácticas de la comunidad, improbable en un relato oral. (Lichard 1990).

## **Eraclio Zepeda**

A lo largo de más de treinta años Eraclio Zepeda (1937) ha llevado a cabo una obra cuentística consistente y madura, sin desperdicios. Tres libros de cuentos: **Benzulul** (1959), **Asalto nocturno** (1974) y **Andando el tiempo** (1982 y 1983) constituyen el corpus eraclidean. Puede haber quien piense en esta producción como escasa, sobre todo si se recuenta el lapso entre una publicación y otra, pero desde el punto de las implicaciones narrativas de cada uno de estos libros guardan la proporción debida a la hondura debida.

Con **Benzulul** (1959), pequeño libro de cuentos publicado tres años antes de **Oficio de tinieblas**, Eraclio Zepeda revoluciona profundamente la escritura "indigenista" y "etnoficcional" del área maya. Su punto de partida, que determinará las características principales de su mundo narrativo, es una nueva interpretación de la figura social del "indio".

Los personajes de Zepeda, ahora, ya no son "indios" sino campesinos: una categoría de campesinos mexicanos que conserva o actualiza ciertos comportamientos de origen "indígena". La decisión de convertir a los "indios" en campesinos, fundada en una observación que va confirmada por ciertas investigaciones recientes, provoca, en el campo de la estética literaria, unas consecuencias importantes. Ver a los "indios" bajo su aspecto de campesinos significa negar su exotismo y contribuye a disminuir la distancia entre el escritor y sus personajes. En tanto que campesinos, en efecto, los "indios" hablan español —aunque conserven, para determinadas circunstancias, su idioma ancestral; su universo intelectual, rural y arcaico pero no "indígena", deja de ser radicalmente "otro" con respecto a un universo intelectual provinciano.

Desde luego, la simple decisión de convertir a los "indios" en campesinos no resuelve, de por sí, los problemas de la ex etnoficción o "agroficción". Todo depende ahora de la capacidad del autor para inventar un lenguaje artístico que traduzca convincentemente las implicaciones de la nueva estrategia. Zepeda elabora el lenguaje de los indios-campesinos no a partir de textos escritos antiguos (Asturias, Castellanos), ni a base de la sintaxis y las imágenes de un idioma indígena actual (Castro), sino tratando de potenciar artísticamente, como Rulfo, un sociolecto hispánico rural. El compromiso con la literatura, cuando ésta logra elevar "a la más alta categoría artística el difícil lenguaje del pueblo", como escribió Arguedas acerca de Rulfo, resulta sin duda el mejor compromiso con los oprimidos que un escritor puede realizar.

La mayoría de los cuentos de **Benzulul** alternan el discurso de un narrador "anónimo" con el discurso, directo o interior, de un protagonista; es altamente significativo que los dos se distingan casi sólo por el cambio del pronombre: él/yo. El narrador, por lo tanto, se halla mimetizado en un universo lingüístico que lleva todos los signos de lo oral y lo "popular". Desaparece así la oposición de registros (discurso indígena/discurso ladino) que caracterizaba las novelas de Castellanos; disminuye la distancia entre un discurso indígena ficcional y el probable horizonte discursivo del lector (Castro).

Si el lenguaje narrativo es un sociolecto rural artísticamente elaborado, la cosmovisión expresada, otra vez como en Rulfo, es la de un campesinado sin duda arcaico, pero ya no protegido por la organización comunitaria de las subsociedades indígenas. Cada personaje se encuentra (como en Rulfo...) solitario y aislado frente a la violencia omnipresente y arbitraria de los abigeos, los funcionarios, las fuerzas represivas. El pensamiento antiguo, actualización de núcleos de origen indígena, carece de eficacia en este contexto "desindigenizado", aunque resulte, a los ojos de los protagonistas y sus dobles, los narradores, capaz de explicar —pero no de transformar— el mundo. El cuento **Benzulul**, por ejemplo, no niega que el poder del abigeo Encarnación Salvatierra radique en su patrónimo español (variante de la difundida creencia maya según la cual los ladinos poseen un nahual más poderoso que los indios), pero **Benzulul**, al sustituir el patrónimo "fuerte" del

*abigeo por su apellido maya, incurre en la venganza asesina del ladino. En **Patrocinio Tipá**, el hecho de que una urraca se llevara, al nacer el personaje, su cordón umbilical, impide que sus padres lo entierren como lo exige la costumbre y explica, así, los desastres en cadena que sufrirán él y su familia; pero este saber no permite evitarlos. Un esquema análogo rige la mayoría de los cuentos. Los códigos indígenas todavía respetados por estos campesinos resultan, pues, un obstáculo para una verdadera toma de conciencia. Los "indios" han sido abandonados, para siempre, por sus "dioses".*

*En todos sus niveles, **Benzulul** señala el fin de una época y de una práctica literaria. Por encima de los despojos de los indigenismos y la etnoficción ladinos, el discurso narrativo de Zepeda, aparentemente pesimista y destructivo, construye su propio signo artístico, irreductible a las sucesivas ideologías ladinas (Lienhard 1990).*

Lo anterior aparte, y en relación con el capítulo en general, es necesario dejar atrás la caracterización de literatura indigenista o etnoficcional. No puede no pensarse desde este tipo de caracterización en el hecho de una distancia discriminatoria hacia los indios que alcanza a los niveles mismos de la literatura y del arte. Es verdad que Eraclio Zepeda, como algunos otros, han tomado el mundo indio como parte sustancial de su relato, pero lo han hecho porque ese mundo es el que les despierta la trama de lo humano y sus pasiones, propósito de su ejercicio literario; es el mundo que de alguna manera han tenido a mano. En otra dimensión, Isak Dinesen, por ejemplo, ha escrito en torno al Africa y a sus pobladores originarios y no ha sido calificado su trabajo ni de negrista ni de etnoficcional, como tampoco ha sido calificada así la producción de Toni Morrison creadora, también, de ambientes y personajes negros. Lo que Eraclio Zepeda ha hecho en **Benzulul** es buena literatura, simple y sencillamente. No dejarán de ser memorables las situaciones de **Quien dice verdad** o de **Vientooo**, por citar sólo dos momentos de la experiencia humana en vilo. De principio a fin es **Benzulul** un libro redondo. Juega Zepeda en él con la ficción de hacer un libro para ser contado, oral. Juega. La construcción del cuento tiene eso: una suave sensación alada en cuyas redes el lector aposenta, se siente en capacidad de apropiarse aquello y luego por su cuenta narrarlo, por muy torpe que para

tal ejercicio se reconociere. Esta es virtud en **Benzulul** y en todos los cuentos de Zepeda: pueden ser contados de viva voz por cualquiera que se los haya apropiado. Lo cual quiere decir que primero existieron escritos y después en la oralidad, y no a la inversa.

**Asalto nocturno** es igualmente una colección de cuentos bastante bien lograda. Acaso alguno de los textos guarde desproporcionada fabulación pero una línea de sensación atraviesa el libro, la sensación de placer y gratuidad propia de la literatura en su mejor expresión. La mejor expresión del eficiente y soberbio narrador que es Eraclio Zepeda la podemos encontrar en el libro **Andando el tiempo**. Para ejemplificar de alguna manera detengamos nada más en dos textos de temática similar: el oficio castrense, incluidos, cada cual en los dos últimos títulos del autor.

En el cuento **Asalto nocturno** puede uno percatarse de que la acción ocurre en el medio urbano. La Ciudad de México puede ser, pero también cualquiera otra ciudad donde exista el internado de conscriptos o de cadetes. Llama en este caso la atención el tedio, o mejor, vacío en la relación humana a que conduce la vida encerrada, ordenada, muy similar a la insuficiencia y vacuidad de la vida individual cuando carece de apertura y, digamos, desorden. Se topa entonces con la desolación. La única posible solución, para el actor, ante el hecho es el de recurrir al pasado. El futuro es el territorio de la libertad.

En **Los pálpitos del coronel**, de la colección **Andando el tiempo**, la acción ocurre en el campo, en tiempo de los carranclanes. Aparentemente se trata del campo chiapaneco pero igual podría ser Veracruz, Jalisco o cualquier lugar al que hubieran llegado los carrancistas. Es contada aquí la pasión de la temeridad: el valor y el miedo como unidad indisoluble en el instante. Entre ambos sitiales se desliza el abismo, el del sinsentido. Algo parecido a lo experimentado por toreros tan singulares como Luis Procuna, o como el más literario de todos: Juan Belmonte.

A pesar de las distancias entre un cuento y otro, les une, aparte de la temática, la preocupación por el tiempo. De alguna manera los dos cuentos guardan circularidad: cuando finaliza un momento recomienza su ocursio. Cuando en **Asalto nocturno** el egresado rememora el suceso del que fuera parte es porque ya es actor en la repetición del mismo y ya aparece el cadete que luego

tomará la estafeta. Igualmente cuando en **Los pálpitos del coronel** el Coronel rememora sus nostalgias y miedo es porque ya está por entrar en batalla, y de nuevo en nostalgias y miedo, y de nuevo en batalla... hasta cuando el ciclo algún día se rompa.

El manejo circular del tiempo que Eraclio Zepeda lleva a cabo en estos dos cuentos, deja sentir su maestría como narrador, lo propositivo de su trabajo, un trabajo variado y galano, en pos de cuyas frases, renglones, se recrea el ánimo humano, destino cierto de la literatura.

## LA NUEVA NARRATIVA

Luego del llamado *Ciclo de Chiapas*, un ciclo narrativo pródigo que floreció a consecuencias de los anhelos revolucionarios y desde la perspectiva de las relaciones interculturales, propiciadas por el indigenismo de entonces, el espectro narrativo declinó. Un silencio largo fungió como preámbulo del fruto ominoso que más tarde viviría Chiapas: el alarmante incremento del analfabetismo, hasta su tope en el sesenta por ciento de la población actual. No pues el campo de *Académicos* expandió sus maravillas sino el de la masificación y junto con ella, el de la improvisación. Quienes a más aspiraban no hubieron sino el destierro, temporal o definitivo. Muy tardíamente fue fundada la Universidad Autónoma: cuando los vicios de la improvisación y del desmán sentaban sus reales y domesticaban conocimiento y pensamiento con la aspiración de un aldeanismo como horizonte pródigo; cuando ya los mejores artistas, intelectuales y académicos holgaban su obra propia y su talento en latitudes ajenas a la aldea. Así vamos, día a día, con escritores mucho más crecidos al vapor —varas de paja entre medio del vendaval—, orondos de fama, en el culto de una personalidad maldita, o malita más bien, satisfechos en el conocimiento exhaustivo de las letras alcanzado en algún taller. Ni riesgo, ni novedad; el terruño y su capital —urbe deslumbrante—, ubre es, y generosa, para amamantar sueños e inspiración.

Al medio del desastre, sin embargo, ha crecido un árbol de formas y palabras. De su tronco los renuevos guardan cierta consistencia. En ellos detendremos.

Comienza el nuevo ciclo un escritor de la costa, acaso el más prolífico de los escritores de Chiapas. Roberto López Moreno (1942) quiso comenzar su oficio narrativo donde concluyó **Oficio de tinieblas**. Parentela de los seres derrotados merodea la maraña triste de **Las mariposas de la tía Nati** (1973) o de **El Arca de Caralampio** (1985), en un afán de prolongar el tiempo mítico de la sublevación. Mas mito y tiempo escapan al buen hacer de López Moreno. Acaso por desconocimiento de las dinámicas de la serranía. Como ecos para la costa llegan las nociones de chamulas, de indios. Escasa la sensibilidad para la diferenciación cultural y de sus contenidos. El espacio, entonces, de **Las mariposas de la tía Nati** guarda ambivalencias, propicia dejos de inverosimilitud literaria.

A pesar del interés de **Las mariposas**, de la intención de su autor, no se logra continuidad; es otra la vida. Quizás **Las mariposas** necesitó de mayor amplitud, un aliento mucho más concatenado con la monocorde música de Los Altos. Deja un tanto de expectativa. No disminuye su mérito. Libro bien escrito, nos muestra ya al buen narrador que hay en López Moreno. Su pasión oscila entre la indignación por el conflicto y el gusto por la vida. Del asombro ante las actitudes heroicas se desplaza al asombro por la naturaleza y su fauna, el asombro por lo vivo en cuantos mundos a los ojos de los hombres. A la mezcla de fabulación, de lenguaje, de gozo y de dolor, patentes en **Las mariposas**, López Moreno suma un arte narrativo ágil donde emoción y ritmo también figuran como personajes. El mismo arte narrativo alcanza depuración, aristas de transparencia en **El Arca de Caralampio** verdadero paseo, universo de una fauna creada a base de imaginación.

Pero si ritmo, imaginación, terruño, construyen el primer universo de López Moreno, la ciudad, la maraña de la ciudad le cautiva, le regala sus meandros, casi como orificio por el cual insertar las varillas para edificación novedosa.

No para mientes López Moreno en frágil cimentación. Aventura el universo citadino, sus entretelones. Las atarjeas parecieran entregarle un lenguaje y lo retoma y se construye con él y construye un universo no siempre lúdico, más bien dolido, abominable, campo de la degradación. **Yo se lo dije al presidente** (1982) se inscribe en la tradición revueltiana, "moridora" por usar el

término de Escalante, aunque sin el afán oblativo o redimista. En Revueltas, junto al discurso, se da cita la mirada cruda pero compasiva merced a la cual asistimos siempre o casi siempre al instante afortunado en que se muestra el rostro humano de los personajes, por más degradación en ellos. En López Moreno la mirada es aún menos compasiva. Sus personajes no tienen salida no solo social, pero mucho menos humana. La herencia humanista de Bernanos, Mauriac y Revueltas privilegia el instante de lucidez, de integridad, como condición —pero además siempre presente, (gracia actual, la llamarían los cristianos)—, para el rescate de lo noble en el ser humano. En López Moreno el acaso remoto modo, no de humanidad, quizás de consuelo, mira relación directa con el conocimiento del entorno propio, y el actor como parte del entorno, para formar así un universo con orden interno preciso, que vuelve cierta racionalidad a la sin razón del conjunto externo. El pequeño asombro (pulsión y conocimiento) transmutado en gran asombro es la clave de toda **Creación** (título de uno de los cuentos), a pesar de los límites del lenguaje, no siempre fortuna en **Yo se lo dije al presidente**.

En la **Antología de la narrativa mexicana del siglo XX** dice Christopher Domínguez Michael, a propósito de este narrador, lo siguiente:

*Un escritor nacido en la provincia: Roberto López Moreno (1942), otro de los discípulos de Revueltas, (es un) autor igualmente interesado en la corrosión de lo humano que en la vida de los animales. "La creación" forma parte de los cuentos de **Yo se lo dije al Presidente** (1982), galería de retratos urbanos cuyo signo es la desesperanza y la marginación. López Moreno resume lo que en **Si muero lejos de ti** o **Cristóbal Nonato** son cosmovisiones o predicciones del desastre. Para este narrador el mundo urbano cabe en ese edén negativo que es el tiradero o basural, inventario de los desechos orgánicos e inorgánicos, séptimo día en el final de los tiempos.*

*La ciudad ya no produce héroes como los de Usigli, ni alegres paseantes como el de Novo ni testigos áulicos como Ixca Cienfuegos. El pepenador de López Moreno es un residuo del Aquiles Alcázar de Salazar Mallén. Pero éste es abandonado por los suyos en el Zócalo mientras que en "La creación" el personaje,*

si así puede llamársele, es una sombra que dimana más de los objetos que de los sentimientos. Depende estrictamente de esos desechos a los que da inaudita y estática coherencia. Más que humano es un resultado de la partenogénesis, un espantapájaros genético.

Narrativa sin nuevos héroes, incapaz de generar las condiciones de una negatividad, la de la ciudad de México recurre sin cesar a los mitos populares explotados por los medios de comunicación masiva. Como en López Moreno ("El Kid"), personajes como el boxeador tienen una enorme incidencia no sólo en teatro y cine sino en narrativa. Autores tan diferentes entre sí como Rafael Ramírez Heredia (1942) y José Joaquín Blanco (1951) encuentran allí la última o única posibilidad de encarnar literariamente a los mitos colectivos. El asesino virtuosamente fallido de **Ensayo de un crimen**, como el detective al servicio de las causas sindicales en *Taibo II*, son concesiones a dos élites, una en extinción —la "aristocrática"— y otra en auge y democrática. Pero López Moreno, Ramírez Heredia o Blanco sólo encuentran en el eterno "campeón sin corona" el filtro luminoso capaz de comunicarlos con la tradición del héroe novelesco.

El boxeador —en un país donde los deportes de equipo están condenados al fracaso— es la estrella capaz de congrega a un grupo de escritores cuyo desasosiego es la desaparición de una noción aceptable y modernizada de "pueblo". Sus boxeadores son los últimos guerreros. No sólo eso. Esa figura permite reencarnar el periplo nacional y popular del Napoleón literario. Literalmente a golpes, esos descamisados representan la vanguardia heroica de un pueblo llano degradado por el anonimato urbano.

La capacidad de mimetizar el lenguaje popular devino en una práctica técnica obligatoria. Más aún, se aceptó naturalmente que la única ideología narrativa que la ciudad podía expresar a través de sus escritores era el lenguaje, auténtica expresión del alma ciudadana. López Moreno, Ramírez Heredia, Armando Ramírez (1945) y Emiliano Pérez Cruz (1955) son sólo la cabeza visible de ese grupo de prosistas para quienes la vida de la ciudad se mide en el índice de la intensidad vernácula. Superaron con mucho a Garibay o a José Agustín en la liberalidad de su registro y sin duda han enriquecido la pluralidad léxica de la narrativa



mexicana. Lo que es dudoso es que hayan logrado, en conjunto, elevar la comprensión novelesca de la ciudad. Han impuesto un modo de acceso multitudinario a la escritura, que por su facilismo impostado y desde los talleres literarios, ha rebajado el nivel creativo de la ficción en México. Han gozado, siguiendo a Bloom, del aplauso de la crítica y del consumo del público. Para la primera, culposa de ya no poder expresar deliberadamente su compromiso ideológico con la noción romántica de "pueblo", resultaron un alivio. Para el segundo, ávido de superar, dado el crecimiento del público lector, las ostensibles limitaciones de la comunicación de masas, abrieron la posibilidad de una identificación más letrada con sus propios y desvalidos mitos (Domínguez Michael 1991, vol. II).

Carlos Navarrete (1932) con toda la generosidad que ha mostrado por nuestro estado en términos de arqueología y de rescate de las tradiciones populares, nos ha entregado una obra literaria ejemplar: **Los arrieros del agua** (1984). En el lenguaje llano de la región central de Chiapas, desde un narrador enteramente popular, esta novela construye frase tras frase su relato. Mostrando la variedad de emociones del ser humano, todo lo contempla con una mirada tierna y plagada de humor. La biografía de un arriero es universo vasto y escenario suficiente para el transcurso del inventario cabal de las pasiones humanas. Nada en el ser humano deviene insignificante, pareciera decirnos, o a la inversa: todo es insignificante como no sea el hombre, impulso y decisión firme. Pasiones, virtudes, vicios, nada tiene dimensión extraordinaria para el andante, para el arriero en nosotros: apenas tamaño justo, apenas pequeña huella. A diferencia de los arrabales de la ciudad, sitios donde se muestra la cara infamante del progreso, la ya lejana provincia aún parecía conservar las claves para la realización plena. El ejercicio entendido y placentero de múltiples oficios y artes, el dominio del conocimiento práctico, la ductilidad del arte como bien ritual, la noción de pertenencia y comunidad, la armonía ante uno mismo y ante la naturaleza, generan lo imposible en la ciudad: el hombre sabio.

El hombre sabio existe aún en los sitios donde la vida guarda concordancias para con la terrenalidad. La tierra que todo lo ve surgir, esa entraña de donde provienen naturaleza y asom-

bros, es una como daga en el corazón del hombre. A semejanza de Abraham cuando el llamado, el hombre, el arriero, parte en pos de una especie de promesa, indefinible, inasible en un principio. A semejanza de Abraham, deja tierra y lugar y casa de los padres en pos de una tierra que se mostrará nueva, engrandecida, plena de bendición. No importa, si como en el caso del héroe humilde de **Los arrieros del agua**, en la epifanía de la novedad, la tierra muestra una entraña donde igual habitan el demonio y la lucha contra el demonio, las almas y la cárcel de las almas, el amor junto con el despecho amoroso, el odio, la venganza y el crimen. Viviendo en intensidad cualquiera de sus pasiones, cualquiera de sus pulsiones, el hombre alcanza cabalidad, pareciera decirnos el arriero de **Los arrieros**, al cabo de sus andanzas. En pasiones y en pulsiones el hombre crece a la estatura cabal de sí: hijo de la tierra. Del humus emerge y hacia el humus vuelve: humilde y amoroso.

Es **Los arrieros del agua** un relato enternecedor y violento. Relato como es, brota de los labios del narrador, de la pluma del escritor, como el agua brota de la mitad de una peña, soleada y umbría: transparente y fresca. Los ecos de la oralidad resuenan en este texto. No porque provenga de relatos a la escucha (cualquier buen escritor escucha) pero por la intencionalidad del escritor quien se ha propuesto escribir para que el lector escuche. En el acto intenso e imaginativo del escribir, placer es, y anticipado, entramar las claves para la resonancia auricular y, a través de ella, para las resonancias del alma, mérito este del libro **Los arrieros del agua**.

Rafael Ramírez, Arles (1926-1979), también de procedencia externa, no escapó a la realidad y habla, legados de Chiapas. Su buen oficio, soltura, mostrados, en **Ojalá te mueras** (1970) ve altibajos en su tránsito hacia su "voz chiapaneca", nada más para erigirse con madurez en la narración de su experiencia como fundador de la colonia Bienestar Social, en Tuxtla Gutiérrez, con la breve novela **B.S. Tamila** (1987). Urbana como se muestra su experiencia, no permite margen para la gracia: todo es arrebató, lucha para el acceso al mínimo de bienestar, de justicia, pero lucha desgastante más allá de lo anímico: de lo moral, de lo humano. Cárcel como es la faz del desgaste, da cabida, sin embargo, a mínimos destellos de lo humano, merced a lo cual ocurre cierta

reconciliación con la sociedad y con la vida; entronque éste, de Arles, con el hacer de José Revueltas.

No común resulta el estilo de Arles. Ya en su momento Gustavo Sainz se ha detenido en ello, refiriéndose a **Ojalá te mueras**. Después Arles desapareció, de la literatura y de la geografía. De pronto en Chiapas escribió algunos cuentos, como ese de **Siquiera tata cura nos tocara la campana** (1986), cuya significación es más bien escasa debido a su voz impostada. Pareciera en ellos haber querido trasladar giros lingüísticos propios del habla popular local y su resultante fue la de un remedo muy acorde al del habla impostada de los indios en las películas mexicanas. Por fortuna esta producción fue escasa. Mayor que la comprensión de la realidad social y sus entramados es la propensión compasiva, minusvalorativa por idealización, de los indios. Recupera el valor lingüístico mostrado en **Ojalá te mueras** en su novela **B.S. Tamila**. La sobriedad en el caso de ésta, la direccionalidad verbal y sintáctica favorecen la creación de un mundo consistente, verosímil, complejo y sencillo a la vez. Vemos, a lo largo del mundo en cuestión, desplazarse personajes y sucesos con todas las cargas propias de su condición, una condición no precisamente degradada, más bien pesarosa, en el colmo de la dificultad y de la miseria. Mas la miseria material enaltece la capacidad de lucha. Solo en la confrontación con los poderes constituidos puede accederse al beneficio para el territorio y la colectividad. En el tránsito que supone el paso a la confrontación, a la negociación, el territorio se abre a una especie de purgatorio entre el cual se purga condena o muerte, pero un ángel custodio conduce siempre a un puerto propicio para los bienes, aun cuando sea escasos. La alegoría lograda por Arles es la de un carnaval del dolor donde ternura y esperanza acodan, arrulladas por mujeres.

Marco Aurelio Carballo (1942) se ha debatido entre el deslinde de la crónica periodística y su trabajo como narrador, no siempre con éxito. Los textos de **La tarde anaranjada** y de **La novela de Betoven** oscilan entre ambos polos y evidencian la ruta ardua de su ascenso a la literatura. El tacleteo del periodista se confronta con el pulimento del artífice. Y noticioso, comentarista de todos los sucesos —aun de los banales— como es el periodista, Carballo rescata los, para otros, detalles intrascendentes y les

confiere rango de relato. Una película, el abordaje de un autobús, una alberca, la embriaguez, cualquier cosa puede ser objeto para la historia o la fabulación.

El manejo de planos favorecido por el periodismo se vuelve recurso cada vez de mayor solvencia en el ejercicio de Carballo. La memoria, los escenarios, la lengua son algunos de esos planos y entre ellos surge la chispa del humor, de la chocarrería a veces. Iniciada esta modalidad en **La novela de Betoven**, su culmen se encuentra en su novela **Polvos ardientes de la segunda calle** (1990). Reales e imaginarios los actores y situaciones de la novela, preocupación inédita en nuestras letras, por lo mismo de frisar las fronteras de la fantasiosidad, nos entregan a Carballo en plena madurez, con soltura, con el oficio ya de un buen narrador. Un narrador eficiente digamos, capaz de eslabonar una frase y otra en pos de un suceso mismo, en pos del regodeo adjetival y humorístico, tabla de la cual se ase el relato, un relato no pocas veces endeble, bien por interés o por indigencia literaria. Gusta Carballo, en su novela, de la extensión, acaso en emulación del mar, horizonte vasto a la mirada. Como en el mar, el relato de **Polvos ardientes de la segunda calle** cuenta con cardúmenes verbales a veces, con escasa pesca a ratos, algún camarón, alguna malagua. Entre la sabrosura y el tedio muestra la novela el tránsito difícil del periodismo a la literatura. Si bien la crónica periodística puede valerse de enunciar y ponderar sucesos, personajes y cosas, degustarlos con humor como en charla de sobremesa, la literatura adviene el asombro y la emoción, el placer mismo antes que su enunciado. Acaso la poda en esta novela le permitiera contención y consistencia. Estos últimos atributos recorren su libro **Crónica de novela** (1991). Temáticamente emparentado con el **Muchacho en llamas** (1987) de Gustavo Sáinz, esta **Crónica** de Carballo guarda sobriedad, equilibrio. El arduo proceso de formación del escritor es relato de la crónica. Carballo se construye delicadamente en él, con los atributos de un escritor en ruta ascendente, del cual podemos esperar obra deslumbrante y sopresiva.

Situado en la tradición revuelteana Oscar Palacios (1942), escribe su libro **En memoria de nadie** (1982 y 1992). Como si el título evocara un momento de alguien, del ser humano tal vez, el autor se mete en el entresijo de la memoria. Piensa: en ella algo

debe de encontrarse, algo debe de encontrarnos: vago espejismo de luciérnagas. Aún en la mente, la memoria del ser no es sino cárcel, cementerio y muerte.

A partir de un hecho, verificable hemerográficamente, de la historia política de Yucatán, Oscar Palacios estructura su novela. El hecho es el asesinato del líder sindical Efraín Calderón Lara "Charras", acaecido durante el gobierno de Loret de Mola en el año de 1974; se significaba como suceso de movilización popular en la historia reciente de esa entidad. La novela, entonces, parte del suceso y lo aborda desde la óptica de uno de sus actores, ni el más destacado ni el más insignificante, pero en el que se figura al militante mexicano, provinciano, de esos años. La confrontación histórica de las instituciones de poder y los disidentes va a ser el carril del relato y nos va a mostrar de manera sobria pero ejemplar la intransigencia inherente a aquéllas y la desprotección no sólo de éstos sino de cualquier civil.

La novela no es una reconstrucción de hechos. Se propone como la ruta interior de un número de actores y cómo inciden en ellos, de manera determinante, las secuelas de aquel suceso, epifanía apenas de la esencia real del sistema. En cuanto ruta interior, se encuentra narrada desde la perspectiva. El instante inmediato daría, acaso, una confesión, un exabrupto, una crónica. Es precisa la movilidad hacia otro lugar o tiempo para recomponer el horizonte. Desde un momento privilegiado de su existencia, privilegiado en tanto lo vuelve al principio, el narrador rememora su vida: su vida al igual que la de los verdaderos seres humanos comienza con el nacer a la conciencia. Con anterioridad se encontraba en un paraíso amable y hermoso. En ese paraíso el maestro de escuela, el actor de la novela, el rememorador (Daniel Estrada) se placía con su Eva-Leticia y apenas contaban con tiempo para llenarse y ensancharse los pulmones, para hartar hasta el agotamiento la manzana. Una tentación existía en ese paraíso: el alcohol, y a esa tentación se dieron. En su compañía habría de descubrir el principio de la diferencia, que es el principio de la conciencia: la injusticia. Y la injusticia se manifestaba en el asesinato de campesinos, en el despojo, en la miseria de viudas y huérfanos, lo mismo en Chiapas como en todo el campo mexicano. Una vez la conciencia, se nace a la solidaridad. Y en la solidaridad

se descubre a quienes la ejercen en sus diferentes formas, bastante decantados merced a la rememoración. Tendremos entonces: al "Compadre", ejemplar dentro de su armonía familiar, apostólica como el autor le llama, dedicado a los dones del gozo y del trabajo; familia en cuyo seno habrá de brotar una cárcel, una condena, la que toca vivir a Juanete, quien se aferra a *una opción de libertad al margen de la luz*; tendremos al "Cooperativo" (Polo Burgos) seguro y decidido hasta la fatalidad, hasta la consecución de un destino luminoso y honrado, a pesar de la deyecta venganza sobre él; al abogado amigo eficiente, pragmático y dubitativo, aferrado a crecer en el derecho, al que sin embargo ve como se desmorona; a los condiscípulos y compañeros de viaje, sectarios y veleidosos a la hora de la verdad. La solidaridad se ofrece como el bien que puede amalgamar las voluntades para enfrentar a ese aparato desmesurado causa de todo mal, el sistema. Porque es el sistema del origen del mal, en la concepción de la novela. Una y otra vez a lo largo del texto se repite: *el sistema todo lo corrompe*. Sus métodos para lograrlo son diversos: oscilan desde el halago, y el cohecho hasta el paso por el infierno que es la cárcel y el crimen. Como en las doctrinas religiosas, el infierno sirve como escarnio y desmovilizador para los opositores. El crimen será el recurso para la eliminación no sólo de quien moviliza (como serían los casos del "Charras" y del "Cooperativo") sino también de las empresas que se proponen. Nada puede moverse sin la voluntad del sistema. Los hijos de la conciencia caminan en medio de su entraña, ahogándose como en el ejemplo de la cárcel, sumergidos en una letrina, dubitativos de su propio ser, de los sucesos de la vida. Es tal la introyección deyecta del sistema que el mismo actor llega a dudar, en un momento, de su propia inocencia. Sin embargo, su duda es más ontológica que política, y allí se sitúa la debilidad de esta casta de militantes mexicanos: desde la ética buscaron el poder y el poder, constituido en maquinaria de trituración, en sistema, no pudo verlos ni como limpios ni como justos (inocentes, digamos) sino ingenuos, manipulados por otros intereses. El legado político de los militantes de los setenta, es el de privilegiar el sentido de lo ético en el ejercicio del poder.

El poder... en la esencia del mal se encuentra el poder; en lo ilimitado de sus recursos llega a corromperlo todo. El amor se

ofrece, en la novela, como alternativa personal y humana para oponérsele. El amor representado por Eva-Leticia es diáfano y hermoso como el verde de la selva y como el mar. Tierno. Resiste los embates primeros de la contradicción. Hasta el punto decisivo. A partir de allí, la ruptura. ¿Qué ocurre en la negociación para sacar al militante de la cárcel? ¿Bastaron los buenos oficios del abogado, la buena voluntad del nuevo gobernante? ¿Cedió en lo íntimo de sí Leticia, de manera tal que no ansiara después sino lo ordinario, la vuelta hacia el estadio anterior a la conciencia? *Mi opción frente a la vida es la correcta y quiero compartirla contigo* le dice Adán a Eva en el momento decisivo, pero cae entonces a la soledad y se vuelve el amor evocación y nada queda sino la memoria del mar, sino la memoria del mal, presencia determinante cuando pareciera que el amor vuelve. ¿Se vuelve alguna vez? El amor es un espejismo. Su verdadero rostro es la prisión. Ocurre así al final de la novela que es también el principio de la novela. Circular en su estructura, a la conciencia pareciera determinarla el desierto sombrío de la soledad, la certidumbre de estar asentado en la posición correcta de la vida, la fe en que por encima de la vigencia corrompida del sistema puede reinar la solidaridad y la justicia. A los méritos formales, de esta novela, entre los que es preciso destacar un acertado manejo de planos, recurrencia estilística hacia la rememoración, uso interno de la crónica, encuadre apropiado de las atmósferas, manejo eficaz de la sintaxis mediante frases cortas, casi periodísticas, manejo de la nota roja como fuente de información (tradicción inaugurada por Dostoievski), etcétera, se agrega la virtud de ser una de las escasas novelas que recuperan el pasado político reciente de México, para reintegrarlo a la conciencia social. Lo hicieron con anterioridad José Revueltas, Luis González de Alba, Agustín Ramos y Salvador Castañeda. Oscar Palacios publicaba su novela en 1982, a escasos seis años de ocurrido el suceso. Apenas el año de 1991 hemos conocido de dos novelas sobre los sucesos de "la guerra sucia" en México y de otra novela de excelente factura que se ocupa precisamente del mismo hecho que la novela de Oscar Palacios, **Charras**, de Hernán Lara Zavala, sin que demerite en nada a **En memoria de nadie**. Indudablemente resulta escasa la novela política en México. Para fortuna, en su generalidad escapa al

panfleto y se construye como verdadera obra literaria. Tanto más meritorio para la forja de salud y conciencia en la sociedad, como es el caso de la que comentamos. Difícil a las novelas de lo político ha sido escapar a la simbología religiosa. La de Palacios, tampoco pudo relegar ese sustrato. Finalmente la utopía, en cuanto aspiración de todo movimiento social, se inscribe necesariamente en el anhelo espiritual e histórico de la llamada "escatología".

Luego del buen oficio mostrado por Palacios en **En memoria de nadie**, se puede esperar de él nueva entrega, fruto de la imaginación y madurez, muy por encima de las publicaciones apresuradas con que ha sombreado su hacer, durante los últimos años.

Leonardo Da Jandra (1951), es voz desconcertante aún al medio de las letras nacionales. El afán de su búsqueda es el fondo de sí, la afirmación de una conciencia humanista desde los orígenes de México. Tal vez sea posible el diálogo y la complementariedad con Occidente, con la *Paideia* griega sobre todo, pero sólo si fuere deseo luego del descenso a Quetzalcoatl, a las raíces de la cultura autóctona y de su manera armoniosa de relacionarse con la naturaleza, los fenómenos, las fuerzas interiores, lejos de los laberintos en que se extravía la razón de Occidente. Entre Haidegger, la filosofía europea, el descrédito de la actividad política como definitoria del hombre (como quería Aristóteles) y **Las enseñanzas de don Juan**, la verbosidad que enmaraña sus **Entrecruzamientos** bien puede ver origen en Flavio Guillén y en la entremezclada Selva Negra donde se ubica su natal Pichucalco. Del mundo indígena le importa, aparte del pasado, el comportamiento que observa hacia su entorno, la posibilidad suya de vivir con ellos y conocerles el fondo.

Entre las muchas extrañezas de Da Jandra existe esa de nombrarse chiapaneco por origen aun cuando nada posterior tenga que ver con la entidad. Literariamente menos que con nada. Pero ninguna razón existe para que, por ser chiapaneco, deba de ocuparse de Chiapas. Gusta de *confrontar lo rural con lo urbano, Latinoamérica con Europa, la razón con los sentidos*, como dice un personaje de su **Entrecruzamientos III**. Da Jandra es buen ejemplo de la libertad. Libertad a que debe aspirar todo escritor para hacer literatura. No la aldea circunscribe sino el territorio de las letras y



el de la imaginación. A ella se debe Da Jandra, no al terruño. Como también este ensayo cuyo propósito aspira a agotar los límites de la circunscripción en aras de una literatura de la imaginación, ojalá muy pronto patrimonio de los escritores chiapanecos.

En la citada **Antología de la narrativa mexicana del siglo XX**, su autor escribe:

*Es Leonardo Da Jandra (1951) quien con mayor énfasis y riesgo emprende un proyecto restaurador de las coordenadas sentimentales de la utopía. Sus libros —la trilogía **Entrecruzamientos** (1986, 1988 y 1990)— forman parte de esa respuesta literaria a la disolución o el estancamiento de esas utopías políticas y cotidianas que ya ocupan un amplio espacio en los anaqueles de la novela occidental de los últimos veinte años.*

*Sin remitirse directamente al 68 pero pretendiendo interpretar a fondo el sentido de su generación, Leonardo Da Jandra aspira a una visión de largo alcance y de ambiciones omnicomprensivas. En sus novelas, una, secuencia de la otra, Da Jandra intenta, a través del diálogo entre dos personajes a su manera míticos, la confrontación con la tramoya utópica.*

*El cuadro de la primera entrega, que se repite con menor fortuna en la segunda, (y que oscila en la tercera), ilustra las fases de una iniciación profana que busca, no sin vacilaciones, dirigirse hacia lo sagrado. Eugenio, narrador en primera persona de su experiencia, es un joven doctorado que regresa de La Sorbona con la intención de abandonar su racionalismo occidental en una inhóspita playa de Oaxaca. Allí conoce a don Rafael, español retirado en un refugio paradisiaco donde ejerce la templanza del cuerpo y la sabiduría espiritual. Da Jandra aparece como un Carlos Castaneda laico o profano que busca la fusión armónica de mente y cuerpo sin rechazar totalmente la trayectoria intelectual de Occidente.*

*El diálogo entre Eugenio y don Ramón se extiende sin pausa a lo largo de las dos novelas ocupando páginas y páginas en un tour de force apenas interrumpido por las aventuras de la pareja entre la naturaleza y sus ritos de pasaje. En **Entrecruzamientos I** don Ramón defiende la paideia griega y su discípulo el toltecáyotl prehispánico mesoamericano. La abundante esgrima teórica no convierte a la obra de Da Jandra en novela filosófica. La relación*

causa/efecto que Da Jandra pretende establecer entre la elucubración libresca y una praxis vivencial progresiva es mecánica y expresivamente pobre. No hay construcción filosófica ni indagación literaria en las raíces del conocimiento sino una atractiva y honesta desesperación intelectual que pocos escritores mexicanos se han atrevido a plantear descarnadamente.

La primera sorpresa del lector ante la densidad dialogada de las novelas es que pese al exceso no son fáciles de abandonar ni resultan aburridas o tediosas. La ambición de Da Jandra parece reflejar la esencia de varios humores colectivos, como si la pretensión global de reubicar el estado de nuestra razón fuera una obsesión demasiado petulante para ser reconocida. Da Jandra pone en juego la experiencia política y sentimental de una generación, la suya, a la que ve como estadio terminal de los desastres de la modernidad. Defensor confuso de verdades entredichas, Eugenio defiende la revolución sin el totalitarismo, la historia sin mayúscula y exige un retorno a la naturaleza que se le revela despojada de su aureola romántica. Irracionalista por intoxicación académica y militante, Eugenio se enfrenta a don Ramón, cuya templanza griega, salud proverbial y escepticismo metodológico lo transforman en un legendario maestro de iniciación

El abusivo diálogo libresco nunca logra cobrar naturaleza polifónica. Las ideas de Eugenio y don Ramón no registran la voz discernible de dos personajes de novela. Ambos son marionetas de un narrador harto escindido por sus ideas en conflicto, que no logra separarse jamás de sus creaciones y darles una personalidad novelesca más autónoma. Pero a diferencia de lo que ocurre con otras novelas de tesis, en **Entrecruzamientos** la naturaleza no es el telón de fondo. Lo es el conocimiento. La no pocas veces pueblerina erudición de la que se jacta Da Jandra es el trasfondo de una emocionante novela de aventuras.

Dos pasiones fluyen en los **Entrecruzamientos**: el paraíso y la búsqueda de una nación espiritual. Eugenio, en la primera novela, llega a la playa Tortuga en busca de esa Naturaleza que está en nuestro pasado y quisiéramos encontrar al final de la Historia. Las páginas donde don Ramón —siempre rodeado de eficaces y misteriosos servidores nativos— enseña a Eugenio los secretos de la caza y la pesca son notables. Cuando Eugenio se interna en la

selva para la cacería del venado o las chachalacas, el lector siente la necesidad virtual de saltar tras él.

Leonardo Da Jandra es un novelista que medita narrativamente sobre la vida concreta de una naturaleza que no es extática sino vivencial, que no es el recuerdo de una utopía perdida sino la posibilidad real de su restauración. Da Jandra toca hábilmente esa fibra emocional que tienen las víctimas del progreso depredador. Pero a diferencia de quienes disolvieron la utopía natural en la novela del medio siglo, en Da Jandra queda poco de Rousseau y su playa Tortuga o la sierra chinanteca en **Entrecruzamientos II** no son paraísos hipostasiados de la historia. La educación natural de Eugenio se interrumpe frecuentemente con las preocupaciones de una comunidad amenazada por la vesanía del gobierno y de los dueños del dinero, interesados en la destrucción de las bahías oaxaqueñas y su transformación en industrias sin chimeneas.

Leonardo Da Jandra no parece creer en los paraísos perdidos. La idea del paraíso como esa parte de nuestra conciencia libre de la aniquilación, lo redime del infierno como único destino. Para Da Jandra la ciudad de México es la estancia de la razón destructiva y es el Mictlán de sus novelas. Su conmovedor rechazo de la fatalidad de Occidente lo obliga a valerse de la novela de aventuras. ¿Pero cuál es la utopía que Da Jandra busca restaurar o inventar?

Nada menos que la antigua idea de una mexicanidad, de una suerte de nación espiritual que ponga fin a la peregrinación suicida de una cultura. **Entrecruzamientos II** culmina con la búsqueda, en la gentilidad sobreviviente de los chinantecos, de esa condición órfica común a todas las culturas primigenias. Estamos ante un reflejo más del renacimiento de ese sistema de referencias que puede ser llamado mexicanidad y que se aglutina como resultado del aparente fracaso del sueño occidentalizante que ha vivido México. Da Jandra parece confiar, según las enseñanzas de los maestros chinantecos, que el sol del terremoto de 1985 (el de la razón destructiva) pasó y que adviene un astro de reconciliación.

Da Jandra tiene un lugar aparte entre las pasiones y humores de la narrativa mexicana de los últimos veinte años. Restaurador de la naturaleza como pasión vital, Da Jandra es un nostálgico del

paraíso que no renuncia a encontrarlo en el futuro. Su paraíso no es de las metafísicas historicistas ni el de las religiones monoteístas, sino un camino problemático que pone en cuestión el rumbo y el destino de nuestra cultura (Domínguez Michael, 1991, vol. II).

De Jesús Morales Bermúdez (1947), anotamos dos comentarios del mismo autor de la **Antología de la Narrativa Mexicana del siglo XX**:

*Sin saberse un escritor profesional, Jesús Morales Bermúdez se internó en la comunidad indígena ch'ol de Chiapas a principios de los años setenta, siguiendo la consigna generacional de llevar la conciencia marxista al "pueblo". Varios años de integración absoluta al mundo indio le descubrieron a otros hombres y a otro tiempo. No nos dejó, por desgracia, el itinerario ideológico de lo que mejor que llamar conversión nombraremos encantamiento. Su **Memorial del tiempo o vía de las conversaciones** (1986) no es una novela ni un testimonio antropológico. Es algo más, la recreación perseverante de la lengua como espíritu de un pueblo perdido. Morales Bermúdez hubiera querido escribir en el dialecto de sus cronistas, pero imposibilitado de hacerlo, compuso un **Popol Vuh** en el siglo XX donde el amanuense no sesga el testimonio de la tribu a favor de cosmogonía religiosa o política alguna. Más allá de los intentos que han realizado con las lenguas istmeñas Víctor de la Cruz y Manuel Matus, Morales Bermúdez registra la poética primigenia y ágrafa de una cultura vejada y de sus personajes, que lo mismo son ancianos que duendes, árboles que mestizos, animales que niños. Treinta años atrás Rosario Castellanos y Eraclio Zepeda liquidaron el indigenismo al dotar a sus personajes de humanidad novelesca. Morales Bermúdez da un paso adelante al reconstruir la trama no sólo cotidiana, sino temporal y autónoma de los indios ch'ol. Morales Bermúdez no fue —como el personaje de Da Jandra con los chinantecos— a buscar su salvación. Viajó para redimirlos y el redimido fue él, al entrar en una dimensión temporal ajena a la nuestra, conocida por los antropólogos pero escasamente registrada en literatura. **Memorial del tiempo o vía de las conversaciones** nada tiene que ver con la discutible ficción antropológica y esotérica que Carlos Castaneda popularizó en los años setenta. En la obra de Jesús Morales Bermúdez no se venden*

ritos de pasaje a precio de dólar. Su autor parece un geógrafo de la antigüedad atento a la sabiduría de los bárbaros, aquellos que no hablan nuestra lengua. Los ch'ol en Morales Bermúdez no son peores ni mejores que los criollos y los mestizos que los oprimen y los asesinan. Ellos, comunidad en extinción no salvarán a nadie. La escritura de Morales Bermúdez está en la frontera de la lengua española con una de sus ricas mutaciones indígenas. La suya es una literatura impar, quizá terminal, que demuestra, en los confines de la tierra baldía, que la conquista no ha terminado (Domínguez Michael 1991, vol. II).

Morales Bermúdez escribió el libro *Memorial del tiempo o vía de las conversaciones*, para restaurar la memoria de una etnia indígena chiapaneca. A diferencia del antiguo indigenismo, o del novísimo, ambos a su manera racistas, uno por paternalismo, otro por idealización, el de Morales Bermúdez no busca otra cosa que hacer buena literatura con el mundo indígena, que conoce de primera mano. Lejos de Ricardo Pozas o de Carlos Casteneda, Morales Bermúdez hizo de los indios sujetos plenos y cabales, tan tiernos o crueles como cualquier hombre. Este discreto autor sigue demostrando que no es necesario renunciar a la lengua española para dotarla de la riqueza lingüística del habla indígena. En *Ceremonial* (1992) y *La espera* (1994), Morales Bermúdez ratifica la alta pertinencia poética de su prosa y su conocimiento de un mundo que no intenta enaltecer vendiendo exotismo revolucionario o alucinógeno. Y ahora que se debate la pertinencia de la literatura indígena, me preguntaría si escribir hoy, en esas lenguas, es un acto de rescate cultural o un manierismo propio de ciertas élites intelectuales, que no por ser bilingües e indias dejan de ser élites intelectuales. La lengua española en América no es propiedad de Torquemada o de Sahagún; también la fundaron Alva Ixtlilxochitl o el inca Huamán Poma. Me atrevería a decir que Jesús Morales Bermúdez es un heredero fiel de los grandes intelectuales mestizos del siglo XVI (Domínguez Michael 1995).

De Heberto Morales Constantino (1933) ya hemos hablado. Su segunda novela, *Yucundo, lamento por una rivera*, forma parte del capítulo referido a la Revolución en Chiapas. Necesario será detenerse en su primera entrega: *Jovel, serenata a la gente menuda* (1992).

Quienes hemos parte de nuestra vida en esta hermosa y amable tierra de Jovel hemos desarrollado amor (por "el maravilloso lugar" como la llamaría Max Aub) y hemos sabido de amores similares en algunos visitantes pero también de maledicencias y de odios por parte de muchos otros. Nuestra ciudad figura en la mente y en la imagen de muchos como sitio privilegiado de belleza, lamentablemente habitada por esos moradores que la hicieron y que la hacen: los coletos. Como si la belleza fuera ajena a la intención y al ánimo de quienes la han edificado.

La contradicción que contextualiza las relaciones de la ciudad con los pueblos que la circundan ha servido de base para buena parte de trabajos literarios llevados a cabo durante el presente siglo. En su mayoría el trato hacia la ciudad y sus habitantes ha sido ominoso cuando no condenatorio. Pareciera como que se forjara aquí una voluntad de oprobio y de dominio. En buena ciencia uno tendría que saber que las relaciones sociales que rigen en el más apartado, en el ínfimo lugar, representan de alguna manera el sistema general de las relaciones de la entidad mayor: esto es, del país. Ocurre sencillamente que como en cualquier otra región de Chiapas, en San Cristóbal se muestran con menos mediaciones las formas despiadadas del capitalismo por el que ha optado el estado mexicano.

A los trabajos que toman a esta ciudad como motivo, se suma **Jovel** de Heberto Morales.

En esta novela su autor ha querido reconstruir paso a paso, palmo a palmo la historia de la ciudad a la que toma como actor: **Jovel**. Recurre para ello a la recomposición de la época y a la reconstrucción de los heroísmos cotidianos y comunes. Desgrana el tiempo de pasado a presente y de presente a pasado generando, por medio del lenguaje, una entidad donde los hombres y mujeres son fruto de sus pasiones, de su voluntad, de la dignidad y del esfuerzo. Nobles, indoblegables ante el avatar y la desgracia aparecen los habitantes de esta tierra. Los ve así el autor; y los ve así no porque pretenda la idealidad romántica hacia ellos o hacia la ciudad que construyeron, sino porque así los fue encontrado en el proceso de reconstrucción de su fenomenología. Para hacerlo recurrió a un método complicado y laborioso. A partir de la consulta de fuentes bibliográficas y de archivo se dio a la tarea de

desentrañar primero la forma en que fuera fundada la Villa Real de España, segundo el origen de los pueblos asentados en torno al Valle de San Cristóbal, tercero la fundación de la Villa Real de Chiapa. Así son los capítulos que estructuran a la novela. A lo largo de ellos vamos a encontrarnos un tejido de sucesos, actitudes, de parentescos, que dan cuerpo y vida a la ciudad y que la van conformando en una manera específica y diferenciada. Pero las actitudes y parentescos son visualizados desde los héroes historiográficos. Es como la opción de contar o de conversar al calor del brasero antes que de afincarse en las efemérides cívicas. En la conversación cotidiana es donde se generan los amigos y los amores. Desde esa amorosidad el autor nos entrega el relato de la ciudad y de los hijos de la ciudad.

Múltiples son las virtudes de la novela **Jovel (Serenata a la gente menuda)**. Entre ellas podemos destacar algunas. Primero, para quien guste de los relatos anecdóticos, se va a encontrar una buena cantidad de ellos contados de manera ágil y sabrosa. Desde la bella Zoraida y su pasión por el amor y por las rosas de castilla hasta los infantes expuestos, frutos del desamor o del desengaño; desde los cultos místéricos al tzotz hasta el relámpago violento de Juracán; desde la talla amorosa de una virgen hasta el regusto por la cecina, las hojuelas o el santo trago. La vida ocurre como en la vida. Segundo, para quienes se complacen en la contemplación del espíritu se van a encontrar destellos del mismo en los gestos nobles y viriles de quienes verdaderamente han amado a la ciudad de su edificación. La dignidad inherente a toda persona la vemos en juego, a veces a costa del propio sacrificio, cuando es puesta en entredicho la dignidad misma. En este tenor el universo de valores que la novela nos ofrece permite la confrontación con la pérdida que de mucho de ello ha propiciado la molicie de la modernidad y del progreso. Podremos preguntarnos hasta dónde hemos descendido en la escala humana en relación a quienes se confrontaron con su realidad y con sus vidas de manera radical, con una integridad a toda prueba. Tercero para quienes gustan de la interpretación de la historia, se van a encontrar con una hermenéutica de fuentes no necesariamente acorde con la historiografía más o menos vigente. La atención a detalles muchas veces marginados o escamoteados da como resultado una visión diferente de los hechos, no por ello

menos verdadera. Por el contrario, se ofrece como parte de un universo complejo, universo en el que lo malo y lo bueno nunca se afirman como absolutos en la estructura de los actores. Sin duda provocará polémica esa visión. Pero la polémica ayudará a eliminar las asperezas inútiles y los prejuicios seculares.

El más importante valor de la novela, sin embargo, lo constituye el hecho de ser una novela literaria. Es decir, el autor optó por el lenguaje y por la belleza del lenguaje. Para lograrlo clarificó el diseño de su trabajo, eligió sus materiales, organizó el cuerpo en tres apartados, con cuidado y equilibrio similar, determinó la época. Una vez con ello estudió el lenguaje escrito de la misma época. A partir de un conocimiento profundo de la lengua castellana, de su mecánica, de sus posibilidades sintácticas y estructurales el autor optó por el lenguaje de corte clásico y sometió su creatividad e inteligencia al mismo. Así nos ofrece un resultado donde el mayor placer se encuentra en el lenguaje. Degustarlo sabia y espaciosamente es la invitación. Es, con toda seguridad, la primera ocasión que en las letras de Chiapas se ofrece un libro con tanto equilibrio y hermosura.

Guadalupe Olalde (1950), sabe mucho de las atmósferas densas. Y sabe porque, llama viva en ella, las pulsiones la provocan. Quisiera atrapar el Absoluto, verlo vivo entre los hombres. Mas en la vida de los hombres el absoluto con frecuencia vivo es el de la norma. Decide, entonces, la autora contar las penas y fatigas de aquellos que transitan del absoluto a la norma, de la norma al absoluto, en un como calvario fascinante y doloroso: el calvario de los caídos, hijos de Eva, distantes de toda redención.

Llama la atención que en un país tan religioso como es México, tan confesionalmente católico, sus escritores releguen el tratamiento de ese tema, como si ajeno de la vida social. Nuestra literatura se fragmenta y disuelve en exterioridad. Caso excepcional es el de José Revueltas, quien construyó una obra eminentemente religiosa, eminentemente bíblica. Su preocupación, empero, era la de un incrédulo agonista y trágico como Unamuno (el de **La oración del ateo**), que buscaba satisfacer su aspiración de absoluto a través de una vía racional o teológica, cerca en ese sentido de Bernanos. No existe más. Sorprende, entonces, un libro como **Olivos y acebuches** (1992) de Guadalupe Olalde. En **Olivos y**



**acebuches**, libro también bíblico, su autora va a contar no el discurso teológico acerca de la divinidad y de la posibilidad o imposibilidad de ser salvo sino que se va a detener en la contemplación de las fatigas de quienes se acercan o se distancian del Absoluto. Las creaturas van, echadas a su suerte como por un arcano, perdidas entre medio de la espesura. A semejanza de San Agustín cuando afirmaba *nos hiciste Señor para ti e inquieto se encuentra nuestro corazón hasta que no descanse en Ti*, todas las creaturas tienden a integrarse con el absoluto. Perdidas, sin embargo, en el mundo de las normas extienden desesperadas los brazos tratando de asirse o de ser asidas por la causa de tanta fatiga. Y pues que yermo o, bien, ansioso, existe quién extiende la mano como por asirse de su manifestación, así sea inmediata; y su manifestación un momento se está, otro momento ha marchado dejando como legado el dolor de la ausencia, la apertura dispuesta y expectante. Existe quién ante el placer delectuoso del amado entrégase con mayor placer al crisol purificante del dolor, como queriendo, en su pustulación y llaga, afirmar con el místico hindú: *he allí en mí, las caricias de su Belleza*. Existe quién recurre a la embriaguez, a la disipación, al culto solemne de los sentidos queriendo, a través de ellos, el fuera de sí por un lado, por otro, la resurrección de la carne. Existe quién, lleno de ruido y de sobresalto, vacía alguna parte de sí para, de inmediato experimentar la invasión, pues, como expresaba otro místico, *aquel que todo lo llena no puede ver un espacio vacío sin llenarlo él*; así la expresión de quien llena sea demonio, deseo o gato (como en el libro). Existe quién en la posesión y desposesión de amantes, pues sólo el desarraigo prepara para el arraigo. Existe quién en el cumplimiento de la legalidad, así sea después de la muerte. Existe quién en la sensualidad, en la sorpresa y la palabra...

El libro de Guadalupe Olalde, **Olivos y acebuches**, ofrece otras vertientes con las que linda el absoluto. El erotismo sobre todo. Erotismo, en su sentido primigenio de oposición a la pulsión de muerte: un entregarse a los sentidos para radicar allí, y en más, el ansia de la vida. No importa que después, como en el caso del texto **El gato**, deba el atrevimiento ser pagado con el desasosiego, el espanto o la desdicha. **El gato** de Guadalupe Olalde, como **El gato** de Juan García Ponce, se instala como provocación femenina,

conduciendo el éxtasis hasta la exasperación, hasta el abismo, rostro Bernini de Santa Teresa. A semejanza, también, de **El gato húngaro** del surrealismo, permite la visualidad sobre los actos obtusos, hipócritas incluso de los supuestos virtuosos. El erotismo en Olalde, linda en el absoluto por su mismo deseo de vida.

Señalaba atrás el carácter bíblico de **Olivos y acebuches**. A más de su recurrencia a metáforas de **El libro**, metáforas que, por otro lado, enriquecen nuestras lecturas de **La Biblia, Olivos y acebuches** tiene una preocupación fundamental: la palabra. El texto con el que se comienza se denomina **En el principio era la palabra**. Título como es, es también una referencia explícita al libro de **Génesis** y al **Evangelio** de San Juan. Por sobre todo es una fe de vida. Cuando en su Evangelio San Juan reflexiona en torno a la Palabra es contundente en afirmar que sin ella no existiría nada de cuanto ha sido hecho. De allí que deba cuidarse tanto a la palabra, su uso, no sea que su profusión colme de monstruos.

Profusión y profanación, terrenalidad, virulencia, sacralidad y secularidad, el mundo creado y redimido por los dioses primigenios y los dioses coloniales es el tema de **La profanación de los espacios** (1989), el libro de Julio Alberto Pimental (1958). Como en el caso de Guadalupe Olalde, tensar y tocar los límites deviene razón de la existencia y del lenguaje en **La profanación de los espacios**.

En la misma ruta de la profanación y de los límites puede situarse la colección de textos **Por los senderos de lo incierto** (1994) de Morales Bermúdez, colección en su conjunto bastante emparentada con el memorabilísimo **Retrato del artista adolescente** de James Joyce.

Cercano a las preocupaciones de Olalde pero desde una dimensión eminentemente terrenal, secular, Luis Alberto Flores Mason (1949) da muestras de una creatividad cuentística ejemplar. A su pasión lectiva de cuentos sumó la de congregar a cuantos hacedores de relatos habitan su ciudad natal o han nacido en ella, y conformado libros colectivos y publicándolos por iniciativa y recursos propios. A su pluma debemos textos incluidos en las colecciones **coletas** por él preparadas y patrocinadas. Ya en ellos da muestra de solvencia formal, de dominio verbal y, lo más

importante en el cuento, de eficacia narrativa y de versatilidad para los finales.

En **Tres cuentos Tres** (1994), Luis Alberto Flores Mason hace entrega de un primer ejercicio propositivo y unitario. Para decirlo con la intencionalidad del título, se lanza al ruedo como autor de cuentos con un libro breve pero representativo. Tres cuentos en los que se pone en juego el dominio por él alcanzado hasta el momento. Son cuentos que guardan equilibrio en su extensión equilibrando al libro. Dentro de los márgenes de extensión de cada cual, construye los universos de sus personajes, sus pasiones y sus tragedias, construye una atmósfera propicia para la atracción del lector, para su imaginación.

El eje que atraviesa como médula al libro es el del erotismo, médula también del ser humano. Desde la sensualidad, el furor, la desolación, el desespero, los rostros del erotismo se muestran en el peso de carnalidad que construye este libro, en su propensión de abismo: llamado hacia la muerte, llamado hacia la vida; espacio para la construcción de lo humano. Se muestra además, en la expresión decantada del lenguaje, mérito indudable del autor, a quien debe atribuírsele también el mérito de saber construir atmósferas, espacios, lugares, sin necesidad de recurrir a la descripción.

Luis Alberto Flores Mason nos recuerda con sus cuentos que el lugar del hombre es el erotismo, su espíritu de juego, merced al cual es posible recrearnos, relegando en el juego cuanto estorba a la liviandad. Su libro se propone como acto de propiciación. Propicia en quien lo lee asombro y pasión.

Erotismo y su contrario: muerte, es el tema de alguna manera obsesivo en Héctor Cortés Mandujano (1961). Su dos breves libros **La muerte por todos lados la muerte** (1990) y **Palabras agitadas** (1993), son la expresión de una voluntad narrativa en ascenso a la que aún queda cierto despojo de personalismo para mostrarse en la dimensión cabal del hecho literario. La agudeza de su sensibilidad, sin embargo, su olfato temático y lingüístico prometen en él a un narrador consistente y variado.

Emilio Valdez (1952) se afana por la infancia, por los pueblos, apacibles, desolados que una vez fuimos y de los que con asoro

podemos observar cómo si acaso sombra apenas queda, el recuerdo en la memoria, la memoria en sus cuentos. De estos, reunidos en un libro, ha dicho Ignacio Trejo Fuentes: **Las campanas del insomnio** (1989), *aunque retoma una temática suficientemente explotada (la vida provinciana, el enfrentamiento entre el despótico terrateniente y el humillado campesino, etcétera) lo hace con una sagacidad que lo rescata de la superficialidad y hace de este libro una lectura recomendable.*

Gabriel Hernández García (1957) muestra una ruta narrativa ascendente, en su breve libro **Variaciones** (1994). Luego de iniciar con un texto plano, rosa incluso, con el que quiere retraernos a las imágenes y sensaciones de infancia, texto no sin tropezones aún sintácticos, luego de ese texto vienen otros tres ciertamente memorables. La buena estructuración, el desenfado narrativo, la carga precisa de emoción y de lenguaje vuelven ágiles y sólidos a la vez los tres cuentos de que se hace referencia.

Es probable que Gabriel Hernández no lo sepa pero sus cuentos tienen parentela. **Es más humano reír**, a pesar de sus distancias y diferencias, algo recuerda del cuento **María del Sol** de Marco Antonio Campos, en ese su sentido de la revancha, el de la aniquilación. **Recordando a Boris** nos retrae el erotismo, la mórbida atmósfera de **El gato**, cuento de Juan García Ponce. **Coincidencias entre una carta rosa y una botella verde**, con momentos de la tradición inglesa y de Papini, y con ese otro, libro extraño, **Manuscrito encontrado en Zaragoza** de Jan Pataki. No, desde luego, que sean influencias o modelos. Para la fortuna suya, en Gabriel Hernández asienta una poderosa imaginación, el sentido de un narrador natural al que las formas se le dan, el desparpajo libre de quien entre la abundancia de temas en su horizonte puede elegir los que mejor le placen. Este, quizás, es uno de los mayores méritos del breve libro: es un libro de la imaginación. No se ciñe, en su construcción, a la realidad y sus avatares. Su semilla es la ficción misma, el juego, expresión decantada, la más, de la libertad, en la literatura como en la vida. En ese juego, **Variaciones** asciende en complejidad. Del relato lineal y plano

**Figuras en la niebla** que inaugura el libro, queda apenas la noción iconográfica en el templo. Pero de ese texto al que cierra el libro se aprecia la presencia de recursos mayores: la doble historia en una, el género epistolar, el sentido de la especialización en las ciencias, la noción de fabulosidad, los trasfondos detectivescos, los finales inesperados. En suma que **Variaciones** muestra a un narrador imaginativo, ficcional, cada vez con mayor soltura y dominio, sin duda hacia adelante importante voz en las letras de la región. No se puede no señalar, también, que dentro de esta vertiente narrativa y con la posesión de atributos similares, si bien con cierta propensión a la reiteración, se encuentra el oficio de Ethel Beutelspacher Baigts (1939) en sus libros **Al natural** (1992) y **Los tres diamantes** (1993).

No podemos hablar de más producción narrativa en el estado. Arduo como es el oficio, requiere de alta dedicación y paciencia. Las condiciones no han favorecido su desarrollo. Borges, la literatura fantástica, la necesaria experimentación formal, la imaginación pura, son elementos y temas todavía distantes en el hacer de los chiapanecos. Lo inmediato, lo cotidiano, lo real señorean. El fervor naciente por la narrativa, entre jóvenes escritores, lo mismo mestizos que indios, en un futuro, ojalá no remoto, emergerá alguna voz que sintetice el Chiapas múltiple que bulle en todos y que se nos fragmenta quien sabe desde cuando.

El presente ensayo ofrece un panorama en torno a autores y obras escogidos bajo la premisa de ponderación literaria ciertamente pero de representatividad literaria, ya por tema, ya por intención o género, para las letras de la entidad. Muchos nombres de importancia para la cultura regional quedan fuera. En una mejor valoración de las formas culturales regionales y de sus productos con seguridad cobrarían relieve. Los hay casos y en abundancia de autores nacidos en entidades o países ajenos al chiapaneco pero que han realizado obra, y las más de las veces fundamental ya para su trabajo personal ya para la literatura regional. De algunos se ocupa el ensayo. De quienes se considere la ausencia no se la tome debido a mérito insuficiente. Todo lo contrario. Es menester

destacarlos como parte de la tradición literaria de Chiapas. Son los límites en el conocimiento del autor lo que los excluye arbitraria o gratuitamente. *Sed humanum, humanum errare est.*

La poesía en Chiapas es campo fecundo y por sus renuevos parece que por mucho tiempo seguirá siéndolo. ¡Cuanta gratitud para la vida por tan noble don! La narrativa apenas comienza. Ojalá en su crecimiento, de mano de la poesía, de la crítica, adquiera el fulgor de la alta depuración que ha conseguido en otras latitudes del país y de América Latina. Que se cumpla el deseo de Ezra Pound por alcanzar una narrativa tan bien escrita como la poesía.

Valle de Jovel  
Mayo de 1996.

## BIBLIOGRAFIA GENERAL

**Aguiar y Sánchez, Enrique.**

*Chiapas, tierra de ensueño.* (Poemas), México, SEP., s/f.

**Albores Culebro, Carlos.**

*Juchipus. Soñador*, México, Editora Latinoamericana, 1963, *La vuelta al pueblo*, En Pérez Gallardo, Ricardo. *Antología de Escritores médicos mexicanos*, México, Editora Latino Americana, 1966.

**Alemán, Welbster.**

*Reencuentro* (Poemas), Tuxtla Gutiérrez, Siglo Nuclear, 1986, (Serie aves y primavera 2).

**Alvarado Lang, Pedro.**

*Bonampak*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Gobierno del Estado, Sección Autográfica del Departamento de Prensa y Turismo, 1951.

**Alvarez Quiñones, Francisco.**

*Yaxchilán*, San Cristóbal Las Casas, Chiapas, Tiempo, 1977.

**Anónimo.**

*Diálogo sobre el celibato del clero*, San Cristóbal Las Casas, Manuscrito. s/f.

**Aramoni, Shoucair.**

*Poemas I y II*, México, Tipográfica creatividad 1978.

**Arellano, Manuel.**

*Oración Cívica fúnebre pronunciada el 30 de septiembre de 1857 en el Salón del Gobierno en San Cristóbal Las Casas*, En López Gutiérrez, Gustavo *Antología de la Oratoria chiapaneca 1813-1966*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas (s.i.), 1966.

**Arévalo Osorio, Marta.**

*El soñador y otros cuentos*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, UNACH, 1994

**Argüello, Ballinas, et al.**

*Ecos sencillos de la aventura eterna*, San Cristóbal Las Casas, Chiapas, México, Imprenta del Centro, 1965.

**Avendaño, Carlos.**

*Nada te debo... vida*, Tuxtla Gutiérrez. Difusión Cultural del Congreso del Estado, 1988.

**Balboa Robles, Alfonso.**

*El indio que gustaba de la música*, México, Costa Amic, Editor, 1972. *El*

- muerto que regresó, Novela.* México, Costa Amic, Editor, 1963.
- Balboa R., Mario.**  
*Chiapas y sus falsos redentores, Breve comentario sobre el libro titulado Chiapas bajo el signo de la hoz,* de Vilac, México (s.p.i.), 1940.
- Ballinas, Juan.**  
*El desierto de los lacandones,* Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Publicaciones del Ateneo de Chiapas, 1951.  
*El desierto de los lacandones,* edición facsimilar, Núñez Editores, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1986.
- Bañuelos, Juan.**  
*Puertas del mundo,* (vol. col. *La Espiga amotinada*) México, F.C.E., 1960, (Col. letras mexicanas).  
*Escribo en las paredes* (vol.col. *La Ocupación de la palabra*), México, F.C.E., 1965, (Col. letras mexicanas).  
*Espejo humeante,* México, Joaquín Mortiz, 1968, Col. Las dos orillas. Premio Nacional de Poesía Aguascalientes.  
*No consta en actas,* México, I.P.N., 1971.  
*Destino arbitrario,* México, Papeles privados, 1982.  
*La guitarra azul,* México, Mortiz-Planeta, 1986.  
*Poesías,* (selección del autor y Carmen Alardín), México, UNAM (Col. material de lectura), 1987  
*Donde muere la lluvia,* Guadalajara Jal., 1992
- Bartolomé, Efraín.**  
*Vivir la ciudad,* México, UAM, 1981 (La rosa de los vientos).  
*Ojo de jaguar,* México, Punto de partida, 1982 (vol. col. *Donde los podemos, observar*).  
*Ciudad bajo el relámpago,* México, Katún, 1983.  
*Música solar,* México, INBA-Joaquín Mortiz, 1985. Premio Nacional de Poesía de Aguascalientes (1984).  
*Cuadernos contra el ángel,* Querétaro, UAQ., 1988. Premio de poesía Hugo Gutiérrez Vega (1987).  
*Música lunar,* México, Mortiz, 1991.  
*Ojo de jaguar,* México UNAM, 1990, Col. El ala del tigre.  
*Agua lustral,* México, CNCA, 1990, Col. Lecturas Mexicanas, 3ª Serie.  
*Cantos para la joven cuncubina y otros poemas dispersos,* México. Cuarto creciente. 1991.  
*Corazón del monte,* México, CNCA, Coordinación de descentralización/



Instituto Chiapaneco de Cultura, 1994, Col Los cincuenta.  
*Ocosingo, Diario de guerra y algunas voces*, México, Mortiz, 1995.

**Bastar Sasso, J.M.**

*Sinfonía de la fronda*, Villahermosa, Tab. (S.N.) 1958.

**Bermúdez Santiago, Luis Cristóbal.**

*Un tiempo de esperanza. Poemas*, San Cristóbal Las Casas, Chiapas.  
(S.N.) 1970

**Beutelspacher Baigts, Ethel.**

*Al natural*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. Gobierno del Estado de Chiapas,  
1991.

*Los tres diamantes*, Gobierno del Estado de Chiapas, 1993, Col. Textos  
para abrir el milenio.

**Bolado Chavannes, Luis.**

*Sinfonía Chiapaneca*, México. Nucamendi, 1950.

**Bonifaz, Evaristo.**

*Lunares y Verrugas. Semblanzas lugareñas*. México, Imprenta Villegrana,  
S.A., 1970.

*Así son las gentes iguales y diferentes, Imágenes inolvidables*, Ensenada,  
B.C., (s.n.), 1960,

*El señor alcalde*, México, Costa-Amic, 1988.

**Bonifaz, Oscar.**

*Arcaísmos, regionalismos y modernismos de Comitán*, Chiapas, Tuxtla  
Gutiérrez, Chiapas, México, Universidad (sic) Autónoma de  
Chiapas, 1976.

*Grito sin espacio. Poemas*, Tuxtla Gutiérrez, Editorial México-Austral,  
1956.

*La Noche de los Girasoles*. Pról. de Guillermo Gallegos. Tuxtla Gutiérrez,  
Chiapas, Gobierno del Estado de Chiapas, 1975, (Cuadernos de la  
Dirección General de Educación Pública del Estado, 19)

**Borrás, Leopoldo.**

*Canto de amor a unos zapatos viejos: Borrásforas y Poligorias*, México,  
Katún 1985.

*Balada de amor y muerte*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, UNACH, 1984,  
(Col. poesía no eres tu; 2).

*Un millón de fantasmas*, México, INJUVE, 1973.

*Poemas ecológicos*, México, 1994.

*Exposición Narrativa*, colectivo, México, FEM, 1974.

*Historia del periodismo mexicano*, México, UNAM, 1983.

*Comunicación rural, teoría y práctica*, México, UNAM, 1983.

*Géneros periodísticos*, México, UNAM, 1984.

**Burguete Pedrero, Humberto.**

*El verbo nuestro de cada día*, Coatzacoalcos, Veracruz, Huarichi, 1983.

**Cáceres López, Carlos.**

*Epopeya de los chiapas, Tribu que dió nombre a una entidad. Leyenda, histórica*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Departamento de prensa y Turismo, Sección autográfica, 1951.

**Cadena, Carlos.**

*Oración fúnebre, en latín, a la muerte de Carlos III*, Guatemala, 1789.

*Honras fúnebres celebradas en Guatemala en honor del mismo monarca*, Guatemala, 1789, Tipografía de Ignacio Beteta.

*Sentimientos tristes en las exequias de Doña Isabel de Farnesio*, celebrada en San Salvador, Guatemala, 1768.

*Llantos de amor u honras fúnebres al doctor Don Miguel Ciliaza y Velasco, Obispo de Chiapas*; celebradas en San Salvador, Guatemala, 1768.

*Tratado devoto que contiene meditaciones para todos los días del mes, sobre la vida de Nuestra Señora*, Guatemala, 1780

**Cadena, Felipe.**

*Acto de contrición en versos castellanos*, Guatemala, 1779.

**Camacho Arredondo, César.**

*Floración (Versos)*, México, Imprenta Mundial, 1937.

**Camacho Calvo, Mercedes.**

*La marimba. Antología*, México, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1951.

**Cancino Casahonda, Enoch.**

*Ciertas canciones*, Tuxtla Gutiérrez, ICACH, 1964.

*Con las alas del Sueño*, Tuxtla Gutiérrez, Dpto. de Prensa y Turismo, Sección autográfica, 1951 (Divulgación Cultural, 4).

*Estas cosas de siempre*, México, Seminario de Cultura Mexicana, 1970.

*La vid y el labrador. Poemas*, México, Impresora Juan Pablos, 1957 COL. TEHUTLI, 14.

*Tedios y memorias*, Tuxtla Gutiérrez, (s.n.), 1982 (Col. Libros de Chiapas, serie básica).

*Antología Poética*, México, FONAPAS, Chiapas, 1979 (Col Ceiba).

*La vieja novedad de las palabras* (Antología Poética), México, Katún, 1985.

**Carballo, Marco Aurelio.**

*Historia de la Carmelita descalza que engatusó a Feldespasto el cándido*, Sinaloa, Universidad Autónoma de Sinaloa, 1980.

*La Novela de Betoven y otros relatos*, México, Katún, 1986.

*La Tarde Anaranjada*, México, Plaza y Valdés/INBA/DDF/UAM, 1988, (Col. La ciudad).

*Polvos ardientes de la segunda calle*, México Joaquín Mortiz, 1990, Col. Cuento creciente.

*Crónica de novela*, México, Grupo editorial 7.

*De cuerpo entero*, Marco Aurelio Carballo, México, UNAM/Fundación E. Gutman/Corundo, 1992.

**Casahonda Castillo, José.**

*Belarmino Faviel. Cuento del Trópico*, Tlaxcala, Huytlale, 1959. (Serie de la amistad provinciana).

*50 años de Revolución en Chiapas*, Tuxtla Gutiérrez, ICACH, 1963.

*Juárez y la nacionalidad mexicana*, México, Cámara de Diputados, 1972.

*Mi calle*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Talleres de la compañía linotipográfica chiapaneca, 1947.

*Recuerdos de un primerizo*, Tuxtla Gutiérrez, Editorial Ceiba, 1972.

*Cuentos Chiapanecos* (Selección, notas y prólogo de J. Casahonda C.), Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, ICACH, 1967.

*12 poetas chiapanecos*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, ICACH, 1976.

*¡Zope!*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Ceiba, 1975.

*La muerte de Corisandra*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Ceiba, 1982.

**Castellanos Rosales, Ramiro.**

*Mujer. Poesías Románticas* (S.N.). 2 Vol., 1988.

**Castellanos Vda. de Flores, Esperanza.**

*Rimas infantiles*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Talleres Gráficos del Estado, 1985.

**Castellanos, Rodolfo.**

*Poesías*, México, Imprenta de José Núñez, 1920.

**Castellanos, Rosario.**

*Apuntes para una declaración de fe*, México, América, 1948.

*Trayectoria del polvo*, México, Costa-Amic, 1948.

- Sobre cultura femenina*, México, América, 1950.
- De la vigilia estéril*, México, América, 1950.
- Presentación al templo*, poemas, (Madrid, 1951), México, América Revista antológica, 1952.
- El rescate del mundo*, (México, SEP), Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Depto. de Prensa y Turismo, Sección Autográfica, Gob. del Edo. de Chiapas, 1952.
- Poemas 1953-1955*, México, Colección Metáfora vol. 6, 1957.
- Balun Canán*, México, F.C.E., 1957.
- Al pie de la letra: Poemas*, Xalapa, Veracruz, Universidad Veracruzana, 1959.
- Judith y Salomé*, (Poemas dramáticos), México, Jus, 1959, (Col. Voces Nuevas; 5).
- Ciudad Real* (cuentos), Xalapa, México, Universidad Veracruzana, 1960 (Ficción, 17).
- Lívida luz*, Poemas, México UNAM, 1960.
- Oficio de tinieblas*, México, Joaquín Mortiz, 1962.
- Mi libro de lectura*, México, INI., 1963.
- Los convidados de agosto*, México, ERA, 1964 (Letras Latinoamericanas, 4).
- Album de familia*, México, Joaquín Mortiz, 1971 (Serie El Volador).
- Mujer que sabe latín*, México, SEP-Setentas, 1973.
- El mar y sus pescaditos*, México, Sep-Setentas, 1973.
- El uso de la palabra*, México, 1974.
- El eterno femenino*, México, FCE., 1975.
- Poesía no eres tú; obra poética: 1948-1971*, México, F.C.E., 1972.
- Juicios sumarios*, Xalapa, Veracruz, Universidad Veracruzana 1966.
- Obras I. Narrativa*, compilación y notas de Eduardo Mejía, México, FCE, 1989.
- Castillejos Ceballos, Gregorio A.**
- Reliquias. Poesía*, Tapachula, Chiapas, SEP. 1976.
- Cinco poetas de Chiapas* (Tuxtla Gutiérrez), Talleres Gráficos del Estado 1982 (Col. Libros de Chiapas. Serie especial).
- Castro Aguilar, José Luis.**
- ¡Puff! qué pinche sueño!*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Fray Bartolomé de las Casas s/f.

**Castro, Carlo Antonio.**

*Los hombres verdaderos*, Xalapa, México, Universidad Veracruzana, 1959, (Ficción, 7).

*Narraciones tzeltales de Chiapas*, México, Universidad Veracruzana, 1965, (Cuadernos de la Fac. De Fil. Letras y Cienc).

*Sk'oplal te Mejicolum. La palabra de México* (periódico tzeltal-tzotzil fundado por Carlo Antonio Castro), Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Secretaría de Educación y Cultura del Gobierno del Estado de Chiapas, 1986. (Col. Facsimilar).

**Cayetano Zetino, Manuel.**

*Magdalena. Ensayo de novela*, San Cristóbal Las Casas. Tipografía de la "Sociedad Católica" dirigida por Delfino Gutiérrez, 1889.

*Cinco poetas de Chiapas*, (Tuxtla Gutiérrez), Talleres Gráficos del Estado, 1982 (Col. Libros de Chiapas. Serie especial).

**Contreras Sánchez, Felipe Teófilo.**

*Épicas y Líricas*, (1884-1900), Pról. de Atenodoro Monroy, Puebla de Zaragoza, Imprenta de "El Foro de Puebla", 1903. XXI.

**Córdoba, Matías.**

*Método fácil de enseñar a leer y escribir. Lo Propuso Fray. Matías de Córdoba con el objeto de que se generalice la enseñanza primaria, Guatemala*, Juan José Arévalo, 1824.

*Modo de leer con utilidad los autores antiguos de elocuencia*, Guatemala, Beteta, 1801.

*Prelecciones a los libros de elocuencia*, Guatemala, Beteta, 1801.

*Utilidad de que todos los indios y ladinos se vistan y calcen a la española, y medios de conseguirlo sin violencia, coacción ni mandato.* Memoria premiada por la Real Sociedad Económica de Guatemala el 13 de diciembre de 1797. Nueva Guatemala, Imprenta de Ignacio Beteta, 1798.

*La tentativa del león y el éxito de su empresa*, en Guillén, Flavio. *Un fraile prócer y una fábula poema.* (Estudio acerca de Fray Matías de Córdoba), Guatemala, Tipografía nacional, 1932. Nueva edición en: México, Fonapás Chiapas-Gobierno del Estado, 1979, (Col.Ceiba, 5).

**Cortés Mandujano, Héctor.**

*La muerte por todos lados la muerte*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Editorial Ariel, 1990.

**Corzo, Angel Mario.**

*Academia de la historia de Chiapas*, México, Ed. Protos, 1944, 17 láminas.

*Cuestionario para fijar la cultura de las razas indígenas de México*, México, Depto. de Asuntos Indígenas, 1940.

*Fray Matías de Córdoba*, Tuxtla Gutiérrez Gobierno Constitucional del Estado, Departamento de bibliotecas, 1946 (Cuadernos de Chiapas, No. 8).

*Fray Víctor María Flores*, Tuxtla Gutiérrez, Gobierno Costitucional del Estado, 1946, (Cuadernos de Chiapas, No. 9).

*Geografía de Chiapas*, México, Protos, 1943.

*Historia de Chiapas. (Los Cuentos del abuelo)*, Tuxtla Gutiérrez, Protos, 1964.

*Mis 2501 días en el Colegio Militar* (Narración simplista de los hechos de mi vida estudiantil), Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, (s.n), 1934.

*Nandiumé*. Canto épico sobre la leyenda de los Chiapas. Pról. de Marcos E Becerra, Tuxtla Gutiérrez, Imprenta del Gobierno del Estado, 1928.

*Nandalumí*. Pról. de Ismael Corzo Blanco. México, Servicio Tipográfico, 1960.

**Corzo, Delfino.**

*Ecos del Alma*, Chiapa de Corzo, Chiapas, México, 1955, 3 Volúmenes.

**Corzo, Leticia.**

*Cinco Anarquías y un cuento*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Siglo Nuclear, 1986 (Serie Aves y Primavera; 3).

**Coutiño Bezares, César.**

*La simiente del corsario*, México, Editora Cicerón, 1953.

**Coutiño Enríquez, Salvador.**

*Don Valdemar de la Roncera y Avalos*. Novela, Tuxtla Gutiérrez, Tipográfico "La Sirena" 1950.

*La familia Pérez González*, en Pérez Gallardo Ricardo. *Antología de escritores médicos mexicanos*, México, Editora Latinoamericana, 1966,

*Elodía* (Novela), Chiapa de Corzo, Talleres Linotipográficos del Gobierno del Estado, 1946.

**Cristiani Gregorio,**

*Esbozos Literarios*, México, Francisco Díaz León, 1905.

**Cruz García, Rodolfo.**

*Retrato Literario de Santiago Serrano*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, (S.N.,)

**Cruz Padrón, Fausto.**

*Trasuncional. Poemas*, México, Renovación, 1971.

*Cuentos*, Tuxtla Gutiérrez, Imprenta Libertad de expresión 1969.

*Ivan Albenir*, (Novela), (s.n.).

**Cruz Robles, Galileo.**

*Alma en verso*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Imp. del Edo., Palacio de Gobierno, 1931.

*Chiapas baluarte de México; la guerra de Ortega; episodios de la Reforma al segundo imperio; 1863 poema heroico en IX cantos y en verso*, México, Edit. de izquierda de la Cámara de Diputados, 1937.

*Extasis, poesías completas*. Prólogo de Héctor Eduardo Paniagua, México, Gobierno de Chiapas 1955.

*Siluetas y cantares*, México (Imprenta Zavala), 1968. (Clásicos Contemporáneos).

*El Sumidero o la leyenda de los chiapas*. Poema heroico, histórico, original y en verso Pról. de Juan F. Corzo, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, (s.n.), 1928.

*El último romántico*. Poesías, México, Lidia, (s.f.).

**Cruz Velázquez, Enrique.**

*La señora veinticinco. Poemas y Relatos*, San Cristóbal Las Casas, Chiapas, (S.N.), 1985.

*Jardín Poético*. San Cristóbal Las Casas, Chiapas, (S.N.), 1982.

**Culebro, Alberto.**

*Chiapas prehistórico, su arqueología*, (s.n.), 1939, (Folleto N° 1).

*Historia de Chiapas*, Huixtla, Chiapas, México, Imprenta Huixtla, 1932.

*Poemas*, en Paniagua, Héctor E. *Fiesta de pájaros*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México, Imprenta del Estado, 1932.

**Culebro Robles, Humberto.**

*Del Grijalva Rumoroso. Ensayo literario*, México, Talleres de la Imprenta Mexicana, 1963.

**Cundapí Ramos, Arturo.**

*Cruz y Selva. Cuento y Poesía*, México, Imprenta Mexicana 1973.

**Chanona, Roberto.**

*Djoya, Poemas, París, Soleil Mourant, 1985. (Texto Francés).*

*Pasos desordenados, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Presidencia Municipal, 1986.*

*Recueil de Poemas, (Texto español-francés).*

*Toda arena espuma, Tuxtla Gutiérrez, León De la Rosa, 1991, Col. Libélula.*

**Da Jandra, Leonardo.**

*Entrecruzamientos, México, Joaquín Mortiz, 1986,*

*Entrecruzamientos II, México, Joaquín Mortiz, 1988.*

*Entrecruzamientos III, México, Joaquín Mortiz, 1990.*

*Huatulqueños, México, Joaquín Mortiz, 1990*

**Díaz Bullard, Alfonso.**

*La choca, México, Organización Editorial Novaro, 1973. Novela premiada con la Rosa de Plata de Guadalajara, en 1973. Versión cinematográfica de Emilio Fernández premiada con siete Arieles.*

*El Costeño, (novela), México, Novaro, 1975.*

**Diéguez, Juan.**

*Poesías, San Cristóbal Las Casas, Wenceslao y Flavio Paniagua, Editores, 1881.*

**Domínguez C., Límbano.**

*La gran semana. Folleto, Comitán, Chiapas, 1910. -*

*Poemas en el Heraldo de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Agosto-Octubre 1910.*

**Domínguez Carballo, Josefa.**

*Poesías marianas, México, (S.N.), 1965.*

*Ensayos Poéticos, México (S.N.), 1964.*

**Duvalier, Armando.**

*Cantos de Amor a Chiapas (Breve selección de poemas declamables) Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México, ICACH, 1963.*

*Con el hermano Francisco de Asís, México, Generación del Segundo Cuarto de Siglo, 1946.*

*Cuando te nombro Chiapas... poemas, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Bloque de obreros intelectuales, 1958.*

*Elocuencia del corazón, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Tall. Linotipográficos del Estado, 1948.*

*Un gran poeta regionalista; estudio crítico, (México, s.n., 1940).*



- Mariposas de laca, Tankas y Hai-Kais*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Bloque de Obreros Intelectuales, 1958.
- La niña y su hipotenusa*, Tuxtla Gutiérrez, Seminario de Cultura Mexicana, 1963.
- Pagre piegra*, Tuxtla Gutiérrez, Bloque de Obreros Intelectuales, 1957.  
Premio de *El Nacional: concurso permanente de cuento*, 1957.
- Poesías*, México, Edit. Surco, 1964.
- Tribulaciones de un joven dinosaurio*, Tuxtla Gutiérrez, Bloque de Obreros Intelectuales, 1961.
- La Poesía de José Emilio Grajales. Autor del Himno a Chiapas*, Tuxtla Gutiérrez, ICACH, 1961.
- Poesía negra americana*, (Breve antología) Tuxtla Gutiérrez, ICACH, 1962.
- Poetas chiapanecos. Antología*, México, Editorial O.P.C.I., 1940.
- Retornelas y otros poemas*, México, Bloque de Obreros Intelectuales, 1954.
- Tibor. Hai-Kais*, México, Surco, 1943.
- Trayectoria poética de Leopoldo Ramos*, México, Surco, 1943.
- Dame la palabra y la música florida*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, La Rendija, 1985.
- Poemas alquimistas*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Rodrigo Núñez, Editor, 1989.
- Egremy Alcázar, Francisco.**  
*Albores; Primeros versos* (S.P.I.), 1958.
- Barro y espiga*, México, Editores Mexicanos Asociados, 1960.
- Esperón, María Luisa.**  
*Instantáneas, Poemas inspirados en el ambiente acogedor de Chiapas*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, (S.N.), 1951.
- Esponda Farrera, Agustín.**  
*Libro del pueblo. narración y pensamientos*, Puebla, R. Espinosa 1928.
- Esponda Toledo, Guillermo.**  
*Los ahogados del Río Blanco. Cuentos*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Ariel 1971.
- Esquinca José Luis.**  
*Chiapas en la cultura*, México, Núñez 1968.
- Pórtico y nave. Poemas*, Tuxtla Gutiérrez, Seminario de Cultura Mexicana, 1968.(Col. Letras chiapanecas).

*La oración del cazador*. Tuxtla, Gutiérrez, Seminario de Cultura Mexicana, 1968.

**Falconi Castellanos, José.**

*Canto a la vida*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Dpto. de Prensa y Turismo, 1950. (Divulgación Cultural, No. 2).

*Cauces*, Tuxtla Gutiérrez (s.n.), 1957.

*Padre Hidalgo*, Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado, 1953, (Biblioteca de autores chiapanecos, No. 1 ).

**Falconi Oliva, José.**

*Cercadas palabras: variaciones sobre un tema y otros poemas*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1979. Premio Nacional de Poesía Carlos Pellicer, 1978.

*Aguamuerte*, (vol. col. *Donde los podemos observar*), México, Punto de Partida, UNAM, 1982.

*Sonidos nucleares*, Plural 164, Mayo, 1985.

*Escribo un árbol*, México, 1991, Col. La Huerta.

**Farrera, Agustín. L**

*Libro del Pueblo*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Imprenta el Arte 1929.

*Matilde (novela)*, México, Publicaciones Farrera, 1944.

**Fernández Ruiz, Zoila Amable.**

*Irradiaciones: Poesía mística*, (S.P.I.), 1963.

*Para la escuela y el hogar; poemas, diálogos y dramatizaciones*, Tuxtla Gutiérrez, Talleres Linotipográficos del Gobierno, S.A.

**Fernández Troncoso, Raúl.**

*La marimba: su origen y leyenda*, México (S.N.), 1957.

**Figueroa Antelmo.**

*Añoranzas de juventud. Un viaje real y otro imaginario. Novela de costumbres*, Tuxtla Gutiérrez, (s.n.), 1966.

*Aventuras del pensamiento, pequeñas apologías y un silabario*, Tuxtla, Gutiérrez, (s.n.).

*La ciudad de las flores. Balun Canán*, (Tradiciones y recuerdos), (s.n.).

*En la frontera de Chiapas. Presagios de revolución*, Tuxtla Gutiérrez, (s.n.), 1966. (crónicas y relatos).

*Hombres de provincia. Lenta evolución de un pueblo. Una breve biografía*, Tuxtla Gutiérrez, (s.n.), 1969.

*La salud y el arte de vivir. Ensayos. El maestro Mariano que yo conocí*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, (s.n.), 1967, (Racionalismo y una

apología).

*Un secretario de mi pueblo. Novela de costumbres*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, (s.n.), 1964.

*La sima Novela de costumbres*, Tuxtla Gutiérrez, (s.n.), 1963.

**Figueroa Rodulfo.**

*Olvido*, Guatemala, Establecimiento tipográfico "La Unión" 1890

*Poemas*, México, H. Barrales Sucr., 1923.

*Poesías*, C. Juárez, Chihuahua, Imprenta de "El Agricultor Mexicano", Escobar Hnos., Editores (s.f.).

*Poesías completas*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Editorial de Vicente Liévano, 1926. Pról. de Andrés Serra Rojas.

*Poesía inédita del Dr. Rodulfo Figueroa*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Talleres Gráficos del Gobierno del Estado, 1937.

*La vacuna, su conservación indefinida y su propagación en Guatemala*, Guatemala, Escuela de Medicina, 1984.

**Flores Mason, Luis**

*Cuentario Muestra de narrativa coleta*. San Cristóbal Las Casas. Patronato Fray Bartolomé de Las Casas, 1988.

*Juan Jovel*, San Cristóbal Las Casas, Chiapas, Edit. Fray Bartolomé de Las Casas, 1991.

*Tres cuentos tres*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Edit. Fray Bartolomé de Las Casas, 1994.

*El autor y su obra y otros cuentos*, San Cristóbal Las Casas, Editorial Arcotete, 1996

**Fonseca Sánchez, Alexander.**

*Poemas*, en Mellanes, Eliseo *Antología de Poetas Jóvenes*, Tuxtla Gutiérrez, ICACH, 1955.

**Franco Torrijos, Enrique.**

*Odisea en Bonampak*, México, Talleres "Artes Gráficas" de José Álvarez Álvarez, 1950.

**Gallegos López, Artemio.**

*Poemas*, en Mellanes, Eliseo, *Antología de Poetas jóvenes*, Tuxtla Gutiérrez, ICACH, 1955.

*Pórtico, poemas*, México, Gráficos Galeza, 1964.

*Voz distante*, México, América, 1982.

**Gallegos, Sobrino, Guillermo.**

*Dos Cuentos*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, SEP 1982.

*Cuando el surco llora*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, (s.n.). 1977.

**Garduño, Raúl.**

*Poesía joven de México*, Vol. col., México, siglo XXI, 1967.

*Poemas*, Tuxtla Gutiérrez, 2a, Ed. Fonapás Chiapas, 1982. (Col. Ceiba).

*Estancias junto a Fidalma*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Gobierno del Estado, 1982.

*Los danzantes espacios estatuarios, Obra póstuma*, Tuxtla Gutiérrez, Gob. del Estado, 1982 (Col. libros de Chiapas).

**Garzón González, Alberto.**

*Luciernagas. Poemas, infantiles*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Asociación de Escritores y Poetas de Chiapas A.C. 1987.

*Quinceañeras*, Tuxtla Gtz. Chiapas, Difusión Cultural del Congreso del Estado 1988.

**Gómez Argüello, Carmen.**

*Poemas En: Mellanes, Eliseo, Antología de Poetas jóvenes*, Tuxtla Gutiérrez, ICACH, 1955.

**González Castillo, Ernesto.**

*El santo de Ayutla y otros cuentos*, México, FONAPAS-Gobierno del Estado de Chiapas, 1979, (Col Ceiba, 6).

**González García, Abel.**

*Versión poética*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, (S.N.). 1977.

**Gordillo Castañeda, Martha Elena.**

*Sentimiento poético*, Tuxtla Gutiérrez, (S.N.), 1982.

*Sentimiento poético*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas,- SEPECH, 1982. (Cuadernos Culturales. 17).

**Gordillo y Ortíz.**

*7 Cuentos y una crónica*, México, Compañía Editorial Impresora y Distribuidora, S.A., 1989.

*Diccionario bibliográfico de Chiapas*, México, Costa Amic, 1977.

**Gómez Rodríguez, José.**

*Poemas*, en Paniagua, Héctor E. *Fiesta de Pájaros*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México, Imprenta del Estado, 1932.

**Grajales Gómez, Alfonso.**

*La Juyenda inútil y otros cuentos*, México, Katún, 1986.

**Grajales, Gloria.**

*Vivencias Poemas*, México, B. Costa-Amic. Editor, 1977.

**Grajales, José Emilio.**

- Flores Silvestres*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Imprenta La Sirena, 1971.  
Pról. Armando Duvalier.
- Guerra Utrilla, José.**  
*Poemas*. En: Mellanes, Eliseo. *Antología de poetas jóvenes*, Tuxtla Gutiérrez, ICACH., 1955.
- Guillén Fedro.**  
*La aurora es inmortal*, Quito, Ecuador, Edo. Ecuador O<sup>o</sup> O' O" Casa de la Cultura, Ecuatoriana, 1963.  
*El laurel y la sombra*, (con una carta de Alfredo Cardoña Peña, Quito, Ecuador. Ecuador O<sup>o</sup> O' O", 1963.  
*Viajes*, Ecuador O<sup>o</sup> O' O", 1977.  
*Tolstoj, Rolland, Luther King*, Tuxtla Gutiérrez, Editorial del Gobierno del Estado, 1974.  
*Parábola del ocaso*, México, Cuadernos Americanos (sobretiro), 1978.
- Guillén Flavio.**  
*Polvo de oro*, 2a. Edición, Edición conmemorativa de Fedro Guillén México, 1971.
- Gumaro.**  
*Senda del porvenir*, México, Claridad, 1942.
- Gurría Urgell, Isidoro.**  
*Las confesiones de Don Cayetano*, México Manuel Porrúa 1965.  
*El hijo del panadero*, México, Manuel, Porrúa, 1967. (Biblioteca Mexicana 37).  
*La mujer del pecho tatuado*. México, Manuel Porrúa, 1969, (Colofón, 1970), (Biblioteca Mexicana, N<sup>o</sup> 41).
- Gurría Urgell, José María.**  
*Romancero del santuario*, 2a. Ed., México, GEGT, 1976.
- Gutiérrez Caballero, José del Carmen.**  
*Mis orquídeas. Ofrenda Lírica y Cantos a la flora salvaje de América*, Tapachula, Chiapas, Imprenta de Gyves.
- Gutiérrez Alfonso, Carlos.**  
*Jaguars en la ciudad, jóvenes poetas del sur de México*. Coautoría con José Vicente Aguilar, suplemento de la Revista Encuentro N<sup>o</sup> 37, México, 1987.  
*Después del silencio*, En Anuario de Cultura Investigación, Tuxtla Gtz., Chiapas, ICHC. 1991  
*Cirene* Tuxtla Gtz. Chiapas, Instituto Chiapaneco de Cultura/ Núñez

Díaz Editores, 1994. Col. Adarga.

**Gutiérrez, Federico.**

*Poemas*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, El autor, s/n.

*Decepción, Sainete escrito en prosa y verso*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, El renacimiento, 1922.

**Gutiérrez, Jesús Agripino.**

*La literatura chiapaneca*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, (s.n.), 1950.

*Ansiedad. Poemas*, Pról. de Armando Duvalier, México, Claridad, 1944.

*Cinco poemas*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México, Sobretiro de la Revista, "Alfa", 1964.

*La huyenda*. Novela, Tuxtla Gutiérrez, Editorial Ariel, 1969.

*Ixtapa; estampas de mi pueblo*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1949.

*La literatura chiapaneca*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Talleres Linotipográficos del Estado, 1953.

*Literatura infantil*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Sección 40 del S.N.T.E. 1970.

*Sombras de la vida, o sea la vida de un estudiante pobre: novela*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Talleres Litográficos del Gobierno, 1941.

*Sóstenes Esponda: eminente educador chiapaneco*, México, G.C.E. Departamento de Bibliotecas, 1946.

*Vivencias*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Ariel, 1979.

**Gutiérrez, Oscar.**

*Poemas*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Siglo nuclear, 1986 (Serie Ave y Primavera: 4).

**Hernández C. Amador.**

*Palpitaciones Románticas*, México, Edición 1 del Kikiriki, 1970, (Colección Lascas).

**Hernández García, Gabriel.**

*Variaciones*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Instituto Chiapaneco de Cultura/ Núñez Díaz editores, 1994. Col. Adarga.

**Hernández López, José.**

*Poemas*, En: Mellanes, Eliseo, *Antología de poetas jóvenes*, Tuxtla Gutiérrez, ICACH., 1955.

**Hernández, Florentino.**

*El bien y el mal: Juan vivo y Juan bobo: cuentos campesinos*, México, Taller de arte e ideología, 1983.

*Humilde corona de inmortales siempre vivas a la grata memoria del Sr.*

Lic. Don Joaquín M. Ramírez. San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, Novalto Flores. 1903.

**Ishim, Miguel.**

*El gran poder. Cuentos*, (S.L./S.F.), El Autor.

**Jiménez Paniagua, José.**

*Semblanzas de un viaje*, San Cristóbal de Las Casas Chiapas, (s.n.), 1979.

*Juegos Florales decembrinos de Chiapas*, 1948, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Depto. de Prensa y Turismo, 1948.

*Juegos florales 1949*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Depto. de Prensa y Turismo, Gob. del Estado 1952.

**L. de Esperón, María Luisa.**

*Instantáneas*, (s.n.). El Autor, 1951.

**Lacroix González, Domingo.**

*Gotas de Recuerdos, Palenque*, Chiapas, Fondo de Cultura Tabasqueña, 1976.

**Laparra, Armando.**

*Sobre el surco abierto*, Poemario (S.N.), 1934.

**Lara, Francisco J.**

*La emoción provinciana*, (poemas), Pról. de Armando Duvalier, México, Ediciones Claridad, 1947.

*Rimas transeúntes*, México, Claridad, 1942.

*Romances de mi provincia*, México, Etnos, 1944.

**Lara Ramos, César A.**

*Alma Lírica. Poemas*, Tuxtla Gutiérrez, Editorial del Sureste, 1960.

*Pausas en el sendero*, Prólogo de Ernesto Quiñones, L., México, (s.i.), 1951.

**Lara, Yolanda.**

*Piel Nueva*, México, El autor, 1976.

*Sin tiempo*, México, Federación Editorial Mexicana, 1980.

**Larráinzar, Enriqueta, Ernestina y Elena.**

*Viaje a varias partes de Europa, con un apéndice sobre Italia, Suiza y Bordes del Rhin*, México, Filomeno Mata, Editor, 1883, 5 Volúmenes.

**León Brindis, Amadeo.**

*Lira Provinciana*, Prólogo de Eliseo Mellanes Castellanos, México, Editorial América, 1965.

**León, Raúl.**

*Lira Profana*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, (s.n.), 1935.

Poemas. En Paniagua, Héctor Eduardo. *Fiesta de Pájaros, Poetas chiapanecos contemporáneos*. Tuxtla Gutiérrez, Imprenta del Estado, 1932.

**Liévano Vicente.**

Poemas. En: Paniagua Héctor. *Fiesta de Pájaros*. Tuxtla Gutiérrez, 1932.

**López Bermúdez, José.**

*Canto a Cuauhtémoc*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Departamento de Prensa y Turismo. 1951.

**López Coronel, José M.**

*Gotas Amargas*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, "La Sirena", 1948.

**López Gutiérrez, Gustavo.**

*Antología de la oratoria chiapaneca 1813-1966*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, (s.n.), 1967.

**López Moreno, Roberto.**

*A dónde irá veloz y fatigada: diurno de los dioses*, México. La Máquina eléctrica, 1980.

*Itinerario inconcluso*, México, Cuadernos de estraza, 1980.

*En el sur de la nostalgia*, México, Federación Editorial Mexicana (Col. Palabra viva, vol. 3 Poetas mexicanos). 1974.

*Tres poetas mexicanos*, Colectivo, México, FEM, 1969.

*Trilogía entre la sal y el fuego, sonetos*, edición del autor, 1969.

*La voz primera, poesía*, Com. Fed. de Electricidad, 1970.

*Las mariposas de la tía Nati*, México, Cultura Popular, 1973.

*Silvestre Revueltas, ensayo*, México, FCE., 1975.

*Variaciones de invierno, antología poética de Juan Bautista Villaseca*, México, La Morada de Paz, 1976.

*Siete apuntes, Poesía*, México, Delambo, 1979.

*Aquí con mis hermanos*, colectivo, México, Pasquín, 1979.

*Muerte y resurrección de Emiliano Zapata*, México, Pirgüín, 1979.

*Los trece tiempos de eros*, Poesía, México, Taller de Escritores y Artistas, 1980.

*De la muerte violencia, su estrofa erizada maúlla a las nubes de un trágico final. Sobre las azoteas el gato escribe*, México, Delambo, 1980.

*Yo se lo dije al Presidente*. Cuentos, México, FEC., 1982.

*El arca de Caralampio: El extraño mundo zoológico de Chiapas*, México, Katún, 1983.



- Versitlán*, México, Presencia Latinoamericana, 1984. Premio "La edad de Oro", Cuba.
- Benito Méseguer: un poeta en la patria del color*, colectivo, México, UAM, 1984.
- Cuando salí de la Habana, Válgame Dios*, antología, México, Claves Latinoamericanas, 1984.
- De saurios, itinerarios y adioses*, Tuxtla Gutiérrez, UNACH, 1984.
- La curva de la espiral*, México, Claves Latinoamericanas, 1986.
- Décimas lezámicas*, México, Coordinación de Humanidades, UNAM, 1986.
- Motivos para la danza*, México, Factor, 1986.
- Manco y loco jarde! La historia que no se ha escrito*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Gobierno del Estado, 1991.
- Macal, María Luisa.**  
*A solas*, Comitán, Chiapas, México, Chonab, 1986.
- Macías, Elva.**  
*Los pasos del que viene*, Monterrey, N.L., Col. Poesía en el mundo, 1975.  
*Círculo de sueño*, México, INBA, 1975, Col. literatura joven, No. 5.  
*Imagen y semejanza*, México, Dif.Cult. UNAM, 1982. Cuadernos de Humanidades No. 20.  
*Pasos contados*, México, Villcaña, 1986. Caballo verde de poesía.  
*Lejos de la memoria*, México, Boldó i Climent, 1989.  
*Elva Macias, Poesía*, Prologo de Elsa Cross, México, UNAM, Material de Lectura.  
*Ciudad contra el cielo*, México, CNCA, 1993, Col, Luzazul.
- Marín, Gabriel.**  
*Palpitaciones*, Prólogo de Armando Duvalier, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Depto. de Prensa y Turismo. Sección Autográfica, 1951.  
*Poemas*, en Paniagua, Héctor E. *Fiesta de pájaros*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México, Imprenta del Estado, 1923.
- Marín Zambrano, Oscar A.**  
*Poemas*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, (s.n.), 1973.
- Martínez Vázquez, Manuel de Jesús.**  
*Brujos y visiones de mi tierra*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Difusión Cultural del Congreso del Estado, 1987.
- Martínez, Tomás.**  
*Diálogos Hipotéticos: Humorismo Criollo*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas,

(s.n.), 1936.

*Ofrenda Lírica*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. La Sirena, 1950.

*Regeneración drama regional en tres actos y en prosa*. San Fernando, Chiapas, Gobierno del Estado 1930.

*Poemas*, En Paniagua, Héctor E. *Fiesta de Pájaros*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México, Imprenta del Estado, 1932.

**Maza, Gustavo.**

*Luces de aurora y varios poemas*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Editorial de Periódicos Prensa Independiente de Tuxtla Gutiérrez, 1973.

**Meléndez, José T.**

*Libélulas*, *Poemas en prosa*, Tuxtla Gutiérrez, (S.N.), 1925.

**Melgar Durand, Jorge.**

*Lúbricos pensamientos de un rostro imaginario*, Comitán, Chiapas, Círculo Cultural de Comitán, 1967.

**Mellanes Castellanos, Eliseo.**

*Exégesis de Chiapas*, poema, Tuxtla Gutiérrez, (s.n.), 1946.

*Fuego en la nieve*, Tuxtla Gutiérrez, Departamento de Prensa y Turismo del Gob. del Estado de Chiapas. 1952.

*Liberación. Cuento mexicano*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Sección XXXVII del S.N.T.E., 1961.

*Perfil de la poesía en Chiapas*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Sección XXXVII de S.N.T.E., 1965.

*Antología de poetas jóvenes*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Ariel, 1955.

*A Tuxtla*, Poema, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Talleres Linotipográficos del Estado, 1943.

*Retablo de Don Benito Juárez*, México ISSSTE, 1974. Poema laureado en los VI Juegos, Florales en la Sec. 40 del S.N.T.E.

*Veinte Haikais y un poema que se aleja del olvido*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, (s.n.), 1968.

**Micelli, Amín.**

*Carnemente*, México UAM/ IZTAPALAPA, 1988, (Col. Correo Menor).

*Palabra del Tiempo*, México, CREA, 1986.

**Molina, Javier.**

*Bajo la lluvia*, México, UNAM, 1974.

*Para hacer plática*, México, La máquina de escribir, 1978.

*Muestrario*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Talleres Gráficos del Estado, 1985 (Col. Ceiba).

**Montañez, Pablo.**

*Río Grande, la cuenca del Usumacinta (gran reserva de México)*, México, Costa Amic, 1970.

*Lacandonia*, México, Costa Amic, Tercera edición, aumentada, 1971.

*La agonía de la selva*, México, Costa-Amic, 1973.

*Jataté Usumacinta*, México, Costa-Amic., 1976

**Montesinos Niño, José María.**

*Memorias del Sargento José María Montesinos*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Talleres Linotipográficos del Gobierno del Estado, 1935.

2ª Edición, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, S.E.C., 1984, (Col. Ceiba).

**Montiel M., Gustavo.**

*Notas de un viaje al extremo oriente*, México, Costa Amic, 1979.

*Tuxtla Gutiérrez de mis recuerdos*. México, B. Costa Amic, 1972.

*Tuxtla Gutiérrez de mis recuerdos: apéndice fotográfico*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, (s.n.), 1972.

*Las viejas calles de la antigua Tuxtla*, México, B. Costa-Amic, 1975. 2 Volúmenes.

*Recordando el Soconusco y su perla*, México, B. Costa-Amic, 1979.

*Yo viví en las Islas Marías: Las aventuras de un preso*, México, B. Costa-Amic, 1976.

**Montilla Duarte, Felipe.**

*Cuentos mayas y fantasías*, México, Iberoamericana, 1955.

**Morales Avendaño, Segundo Juan María.**

*Cantares de mi tierra: Rincones de Chiapas*, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, Imp. Urbina, 1972.

*Rincones de Chiapas: Cuentos y leyendas de mi tierra*, Venustiano Carranza, Chiapas, (s.n.), 1974.

**Morales Bermúdez, Jesús.**

*On O T'ian. Antigua palabra, narrativa indígena ch'ol*, México, UAM/AZCAPOTZALCO, 1984.

*Del largo vagar de los sentidos*, (vol. col. *Variaciones sobre un rayo de sol*), México, Piedra de Fundación, 1987.

*Memorial del tiempo o vía de las conversaciones*, México, INBA-Katún, 1987. Premio Bellas Artes de Literatura - Testimonio, 1986.

*Helena* (vol. col. *Los siete pecados capitales*), México, Conaculta, 1989.

*Ceremonial*, México, CNCA-ICHC, 1992.

*La Espera*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, ICHC., 1994.

*Por los senderos de lo incierto*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, UNACH, 1994.

*Las caricaturas de Prometeo*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Núñez Díaz Editores, 1994

**Morales, Lino.**

*Poemas*, San Cristóbal Las Casas Chiapas, México, Boletín de la Sociedad Científica, Literaria y Artística de San Cristóbal Las Casas, Chiapas Tomo II, No.3, Junio de 1944.

**Moreno Díaz, Horacio.**

*A voz de pueblo*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Ariel, 1964.

**Mota Castillejos, Oscar.**

*Tomás Martínez Vázquez, escritor costumbrista*, Tuxtla Gutiérrez. Difusión Cultural del Congreso del Estado, 1988.

**Mota, Sergio.**

*Talla directa*, México, Tierra Nova, 1982, (Col. Letras).

*Trastornando los orígenes*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, UNACH, 1977.

*Informe sobre Draconia y otros relatos*, México, Difusión Cultural/ UNAM, 1982.

**Muench, Cristina.**

*Poemas y un mismo amor*, Tuxtla Gutiérrez, Siglo Nuclear, 1986, (Serie Aves y Primaveras:1).

**Muñoz Mares, Canuto.**

*Otar: Escoger*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México, Austral, 1955.

**Navarrete, Carlos.**

*Exploraciones arqueológicas de la Cueva de los Andasolos*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, UNACH, 1977.

*Un reconocimiento de la Sierra Madre de Chiapas, apuntes de un diario de campo*, México Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Mayas, UNAM, 1978.

*Las esculturas de Chuculá, Huchuetenango*, Guatemala, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, 1979.

*Ejercicios para definir espantos*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, FONAPAS-Gobierno del Estado de Chiapas, 1979, (Col. Ceiba, No. 3).

*Los arrieros del agua*, novela, México, Katún, 1985.

*El romance tradicional y el corrido en Guatemala*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, 1987.

**Navarro Castellanos, Rubén.**

*El señor de las tres caídas: Relato histórico*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, UNACH, 1977, (Cuadernos Históricos).

**Navarro, Rodolfo.**

*Poemas*, En Paniagua, Héctor E. *Fiesta de pájaros*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México, Imprenta del Estado.

*Las orquídeas del Huitepec*. Estudio botánico, San Cristóbal Las Casas, Revista de la Cámara de Comercio, 1928.

**Nivón, Antonio.**

*Poemas*, En Paniagua, Héctor E. *Fiesta de pájaros*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México, Imprenta de Estado, 1932.

**Núñez Albores, Ernesto.**

*Vientos literarios: dos selecciones literarias y un cuento*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Asociación de Escritores y Poetas Chiapanecos A.C., 1986.

**Ocampo Carbott, Manuel Alberto.**

*Mil palabras y un solo pensamiento*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, (s.n.), 1977.

**Ocampo, Saturnino.**

*Poesías*, San Cristóbal Las Casas, Wenceslao y Flavio Paniagua, Editores, 1883.

**Olalde, Guadalupe.**

*Olivos y acebuches*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Instituto Chiapaneco de Cultura, 1992.

**Oliva, Oscar.**

*La voz desbocada*, (Vol. col. *La espiga amotinada*), México, FCE, 1960.

*Aspera cicatriz* (Vol. col. *Ocupación de la palabra*), México, FCE, 1965, (Letras Mexicanas, 81).

*Egipto su antigua literatura; desde el reino antiguo hasta finales de la dinastía XVIII*, México, SEP, 1967, (Cuadernos de lectura popular, 97; Ser. La Honda del Espíritu.).

*Estado de sitio*, México, Joaquín Mortiz, 1972, (Col. Las Dos Orillas). Premio Nacional de Poesía Aguacalientes, 1971.

*Trabajo ilegal, poesía 1960-82*, México, Katún, 1985.

**Olmos, Carlos.**

*El presente perfecto y las Ruinas de Babilonia*, Chiapas, Fonapás, 1979, (Colección Ceiba, 2).

**Orantes Tovilla, Luis.**

*Mis cinco primeros cuentos*, México, Liberal, s/f.

**Ordaz de Tejada, Ernesto.**

*Poesías*, En Paniagua, Héctor E. *Fiesta de Pájaros*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México, Imprenta del Estado, 1932.

**Ordóñez y Aguiar, Ramón.**

*Historia de la creación del cielo y de la tierra, conforme al sistema de la gentilidad americana. Theología de las culebras*, (s.n.), C. 1790.

**Ortiz Paniagua, Ernesto.**

*A un esclavo negro*, México, Roall, 1962, (Eds. "El Gallo", 1).

**Palacios, Adela.**

*Como caña de azúcar*, México Federación Editorial Mexicana, 1982, (Col. Palabra Viva).

**Palacios, Oscar.**

*El otro tiempo*, Mérida, 1971.

*En memoria de nadie*, México, Gaceta Editores, 1982.

*La mitad del infierno*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Programa Cultural de las Fronteras, 1989.

*El ombligo del mundo*, Tuxtla Gutiérrez, YASHALUM, 1987.

*Melo dijo Gervasio: Anecdótico*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, YASHALUM, 1988.

*En menores de nadie* (2ª Edición), Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Instituto Chiapaneco de Cultura, 1994.

*Cuentos y recuentos*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, UNACH, 1992.

**Paniagua Bermúdez, Domingo.**

*La vida intensa*, Traducción del inglés *The strenuous life*, de Theodoro Roosevelt, Filadelfia, USA 1916.

*Sketches*, La Habana, Cuba 1900.

*Gotas de lluvia*, Barcelona, España, 1893.

*Fugitivas*, Buenos Aires, Argentina, 1906.

*Chiapas*, (Conferencia en inglés), Washington D.C., 1922.

*Nieves de estío*, Barcelona, España, Henrich y Compañía, 1902, edición de lujo (300 ejem.).

*Viejas impresiones*, París, Francia, imp. & Pap. Reunies de Roanne, 1932.

**Paniagua Herrera, Jorge.**

*Cuando el otoño supo entregar herencia*, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, (s.n.), 1966.

*El escudo de Chicovanc: Leyenda primaria de los hombres verdaderos*, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas. Fray Bartolomé de las Casas, 1976,

*Cuando la Proa de la Tarde*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Gobierno del Estado de Chiapas, 1976, (Colección Chiapas).

**Paniagua, Flavio Antonio.**

*Catecismo elemental de historia, geografía y estadística de Chiapas*, San Cristóbal Las Casas, Imprenta de El Porvenir a cargo de Manuel M. Trujillo, 1876.

*Compendio de historia y geografía de Chiapas; para uso de las escuelas*, Tuxtla Gutiérrez, Tipográfica del Gobierno, 1896.

*Documentos y datos para un diccionario etimológico y geográfico de Chiapas*, 3v., San Cristóbal Las Casas, Chiapas, Manuel Bermúdez R., 1908.

*Examen y distribución de premios habidos en el Colegio "Villalvazo" en San Cristóbal*, el día 11 de noviembre de 1872, Reimpresión en San Juan de los Lagos, Jal., Tipografía de José Martí, 1873.

*Informe del Procurador de Justicia comprensivo de enero de 1896 a agosto de 1903*, Chiapas, San Cristóbal Las Casas, Imprenta a cargo de Manuel Bermúdez, 1908.

*Opúsculo sobre el examen y distribución de premios habidos en el Colegio "Villalvazo" dedicada a las Directoras y alumnas del mismo*, San Cristóbal Las Casas, Tipografía del Porvenir, a cargo de Manuel M. Trujillo 1872.

*Una rosa y dos espinas. Memorias del imperio*, San Cristóbal Las Casas, Juan B. Tielemans y W. Paniagua Editores, 1870.

*Lgrimas del corazón. Ensayo de novela histórica*, San Cristóbal Las Casas, Juan B. Tielemans y W. Paniagua Editores, 1873.

*Florinda (contiene los documentos más importantes referentes a la insurrección de indígenas acaecida en 1869)*, Chiapas, Felipe Jimeno Jiménez, impresor, 1889.

*La cruz de San Andrés, (contiene la relación de los sucesos políticos acaecidos en Chiapas de 1846 a 1850)*, Chiapas, T. M. Domínguez, impresor, 1890.

*Salvador Guzmán*, Chiapas, imprenta del Gobierno del Estado, 1891.

**Paniagua, Héctor Eduardo.**

*Adelfas de amor y de pecado*, Pról. de Andrés Mayorga Largaespada,

- Chihuahua, Imprenta La Prensa, 1935.
- Cómo debe enseñarse la cría de animales domésticos*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Tip. de Tomás Martínez, 1941.
- El maíz: grano de los dioses*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, s.n., 1953
- Fiesta de pájaros: Poetas chiapanecos contemporáneos*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México, Imprenta del Estado, 1932.
- La hora inquieta. Musa revolucionaria. Poemas*, México, (s.n.), 1935.
- Pinos de Malé*, Huixtla, Chiapas, C.A. Culebro, 1931.
- Viejo dolor*. Versos, (s.n.), 1926.
- Paniagua, Hermilo W.**
- El premio gordo. Sainete cómico infantil*, Ciudad Las Casas, Chiapas, (S.N.), 1936.
- Verdugos del proletario. Comedia en un acto y en verso*, Ciudad Las Casas, Chiapas, (S.N.), 1938.
- Víctimas del Alcohol. Drama infantil*, Las Casas, (s.n.), 1936.
- Paniagua Solís, Jorge Fernando.**
- Matices*, San Cristóbal Las Casas. El Autor 1983.
- Ideas Inéditas*, San Cristóbal Las Casas, Chiapas, El Autor 1984.
- Parres, Ernesto (Gastón de Vilac).**
- Berenice. Novela corta*, (s.n.), 1919.
- Chiapas bajo el signo de la hoz*, México, (s.n.), 1940.
- Destino de cantarte. Poesías*, México, Claridad, 1946.
- Elogio de mi tierra. Prosa Nota introductoria de Antonio D'Amiano*, México (s.n.), 1955.
- Litoral. Cuentos*, México, (s.n.), 1938.
- Misas herejes. Versos* (s.n.), 1914.
- Nauyacas...*, México, Claridad, 1942.
- Nuevos cuentos a la tierra natal*, México, (s.n.), 1940.
- Tiempos de recordar*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Gobierno Constitucional del Estado, 1946. (cuadernos de Chiapas, No.6).
- Tierra natal y otros cantos*, México, (s.n.), 1936.
- Viajes del alma eterna*, 1914.
- Penagos, Ranulfo.**
- Adela. Novela de costumbres regionales, Prólogo de D. Salvador Torres Berdón*, México, Talleres Linotipográficos de "El pueblo", 1918.
- Ensueño de primavera*, (s.n.), 1907.
- Poesías, Flores de ensueño*, Tuxtla Gutiérrez, Imprenta del Gobierno,



1919.

*A sangre y fuego. Descripción del asalto de las hordas villistas a la plaza de Tuxtla Gutiérrez el 5 de Junio de 1917*, (s.n.), 1918.

**Penagos Tovar, Mariano.**

*Bajo el sol*, Tuxtla Gutiérrez, Cafés Literarios de Chiapas, 1953.

*Entre el guijarro y el astro*, México, Imprenta Arana, 1967.

*Hontanar de elegido*, Tuxtla Gutiérrez, Sección Autográfica del Depto. de Prensa y Turismo 1952.

*Intemperie de amor*, Tuxtla Gutiérrez, Editorial México - Austral, 1954.

*No es el mundo vómito de obús*, Tuxtla Gutiérrez, Sección XXXVII del S.N.T.E., 1966.

*Ondulación del hombre*, México, (s.n.), 1970.

*Tuxtla y su cachete impuro*, México, Bloque Avance Cultural, 1965.

**Pérez Gómez, José Eugenio.**

*Cosmos esparcidos de luz. Florilegio de ensueños*, San Cristóbal Las Casas Chiapas, Talleres de San Antonio 1970.

*Horas Líricas. Poemas*, San Cristóbal Las Casas, Chiapas, México, (S.N.)1973.

**Pérez Rojas, Armando.**

*Arco Iris*, San Cristóbal Las Casas, Chiapas, Imprenta San José. 1961.

**Pimentel, Jacobo.**

*Cinco cuentos chiapanecos*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Gobierno del Estado, D.G.E.P., 1974.

*Cuentos Regionales*, Tuxtla, Gutiérrez, Chiapas, UNACH, 1993.

**Pimentel, Julio Alberto.**

*La profanación de los espacios*, México, SEP/CREA, 1989. Col. letras nuevas.

**Pineda del Valle, César.**

*Antología de cuentos Chiapanecos*, Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas, 1987.

*Cuentos y leyendas de la costa de Chiapas*, México, B. Costa-Amic, Editor, 1976.

*Bartolito: un hombre sin historia y sin tiempo, de la costa de Chiapas, que quiso historia y actuó en el tiempo del recuerdo*, México, B. Costa-Amic, 1979.

*Antología del cuento chiapaneco*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, UNACH, 1995.

**Pinto Gordillo, Mario.**

*Juguetes de mi tierra*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, SEPECH, 1982. (Cuadernos culturales).

*Metáforas de sol y agua*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, ICACH, 1962.

**Pinto, Rosa Martha.**

*Desde lo más profundo*, México, Tipográfica del Prado, 1975.

**Pinto, Yañez Gilberto.**

*Bronces*, México, Manuel León Sánchez, Editor.

*Claros de alba* (s.p.i.).

*Con permiso. Versos*, Guatemala (s.p.i.).

*Exaltación, Poemas*, Manuel León Sánchez, Editor, 1948.

*Flores de selva*, Quetzaltenango, E. Cifuentes, 1929.

**Ponce, Alonso.**

*Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al Padre Fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España, siendo Comisario general de aquellas partes*, Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1872. (2ª Ed. UNAM, 1976).

**Poumián García, Fidel.**

*Ecos espirituales. Poemario*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Asociación de Escritores y Poetas de Chiapas. A.C. 1989.

*Evocaciones*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Asociación de Escritores y Poetas de Chiapas, A.C., 1988.

*La Nueva Ruta*. Poemas s.n.

**Pozas, Ricardo.**

*Chamula, un pueblo indio de los Altos de Chiapas*, México, INI 1954.

*Los indios en las clases sociales de México*, México, Siglo XXI, 1971.

*Antropología y burocracia indigenista*, México, Macehual, 1974.

*Juan Pérez Jolote* (biografía de un tzotzil), México, Acta antropológica III, 3 de septiembre de 1948.

**Próspero, Carlos.**

*Nostalgia de tu amor*, Guadalajara, Jalisco, México, Saeta, 1986.

**Puig y Domínguez, José Manuel.**

*Poemas*, San Cristóbal Las Casas, Periódico "El Espíritu del Siglo", 1861-1864.

**Rabasa, Emilio.**

*El artículo 14; estudio constitucional*, México, El Progreso Latino, III.

- La bola; Novela*, México, Alfonso E. López, 1887.
- La bola y la gran ciencia*, Ed., y Pról. de Antonio Acevedo Escobedo, México, Porrúa, 1948, XIII, (Col. escritores mexicanos, 50).
- El cuarto poder y moneda falsa*, Ed. y Pról. de Antonio Acevedo Escobedo. México, Porrúa, 1948, (Col. escritores mexicanos, 51).
- La guerra de tres años. Maderas originales de Isidoro Ocampo, capitulares de Ignacio Paco M.* (Pról. de Victoriano Salado Alvares) México, "Cultura", 1931.
- La Guerra de tres años, seguida de poemas inéditos y desconocidos*, Ed., y Pról. de Emmanuel Carballo, (México), Libro-Méx., (1955).
- Ramírez Garrido, Argentina Ivonne.**  
*Chiapas en 10 poemas*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, (S.N.), 1955.
- Ramírez, Rafael. (Arles).**  
*Ojalá te mueras*, 2a. Edición revisada, corregida y aumentada Tuxtla Gutiérrez, Ed. de Oscar López, 1970.
- Siquiera tata cura nos tocara la campana*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Ed. Rodrigo Núñez de León, 1986.
- B.S. Tamila*, Tuxtla Gutiérrez, Rodrigo Núñez Editor, 1985.
- Ramos, Juan Antonio.**  
*Tiras de Papel*, Villahermosa, Tab., El Autor, 1977.
- Rébora, Hipólito.**  
*Memorias de un chiapaneco, (1985-1982)*, México, Editorial Katún (Serie historia regional 2), 1982.
- Rincón, Rubén M.**  
*Cuentos Juan el Cordelero*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Gobierno del Estado de Chiapas; Subsecretaría de Educación media y superior, s/f.
- Rincón, Valentín.**  
*El Raudal del Potro*, México, Talleres Industriales de la Penitenciaría del D.F., 1953.
- Rivera, Antonio.**  
*Poemas*, En: Paniagua, Héctor. Fiesta de Pájaros, Tuxtla Gutiérrez, Imprenta del Estado, 1932.
- Robles B., Daniel.**  
*Luz, más luz para Chiapas*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Manuel de J. León Editor, 1933.

**Robles Sasso, Daniel.**

*Encuentro con Vallejo en la tierra del hombre*, Tuxtla Gutiérrez, Sección XXXVII del S.N.T.E., 1965.

*Viento al hombro*, México, Talleres Tipográficos Shegar, 1959, (Col. Ceiba 1).

*Alguien muere de amor y no le basta*, Tuxtla Gutiérrez, UNACH, 1983, (Col. Maciel). 2ª Edición Instituto Chiapaneco de Cultura, 1992.

**Rodríguez López, Magdalena.**

*Poemas*, En: Mellanes, Eliseo. *Antología de Poetas Jóvenes*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, ICACH, 1955.

**Rodríguez, José Emigdio.**

*Poemas*, En Paniagua, Héctor E. *Fiesta de Pájaros*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México, Imprenta del Estado, 1932.

**Román de Becerril, Leticia.**

*Al final del camino*, México, D.F., Costa Amic Editores, S.A., 1991.

**Román Lara Vda. de Aguilar, Ana.**

*Poesía*, San Cristóbal Las Casas Chiapas, El Autor 1979-1983, 5 Volúmenes.

**Rosette Velasco, Tancredo.**

*Cantos a mi tierra*, México, (S.N.), 1950.

**Rubín, Ramón.**

*Diez burbujas en el mar; ese rifle sanitario; la caoba perdida*, Ediciones de autor en los años 1949, 1948 y 1951 respectivamente.

*El callado dolor de los tzotziles*, México, Libro - Méx Editores, 2a. Edición, 1957.

*Las cinco palabras*, México, FCE 1959.

*La bruma lo vuelve azul*, México, FCE 1954.

*El canto de la grilla*, México, FCE., 1984.

*Cuentos del mundo mestizo*, México, FCE., 1985. (Col. Letras Mexicanas).

**Ruiz Castillejos César.**

*Elegía: Poemas elegíaco ódicos*, México, B. Costa-Amic. 1962.

**Ruiz Solís, Evandro.**

*Mis Recuerdos (Balun Canán)*, Comitán, Chiapas, s/n. 1972.

**Sabines, Jaime.**

*Canto a Chiapas*, En "Poemas que obtuvieron primeros y segundos lugares en el Certamen convocado por la colonia chiapaneca, residente en México".

*Chiapas: La voz de un pueblo*, Tuxtla Gutiérrez, 15 de septiembre, 1948.

- Horla*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Depto. de Prensa y Turismo, 1950, (Divulgación Cultural No. 3).
- Tarumba: poema*, México (s.n.), 1956, (Col. Metáfora, 1).
- La señal*, México, Talleres de la Imprenta Económica, 1951.
- Recuento de poemas*, México, UNAM, 1962, (Col. Poemas y ensayos).
- Yuria*, México, Joaquín Mortiz, 1967, (Las Dos Orillas).
- Maltiempo*, México, Joaquín Mortiz, 1972, (Las Dos Orillas).
- Algo sobre la muerte del Mayor Sabines*, México, Joaquín Mortiz, 1973.
- Nuevo recuento de poemas*, México, Joaquín Mortiz, 1977, 1980, 1983.
- Poemas sueltos*, México, Papeles privados, 1981.
- Salas Hernández, Gerardo.**
- Martín Cuetero*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Asociación de Escritores y Poetas de Chiapas A.C., 1987.
- Salazar, Manuel.**
- Arpegios de lira chiapaneca; poesía*, Pról. de Dolores Bolio, México, Impresora "Charet", 1932.
- Sánchez Esponda, Manuel.**
- Lira Estival*, México, (S.N.), 1955.
- San Cristóbal Las Casas 450 aniversario de su fundación: Premio Ciudad Real de Mazariegos*, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, Financiera Nacional Azucarera, 1978.
- Sánchez Merchant, Alberto.**
- Borrascas en la Prisión*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, El Autor, 1985.
- Cuentos de mi Raza*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Instituto Tecnológico Regional, 1986.
- Mil soledad en la cárcel*, 1988.
- Odio en mi corazón*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, El autor, 1984.
- Vivencias de mi tierra: Relatos y cuentos*, Sánchez Merchant... et al. México. Asociación de Escritores y Poetas Chiapanecos A.C., 1988.
- Sánchez Ramos, Alfonso.**
- Estampas Chiapanecas*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, ICACH, 1987, (Ser. Cuadernos culturales; 3).
- Santiago, Plutarco.**
- Luz y sombra. Poemas*, México, Ramírez Impresores, 1981.
- Serrano, Santiago.**
- Belisario Domínguez, su vida, pensamiento y anécdotas*, Tuxtla Gutiérrez,

1951.

*La canción del grumete*, Tuxtla Gutiérrez (s.n.), 1924.

*Chiapas revolucionario (hombres y hechos)*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, (s.n.), 1923.

*Del torbellino de mi vida. Poemas*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, (s.n.), 1940.

*Hojarasca, Plañideras. Las palomas de la tarde. Del momento humorístico*, Tuxtla Gutiérrez, Talleres de la Sirena.

*Playa a la vista*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, La Sirena, 1949.

*Sofreno mi caballo*, Tuxtla Gutiérrez, La Sirena, sff.

**Sierra Rojas, Andrés.**

*Antología de la elocuencia mexicana 1900-1950*, Librería de Manuel Porrúa, 1950.

*Antología de Emilio Rabasa*, México, Ediciones Oasis, 1969.

**Sotelo Adán, Sebastián.**

*Huellas sin fin: Poemas*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Asociación de Escritores y Poetas, Chiapanecos A.C. 1987.

**Toledo Borges, Antonio.**

*Bombolandia, Cuento Infantil*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Rochamar, 1986.

**Trejo, Blanca Lydia.**

*Copo de algodón; cuentos para niños de 14 años*, México, Ed. de autor, 1955.

*Cuentos o leyendas indígenas para los niños*, selección y adaptación por..., México, Edición de la Autora, 1959.

*Lectura de juventud*, 1941.

*Limoncs para Mr. Nixon y otros más*, México, Talls. Tips. grafcs. nac. S.A.

*El Padrastro; novela*; México, Bolívar, 1944.

*El Quetzal. Cuentos para niños*, México de la autora, 1955.

**Trejo Sirvent, Marisa.**

*Rojo que mide el tiempo*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Gobierno del Estado, 1991.

**Trejo Sirvent, María Luisa.**

*Años más tarde (cuento)*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Imprenta Paty, 1977.

**Trejo Sirvent, Socorro.**

*Para decir mañana*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Gobierno del Estado, 1991.

**Unda Murillo, Humberto.**

*Pensamientos*, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, El Autor, s/f.

**Valdés, Emilio.**

*Las campanas del insomnio*, México, SEP/CREA, 1988, (Col. Letras Nuevas).

*El mar proceloso, en Cuentario, (muestra de narrativa coleta)*, San Cristóbal Las Casas Patronato, Fray Bartolomé de Las C., A.C. et al., 1988.

**Valenti, Rubén.**

*Poemas amorios, Prosas*, México, Tipografía de Vda. de F. Díaz de León, 1908.

*Rojo y negro; novelas cortas*, Prólogo de Nemesio García Naranjo, México, Tip. de Fidencio S. Soria, 1913, XII.

**Valtierra, Antonio.**

*Panegírico eucarístico por los triunfos del católico Rey D Felipe V.*, México, Ribera, 1707.

*Certamen poético para la noche de navidad*, Manuscrito. 1695.

**Valtierra, Fernando.**

*Certamen Poético celebrando al niño Jesús bajo el emblema de Fénix*, Manuscrito, 1670.

*Certamen Poético en la festividad de la canonización de San Francisco de Borja, Duque de Gandía Preósito General de la Compañía de Jesús.* México, "Juan Ruiz, 1672.

**Valtierra, Manuel.**

*Panegírico de la sacra familia; Jesús, María, José Joaquín y Ana*, México, Benavides, 1689.

*Sermón panegírico de el glorioso confesor San Roque, en el día octavo de la fiesta que en su hospital de la ciudad de Puebla de los Angeles celebran: Miguel de Vargas, Joseph de Peralta y Nicolás Venítez, predícalo...Puebla de Los angeles, Diego Fernández de León, 1689.*

**Vargas Pérez, Romeo.**

*Rimas*, (S.N./S.F.).

**Vásquez Aguilar, Joaquín.**

*Cuerpo adentro*, Tuxtla Gutiérrez, UNACH, 1978.

*Aves*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Editorial Núñez, S.A. (s.f.).

*Vértebras*, México, FCE., 1982.

*Cuaderno perdido*, Juchitán, Oaxaca, Casa de la Cultura y Regiduría de Educación del H. Consejo Municipal, 1989, (Ser. Arbol de los viajeros).

*Casa*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, UNACH, 1984.

*Erguido apenas*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Gobierno del Estado 1991.

*Pequeño paraíso perdido*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, UNACH, 1996.

**Vera Guillén, Antonio.**

*Huella Peregrina*, Prólogo Armando Duvalier, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Talleres Linotipográficos del Estado, 1948.

*Poemas*, En: Paniagua Héctor. *Fiesta de Pájaros*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Imprenta del Estado, 1932.

**Vicario Román, Jorge (Vicman, Jorge).**

*Hay fuego en la selva. Novela*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Círculo Literario e Intelectual Chiapaneco.

*Invitación a la selva. Novela*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, C.L.I.CH.

*Leyendas del Soconusco*, 2a. ed., Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, C.L.I.CH.

**Wong, Oscar.**

*Eso que llamamos poesía, Ensayo*, Toluca, México, Abra Palabra, 1974.

*Si te das al viento, Poesía*, Barcelona, España, Rondas, 1978.

*Fragmentaciones, Poesía*, México-Lora del Río, Sevilla, A. Sanchiz, 1979.

*En un lugar del mundo, Poesía*, México, La bolsa o la vida, 1981.

*He brotado raíces, Poesía*, México, Katún, 1982.

*Envío*, (vol. col. *Vuelta al camino*), México, Punto de Partida, 1983.

*La salvación y la ira, Ensayos*, México, Claves Latinoamericanas, 1986.

*No creo que las rosas cambien, Poesía*, México, Claves Latinoamericanas, 1986.

*Yo soy el mar*, Premio Puerto Vallarta, 1986.

**Zambrano Culebro, Absalón.**

*Espacio Lírico: Poesías*, México, Edug: Universidad de Guadalajara, 1984.

**Zebadúa, Humberto J.**

*Versos*, San Cristóbal Las Casas, Chiapas, Imprenta San Antonio, 1974.

**Zebadúa Solís, Romeo. 1920,**

*Corrido de Tata Lázaro "Mi Caballo Triscador"*, (S.L./S.N./197-?).

*Corrido de Alberto Pineda Ogarrio*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, (S.N.), 1974.



*Chiapas en el corrido*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. s.n.  
*Un Casanova de Provincia*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Talleres Gráficos del H. del Congreso del Estado, 1987.

**Zepeda, Daniel A.**

*Cuentos regionales*, México, 1926.

**Zepeda, Eraclio.**

*Benzulul*, *Cuentos*, Xalapa, Ver., UV, 1959 (Col. Ficción).

*Los soles de la noche*, (vol. col. La Espiga amotinada), México, FCE, 1960 (Letras Mexicanas).

*Tres cuentos*, (Con Carlos Islas y Francisco Salmerón), Xalapa, Ver. Fed. Estudiantil Veracruzana, 1960.

*El tiempo de agua*, Tuxtla Gutiérrez, ICACH, 1960.

*Compañía de combate*, *Poesía*, Cuba, Unión de Escritores y Artistas de Cuba, 1961.

*Asela*, *Poesía*. Cuba, Col. La tertulia, 1961.

*Relación de travesía* (Vol. col. *Ocupación de la palabra*), México, FCE, 1965 (Letras Mexicanas).

*Trejito*, *Cuento*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Renovación, 1967.

*Asalto nocturno*, México, Joaquín Mortiz, 1975. Premio Nacional de Cuento INBA-Gob. de San Luis Potosí.

*Andando el tiempo*, *Cuentos*, México, Martín Casillas, 1982. Premio Javier Villaurrutia 1982.

*Relación de travesía*, *Poesía* 1959-65. México. Villicaña, 1985 (El caballo verde de poesía).

**Zorrilla, Braulio José.**

*Ecós del Corazón*, Tuxtla Gutiérrez, (S.N.).

**Zúñiga, Ernesto.**

*Hace falta algún poema*, San Cristóbal Las Casas, Impresiones Santiago. 1981.

*Blusa Pajiza*, San Cristóbal Las Casas (S.N.).

## REVISTAS

*Atenco, Revista*. Tuxtla Gutiérrez, Talleres Linotipográficos del Gobierno del Estado; Año 1, Vol.1. enero-febrero-marzo, 1952; Vol.2 abril-mayo-junio, 1951; Vol.3, enero-febrero-marzo, 1952; Vol.4 abril-mayo-junio 1952; Vol.5 enero-febrero-marzo, 1954; Vol. 6, mayo, 1956; Vol.7, agosto, 1957. 2ª Edición facsimilar, Tuxtla Gutierrez, Chiapas. ICHC., 1991

*Boletín de la Sociedad Científica, Literaria y Artística de Chiapas*, San Cristóbal Las Casas, Chiapas, Méx.: Tomo I, N°1, sep-oct 1942; N°2, en-feb, 1943; N°4, mar-abr, 1943; N°5, mayo-jun, 1943; N°6, jul-ag, 1943; Tomo II, N°1, sep-oct, 1943; N°2, nov-dic, 1943; N°3, jun, 1944; N°4, nov, 1944; N°5, feb, 1945; N°6 abr, 1945; Epoca II, N-1, oct.1947; N°2, mar, 1948; N°3, febrero, 1949.

*Flama, Revista literaria-cultural* del Seminario Conciliar de Chiapas. San Cristóbal Las Casas, Chiapas, (s.n.), 12 Nos.: agosto 1962 - marzo 1965.

*ICACH, Organo de difusión del Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Año 1n N°1, junio, 1959; N°2, sep, 1959; N°3, dic, 1959; N°4 jun.1960 (Año II); N°5, dic.1960-mar 1961; N°6-7, en-dic, 1961; N°8, en-jun, 1962; N°9, jul-dic. 1962; N°11 jul-dic. 1963; N°12, en-jun.1964; N°13, jul-dic, 1967; Segunda Epoca, N° 2 y 3, jul.1970-jun.1971; N°4, jul-dic 1971; N°5-6, ene-dic, 1972; N°7-8, ene-dic. 1973.

## BIBLIOGRAFIA COMPLEMENTARIA

**Aguilar Mora, Jorge.**

*Una muerte sencilla, justa, eterna*, México, ERA, 1990.

**Albizúes Palma y Catalina Barrios.**

*Historia de la literatura guatemalteca*, Guatemala, Edit. Universitaria, 1986.

**Alejos, José.**

*Masojántel. Etnografía del discurso agrarista entre los ch'oles de Chiapas*, México, UNAM, 1994.

**Almeida, Manuel Antonio de,**

*Memorias de un sargento de milicias*, Costa Rica, 1994

**Andrade, Vicente de P.**

*Mi excursión a Chiapas*, México D.F., Imp. La Hidalguense, 1914.

**Anónimo.**

*El triunfo de la amistad y el amor más firme y tierno*, Dala a luz Don Xavier de Lariz y la Vega, Madrid, Imprenta Villalpando, 1796.

**Aub, Max.**

*Jusep Torres Campalans*, en *Novelas escogidas*, México, Editorial Aguilar, 1970.

**Benítez, Fernando.**

*La última trinchera*, México, ERA, 1963.

**Benjamin, Thomas.**

*El trabajo en las monterías de Chiapas y Tabasco 1870-1946*, en *historia Mexicana* vol. XXX, núm. 4, abril-junio de 1981.

— *¡Primero viva Chiapas! La Revolución mexicana y las rebeliones locales en Viqueira*, Juan Pedro. Chiapas, los rumbos de otra historia, México, UNAM-CIESAS-CEMCA-UG, 1996.

— *El camino a Leviatán*, México, C.N.C.A., 1991.

**Blom, Frans y Gertrude Duby.**

*La selva lacandona*, México, Editorial Cultura, 1955.

**Blom, Frans y Oliver La Farge.**

*Tribus y templos*, México, INI, 1991.

**Calvo, Angelino et al.**

*Voces de la historia, Nuevo San Juan, Nuevo Matzam, Nuevo Huixtán, San Cristóbal Las Casas*, DESMI A.C. / CEI-UNACH, 1989.

**Carballo, Emmanuel.**

*Protagonistas de la literatura mexicana*, México, SEP, 1986, Lecturas Mexicanas, 2a. Serie No. 48.

— *Protagonistas de la literatura hispana del siglo XX*, México, UNAM, 1986.

**Castillo Casahonda, José.**

*12 poetas chiapanecos*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, ICACH, 1976.

— *Cuentos chiapanecos*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas, 1965.

**Denzinger, Henrici.**

*Enchiridion symbolorum*, Barcelona, Editorial Herder, 1958.

**Domínguez Michael, Christopher.**

*Antología de la narrativa mexicana del siglo XX*, México, FCE, 1991, 2 vol., Col. Letras mexicanas.

— *Nuevos ceremoniales de JMB*, en "El Ángel. Suplemento cultural del periódico *Reforma*" No. 90, México, domingo 3 de Septiembre de 1995.

**Fernández Galán, María Elena.**

*La muerte de un alemán*, en Anuario 1994, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, UNICACH, 1995.

**Flores, Malva.**

*Chiapas Voces particulares*. Poesía, narrativa y teatro (siglos XIX-XX), México, CNCA, 1994, Col. Letras de la República.

**García de León, Antonio.**

*Resistencia y utopía*. Memorial de agravios y crónica de revueltas y profecías acaecidas en Chiapas durante los últimos quinientos años de su historia, México, ERA, 1985.

**Gil-Albert, Juan.**

*Mi voz comprometida* (1936-1939), Barcelona, Laia Literatura, 1980.

**Greene, Graham.**

*La infancia y otros ensayos*, México, Seix Barral, 1986. Ensayos, Argentina, Sur, 1973.

*El poder y la gloria*, México, Seix Barral, 1986.

- Guillén, Jorge.**  
*Obra poética, Antología*, Madrid, Alianza Editorial, 1970, Libros de bolsillo.
- Hernández, Antonio y Mario H. Ruz.**  
*Memoria baldía*, México, UNAM/UNACH, 1992.
- Isaia Berlin.**  
*Pensadores rusos*, México, F.C.E., 1985, Breviarios 287.
- Kott, Jan.**  
*El manjar de los dioses*, México, ERA, 1977, Col. Claves.
- Lara Zavala, Hernán.**  
*Charras*, México, Mortiz, 1991.
- Lienhard, Martin.**  
*La voz y su huella*, La Habana, Cuba, Casa de las Américas, 1990.
- Luckaks, George.**  
*Teoría de la novela*, en *Obras Completas*, Tomo I, Barcelona, Grijalvo, 1976.
- Lynch, Enrique.**  
*La lección de Sheherezade, Filosofía y narración*, México, Editorial Ariel, 1995.
- Machado de Assis, Joaquín María.**  
*Memorias póstumas de Blas Cubas*, México, SEP/UNAM, 1982, Clásicos americanos.
- *Modelos de literatura china* (versión de R. Vega Armentero y A. Hidalgo de Mobellan), Madrid, Campuzano editor, 1886, Col. Los mejores autores antiguos y modernos. Bibl. Univ. Tomo CXI.
- Morales Bermúdez, Jesús.**  
*Notas sobre literatura de Chiapas* en *Anuario 1990*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1991.
- *Breve panorama de la poesía en Chiapas*, en Armendáriz Ma. Luisa, Chiapas, una radiografía, México, F.C.E., 1995.
- Musil Robert.**  
*Las tribulaciones del estudiante Torles*, Barcelona, Seix Barral, 1983, Obras Mtnal. Lit. Cont.
- Ong, Walter.**  
*Oralidad y escritura*. México, F.C.E., 1991.
- Perezgrovas, Raúl et al.**  
*Entre pastoras indígenas y ovejas criollas. Una experiencia en investigación*

- participativa*, en Anuario 1993, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Instituto Chiapaneco de Cultura, 1994.
- Pineda del Valle, César.**  
*Antología de cuentos chiapanecos*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, SEC-SEP-PCF., 1985, Col. Frontera.
- Ponce Jiménez, Martha Patricia.**  
*La montaña chiclera. Campeche: vida cotidiana y trabajo (1900-1950)*. México, CIESAS, 1990: Cuadernos de la Casa Chala.
- Rodilla, María José.**  
*Tiempo vegetal, poetas y narradores de la frontera sur*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, I.C.H.C., 1993.
- Ronald Knox.**  
*La infancia y otros ensayos*, México, Seix Barral, 1986.  
— *Ensayos*, Argentina, Sur, 1973.
- Rubín, Ramón.**  
*Algo sobre el callado dolor de los tzotziles*. 2o. Encuentro de intelectuales Chiapas-Centroamérica, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, I.C.H.C., 1993.
- Sáinz, Gustavo.**  
*Muchacho en llamas*, México, Grijalvo, 1987.
- Seargeant, Helen.**  
*San Antonio Nexapa*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, SEC-FONAPAS, 1980, Col. Ceiba.
- Serra, Edelweis.**  
*¿Qué es el cuento?* (1986) en *El cuento*. Enero-Febrero.
- Serrano, Santiago.**  
*Chiapas Revolucionarios (hombres y hechos)*, 1923, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas,
- Sommers, Joseph.**  
*El ciclo de Chiapas: nueva corriente literaria*, en Ocampo, Aurora: La crítica de la novela mexicana contemporánea, Antología, México, UNAM, 1981.
- Steiner, George.**  
*Tolstoi o Dostoievski*, México, ERA, 1984.
- Sullivan, Paul.**  
*Conversaciones inconclusas*, México, Gedisa, 1991.

**Tola de Habrich, Fernando.**

*La crítica de la literatura mexicana en el siglo XIX*, UNAM-UAC, 1987.

**Viqueira, Juan Pedro.**

*María de la Candelaria*, México, F.C.E., 1993, Col. Popular.

**Vos, Jan de**

*La paz de Dios y del Rey*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, SEC-FONAPAS, 1987,  
Col. Ceiba.

— *Oro verde. La conquista de la Selva Lacandona por los madereros  
tabasqueños. 1822-1949*, México, F.C.E./ICUT, 1988.

— *Viajes al Desierto de la Soledad. Cuando la Selva Lacandona aún era  
selva*, México, SEP/CIESAS, 1988.

**Ximénez, Francisco.**

*Historia de la provincia de San Vicente de Chiapa y de Guatemala*, orden de  
predicadores, Guatemala, Sociedad de Geografía e Historia de  
Guatemala, 1971 (Biblioteca Goathemala).